

Benito Pérez Galdós

VOLUNTAD

COMEDIA EN TRES ACTOS



Edición de Rosa Amor del Olmo



ISIDORA
Ediciones



Benito Pérez Galdós

Voluntad
Comedia en tres actos

Representada
en el Teatro Español de Madrid, la noche del 20 de
diciembre de 1895

Edición de Rosa Amor del Olmo





ISBN 978-84-16250-15-8

Depósito legal M-23665-2014

Composición: *Taller Isidora Ediciones*

Printend in Spain: *Safekat S.L*

Diseño de cubierta: *Safekat S.L*

3 Rue de L'Ermitage 3 79 510

Sanzay Argenton les Vallés France

C/Corte de Faraón 7 B° D 28041

<http://www.isidoraediciones.com/>

director@isidoraediciones.com

Voluntad
Benito Pérez Galdós

Voluntad

Comedia en tres actos

Representada
en el Teatro Español de Madrid, la noche del 20 de
diciembre de 1895

Edición de Rosa Amor del Olmo



Voluntad

VOLUNTAD

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de Diciembre
de 1895.



MADRID

Establecimiento tipográfico LA GUIRNALDA
CALLE DE LAS FOZAS NUM. 12

1896

Las críticas de aquel momento

20 de diciembre de 1895. *La correspondencia de España*

En grave apuro ha puesto el insigne novelista con su célebre prólogo a los que tienen la obligación u oficio de contar a los lectores cuanto pasa en los estrenos y si les gustó la obra representada. Porque los elogios pueden traducirse por receloso espanto de que se nos vuelva a llamar monos sabios, currinches, críticos de a perro chico y otra porción de zarandajas que solo se les dice en las Cortes a los diputados ministeriales. Y si se escribe alguna censura, o se la tacha de algún error, cabe también, que lo tome por desahogo de trasnochado despecho o reconmio vindicativo.

De esta perplejidad, que de por sí es bastante para medir las palabras y aquilatar los adjetivos, ni siquiera nos puede sacar el curso franco y débil de seguir la corriente del público y someternos al fallo inapelable de la soberanía nacional, es decir, el aceptar como Clemente la ley de las mayorías. Anoche el público se dividió tanto, lo mismo en el salón que en los pasillos, que tuvimos ocasión de escuchar los juicios mas contradictorios, siendo de notar que de una parte y otra de los juzgadores había tal exageración y apasionamiento, que mientras no faltó quien dijera que la obra era rematadamente mala, había quien la exaltaba sobre toda ponderación, aplaudiéndola como lo mejor que Pérez Galdós ha hecho y la diputada por gloria legítima de la escena contemporánea.

En las butacas y en las galerías se observó divisiones parecidas. En el primer acto tomaron la delantera los entusiastas e hicieron levantar tres veces el telón, sonando tímidamente muy pocos siseos. Acabado el segundo acto, se repitieron los aplausos estruendosos. Los siseos fueron más

nutridos y alborotados, y la indignación se apoderó de los que aplaudían y se abusó algún tanto de la ovación.

Al terminar la obra, los descontentos pretendieron tomar el desquite pronunciándose en manifestaciones muy insistentes, y aunque las palmadas fueron más y los bravos muy vivos y sinceros, ya hubo necesidad de esforzarlos para acallar al enemigo.

Queriendo evitar opiniones propias, sometimos a amistoso interrogatorio a multitud de personas inteligentes, de las que suelen frecuentar el teatro en días de estreno. Nunca lo hubiéramos hecho. Apenas insinuábamos la cuestión, se suscitaba la polémica tan agria, que más de una vez temimos haber sido causantes de aumentar el número de padrinos en lances de honor que con tanta abundancia nos trajo esta luna.

Por de pronto hay que deducir algo muy ventajoso para el autor. Cuando un público culto e ilustrado como el de anoche apasiona y toma tan a lo vivo una obra de arte, y discute y riñe y hasta se enfurece porque la aplaudan o dejen de aplaudirla, indudablemente se trata de algo que se destaque vigorosamente de lo vulgar y revela condiciones excepcionales de inspiración y de talento. En casos tales se acostumbra a salir del paso contando el argumento, y esto tiene la ventaja de que mucha gente que no va al teatro y los lectores de provincias se solazan y entretienen por poco dinero, sin ofender a Dios ni al prójimo.

Allá va pues, un relato muy sucinto.

Vive en un comercio de Madrid, y casi siempre en la trastienda, una excelente familia compuesta de un matrimonio bondadoso y honrado (Doña Trinidad y Don Isidro), y de tres hijos que son: una joven lista y de gran corazón, llamada Isidora (señorita Guerrero); una niña vestida entre corto y largo, que sabe tocar la danza macabra y

cantar romanzas de salón (señorita Blanco) y un mozalbete apasionado de la oratorio y filósofo precoz (señorita Valdivia). Al empezar la acción grandes quebrantos mercantiles tienen a la casa a punto de quebrar. Sábese luego que Isidoro, que es la perla de la familia, arrastrada por una pasión amorosa, había abandonado el hogar de sus padres e ídose a vivir con su amante.

De tal seductor se tienen los informes menos recomendables. Es un calavera soñador, escéptico, medio sonámbulo, que prescinde de todo miramiento social y que cuenta entre sus ascendientes varios suicidas y locos: un degenerado, según Lambroso, o como rectifica con gracia Doña Trinidad, “según dicen los lombricistas”.

Un hermano de Don Isidro, hombre franco, campechano e inteligente, tipo verdaderamente encantador, aboga porque la hija extraviada y ya arrepentida sea recibida en el seno de la familia. Después de ligeras resistencias templadas por el cariño maternal, entra Isidora: la escena del perdón es hermosa, tierna, conmovedora, y en nuestro sentir, muy superior a la glacial de Magda, que hace poco tiempo vimos. Además, estuvo representada a maravilla. Isidoro ha descubierto en su amante extravagancias, orgullo y genialidades que le hacían insoportable la vida con él. Después del perdón, se entera de la crisis que atraviesa el comercio de sus padres y ella, que había sido la inteligencia y el alma de la casa, recorre los libros, revisa las cuentas, repara el abandono en que han entrado los negocios, y gracias a su voluntad, firme y tenaz, salva el crédito y la fortuna de los suyos, iniciando una época de nuevas prosperidades. Bajo su dirección, acertadísima y enérgica, todo se ha transformado. La hermanita, en vez de ir a conciertos cursis, se cuida de aprender a guisar en la cocina; el orador en ciernes va pro muestras alas tiendas; la madre asiste a las funciones de iglesia; el negocio camina viento en popa. En medio de estas

bonanzas aparece el amante. No puede vivir sin Isidora. La predica contra el trabajo, maldice de las búlgaras realidades de la vida y le manifiesta que no tiene fe más que en dos cosas: en el amor y en la muerte.

Aquella muchacha, de voluntad de acero y de corazón gigante, se siente fascinada en cuanto oye la voz de su amador; de tal suerte decae, flaquea, se emociona y cede, que no aparece obedecer a una pasión natural, sino a un efecto de hipnotismo. En ella desaparece instantáneamente el anterior agravio y toda idea sobre la incompatibilidad de caracteres que le hizo romper con el joven sonámbulo; la voluntad se borra por completo; le promete seguir amando y, para que se aleje al llegar la familia, en volver a verlo. El parte.

Cuando se ha ido recobre la joven su fortaleza de espíritu y continúa su acertada dirección; pero llega noticia de que Alejandro (el amante) está arruinado, y como Isidoro sabe que va a suicidarse antes que caer en la miseria, se propone salvarlo y redimirlo. Tiene con él una entrevista, en la cual Alejandro insiste en quitarse la vida, y ella, con palabras de amor, de fe y de elocuencia suprema que brota de un corazón noble y apasionado, lo convence de que debe afrontar las tribulaciones de la adversidad y vivir con ella y para ella en el mundo. Ofrécele su mano, él la acepta con amor y gratitud, y con un abrazo del arrepentido calavera a los honrados padres de su futura esposa, termina el drama. El desenlace nos agradó mucho más que si hubiera venido el vulgarísimo pistoletazo final que se reserva para las últimas escenas de estas tragicomedias. Pero la solución nos pareció interina; porque si aquellos personajes siguen viviendo, dado sus antecedentes genealógicos y su constitución frenopática, de seguro que antes de que los espectadores llegaran anoche a su casa, el joven Alejandro, seguramente, se pega el tiro.

Y eso sin recurrir a Lombroso, ni a Ferrari. Que se lo pregunten al doctor Simarro, que allí estaba. La ejecución fue perfecta. La señorita Guerrero estuvo inimitable. ¡Qué pasión, qué vida y cuánta verdad prestó su difícilísimo papel! Muy bien, asimismo, nos parecieron los señores de Donato Jiménez, Díaz de Mendoza y Carso. Completó el cuadro la señora Domínguez; y los demás, con sus cortos papeles, coadyuvaron el éxito.

¿Y la crítica de la obra?...¿Pero quién se atreve? Trazaré sólo a modo de voto particular, las impresiones recibidas durante la representación, y eso casi en compendio telegráfico. Oí con agrado el primer acto, encantándome todas las escenas y la presentación de los personajes, hasta que la niña arrepentida, apenas recibe el perdón, examina los libros, recuenta las facturas, y descubre lo mucho que hay que cobrar. La transición, aún a pesar del apuro en que se halla la casa, me resultó bastante brusca.

En el segundo acto, las primeras escenas tienen gracia e ingenio; pero el salto aquel que lleva a la heroína hasta el anonadamiento de la voluntad, túvelo por tremendo y peligroso, porque si la sensualidad fue el agente del cambio, el hecho peca de harto carnal, y si no es eso, hay que atribuirlo a una influencia magnética o cosa de sonambulismo. Por último la conversión de Alejandro es para mí lo mejor de la obra, aunque el público no fue de mi opinión. Cuanto dice Isidoro para apartar a su amado del suicidio es maravillosamente estético, humano y de aquellas cosas que acreditan el célebre dicho de Platón: la belleza es el esplendor de la deidad.

Sin embargo, insisto en decir que no creo en aquella conversión. No puede durar más que el tiempo de los aplausos. Y, por último, entiendo que el defecto capital de la obra es el de todo el teatro del insigne Pérez Galdós,

olvidarse de un factor tan imprescindible en la vida humana, como es el tiempo. El drama de anoche es una novela y estableciendo con el transcurso de meses y quizá de años, las gradaciones naturales en el desarrollo y cambio de los sentimientos, resultaría marco de los actos, ofrece contrastes inesperados, injustificable en la manera de vivir y sentir la gente. Pasa muchas veces en el mundo que dos personas se quieren entrañablemente, luego por circunstancias varias llegan a aborrecerse con feroz odio, y hasta cabe que al fin, desvanecidos los rencores, vuelvan al antiguo cariño.

Esa serie de mudanzas puede tener explicación natural en un largo transcurso de tiempo, por evoluciones graduales en el ánimo; pero ¿sería aceptable en uno o dos actos de una producción teatral? Nadie protesta y aún muchos encuentran razonable que un hombre que adoró a su esposa contraiga, después de perderla, segunda nupcias y también quiera con el alma a su segunda mujer; pero ¿cabría eso en unas cuantas horas? He ahí la única dificultad que necesita vencer el señor Pérez Galdós, porque todo lo demás lo tiene. Que sus dramas sean dramas y no novelas representadas.

21 de diciembre 1895. *Cartas abiertas. Mi estafeta*

Mi distinguida amiga: Cuando en el acto primero de la por muchos conceptos notable producción de Don Benito Pérez Galdós, tras de aquellas siete escenas preliminares de vigorosa concisión e intachable naturalismo en el que el auditorio se entera de que los padres de Isidora, honrados comerciantes, están amenazados de un embargo, de la quiebra y del total derrumbamiento de su felicidad, ya por extremo fustigada esta última a causa de la locura que su hija mayor (Isidora) cometiera tres meses antes, huyendo del hogar seducida por un libertino; cuando después de esas escenas, digo, dibujóse en la puerta del foro la silueta de

Voluntad

usted, modestamente ataviada, arrebolado el rostro entre las blondas de una mantilla y perdón, un unánime impulso de interés acogió su presencia, y desde aquel instante la obra pudo considerarse en rumbo franco, rápido, sin escollos ni tempestades, hacia el suspirado puerto del éxito.

Presentada que fue con usted Isidora, figura principal, protagonista de la comedia *Voluntad*, operose en aquella casa un absoluto cambio. Explicó su falta, pintó sus amarguras, fotografió sus remordimientos, y sus padres, ávidos de recobrarla, le abrieron los brazos.

Isidora, criatura dotada de una gigantesca fuerza de voluntad, carácter enérgico, inteligencia clarísima, imaginación de fuego y corazón apasionado, se enteró en seguida de la catástrofe que cernía ya sus alas de cuervo sobre aquella mansión y sobre aquellos seres queridos, y ebria de júbilo por el perdón alcanzado, redimida, a su entender, con aquellos besos maternos y aquel paternal abrazo de la enorme falta cometida, dijo: “No será: no habrá embargo, yo reconstruiré el crédito de esta tienda, yo los salvaré”.

Y poniendo manos en la interesante empresa, consultando los libros, subsanando recientes abandonos imperdonables en un buen comerciante, debilidades y vacilaciones explicables únicamente por el estado de ánimo en que vivieron allí desde la fuga de Isidora, la mujercita logra sus propósitos y una prosperidad envidiable regenera poco después de modo rápido y brillante lo que en contacto estuvo casi con la miseria y la aflicción.

Isidora no ha medido, sin embargo bien sus fuerzas. La voluntad, que alienta en ella, colosal y potente desfallece en presencia de Alejandro, su seductor, joven muy rico, muy poco escrupuloso y enemigo encarnizado del trabajo y del matrimonio.

Voluntad

Una entrevista que el tal se proporciona, con la complicidad del dependiente mayor de la casa, a punto está de dar al traste con la purificación, a cosa de amarguras infinitas y de desvelos inmensos, conseguida por Isidora, y la grandiosa escena en que su voluntad que hasta entonces se enseñoreó victoriosa de todo y sobre todo, se detiene titubeando frente a dos sendas que el corazón le muestra, complaciéndose en martirizarla: la del deber y la virtud, que “no sale del sitio en que Isidora se encuentra, la casa de sus ancianos y ultrajados padres, y la del amor, que, para ella único recurso, la llama “afuera” y la conduce otra vez, ala casa de su amante, es un prodigio de arte y de verdad, de sentimiento y de pasión, que no se aplaudió apenas, quizá porque se ha borrado en el público toda la noción de lo bello.

Anónimo.

El Siglo Futuro. Diario Católico. Revista de Teatros Español

Hace poco más de un año escribíamos en estas mismas columnas lo siguiente: “Si nosotros quisiéramos tan mal al Señor Pérez Galdós como sus amigos, le diríamos, después del fracaso de anoche, como se lo dice hoy El Liberal, “que le sobran alientos e inspiración para tomar el desquite”; pero como le queremos bien y nos duele en el alma verle en malos pasos, le aconsejamos que renuncie a las glorias de la escena; porque Dios no le llama por ese camino, y el diablo no le agradecerá ese afán que siente por suicidarse, destruyendo la fama de notable escritor con que graciosamente le adornaron sus admiradores, levantándole sobre el pavés en las columnas de la prensa liberal. Porque debe de saber el señor Galdós (y si no lo sabe peor para él) que su fama literaria la debe a la prensa amiga; y a pocos estrenos como el del drama *Los Condenados*, el vulgo va a enterarse de lo que anoche se enteró el público del teatro de

Voluntad

la Comedia, y es que el Señor Pérez Galdós es fecundísimo emborronador de cuartillas...pero nada más.”

Donde dice *Los Condenados*, póngase *Voluntad*, comedia en tres actos y en prosa, original de don Benito Pérez Galdós, estrenada anoche en el Español, y se tendrá el juicio de la nueva obra, cuyo fracaso confiesan hoy a media voz todos los periódicos liberales, no se sabe si por respeto al Señor Pérez Galdós o por temor de que escriba otro prólogo poniendo como ropa de pascuas a los chicos de la prensa. Pero, en fin, a vuelta de muchas lisonjas y frases almibaradas, ellos mismos, que tan inconsiderablemente levantaron al señor Pérez Galdós, no pueden menos de rendirse a la evidencia de sus equivocaciones que es la frase de cortesía con que se disfrazan estas malandanzas.

Y como la terquedad del señor Pérez Galdós, que es trabajador incansable, aspira lealmente a ver el fruto de su trabajo en saneados repartos trimestrales, no puede esperarse que desista de su nuevo empeño, a pesar de los pesares, apréndase de memoria nuestros lectores el aviso, porque puede servir para los estrenos sucesivos del mismo autor.

Equis.

2 de Diciembre, Novedades Teatrales, *El Globo*

En la personalidad literaria de don Benito Pérez Galdós tan importante, que el simple anuncio de una producción suya excita el interés y llama de un modo extraordinario la atención pública.

Así se explica que el teatro estuviese anoche concurridísimo y animado como pocas veces, para presenciar el estreno de la comedia en tres actos, *Voluntad*, que ya la prensa había publicado que era original del insigne novelista.

Voluntad

Y la verdad es que no quedó defraudada esa expectación en lo que respecta a ciertas condiciones literarias y dramáticas que son de desear y aun de exigir en toda producción escénica.

Nadie podrá desconocer que *Voluntad* tiene la novedad del asunto, que se cifra principalmente en enaltecer esa facultad del alma. Además de eso, reúne la obra de Galdós una riqueza de lenguaje poco frecuente en el teatro, y una animación y naturalidad en el diálogo, siempre vivo y a menudo chispeante e ingenioso, que atraen y cautivan poderosamente.

Nada nuevo ni extraño es todo eso para quien se haya deleitado en la lectura de las novelas del referido autor, en las cuales brillan siempre, sin intermitencias, esas mismas hermosas cualidades.

Desgraciadamente, no es esto lo único, ni siquiera lo que más interesa e importa en la composición dramática. Todo eso que apuntado queda, son los adornos y atavíos con que una mujer realiza sus méritos. Es, si se quiere, más aún: es lo que constituye su belleza corporal; cuanto habla a los sentidos, poco no al alma ni a la inteligencia. El espectador busca, desea y necesita en la obra escénica algo más, que se compendia en la acción y sólo en ella se encuentra. El espectador es así a modo de curioso que atisba, que quiere ver lo que sucede en casa ajena. Las palabras que oye no le interesan sino en cuanto le sirven para comprender *los hechos*. Y éstos son los que anhela conocer. Una ni muchas disertaciones por bien que hablan, y aunque versen aquéllas sobre puntos interesantes, no cautivan al público de un teatro; el curioso espectador prefiere saborearlas en el libro, en el Ateneo, en el Congreso o en cualquier otra parte; para eso no ve al teatro.

Voluntad

Y por esa misma razón, cuando sale uno de él, nadie le pregunta para enterarse de la obra ¿qué dicen? Sino ¿qué pasa, qué sucede en ella?

Y en la contestación a esa pregunta se revela al punto la mayor o menor bondad de la producción. Supóngase, pues, al presente, llegado el caso de explicar los hechos para contestar a esa pregunta.

Y no cabe decir sino lo siguiente de la obra estrenada anoche: Unos comerciantes, próximos a la quiebra, ven llegar inesperadamente a una hija que se fugó con su seductor, tres meses atrás, de la casa paterna, y que viene ahora a pedir perdón. Que el seductor se presenta quince días después en casa de la seducida, y ésta logra convencerle, a fuerza de elocuencia, cuando él se halla completamente arruinado, de que en lugar de suicidarse se case con ella.

Como se ve, pues, la acción es pobrísima; los hechos son escasos y poco interesantes. Natural es, por consiguiente, que no haya satisfecho al público, a pesar de las condiciones literarias que se dejan apuntadas al comenzar. Porque la obra carece de lo principal; de lo que constituye el alma, la esencia; de la acción interesante que en la composición dramática se necesita.

Y prescindiendo ahora de este punto crucial, y pasando al análisis de *Voluntad*, debe decirse que la idea que ha dado vida al drama y que ha tomado el autor como tema, no ofrece desarrollo posible en la escena: no es teatral. Es propio de la novela. La demostración de los problemas morales que replantean exige un desenvolvimiento graduado y lento, impropio, mejor dicho, incompatible con la esfera reducida, y el poco espacio de tiempo en el que una obra dramática se desenvuelve.

Voluntad

El ejercicio de la voluntad en Isidora; la transformación o evolución radical de un carácter como el de Alejandro, tan determinado y sostenido, no se justifican, ni siquiera pueden explicarse satisfactoriamente en los breves límites de una comedia.

La parte final del acto primero lo evidencia. Allí se suceden con tal rapidez las evoluciones psicológicas, que mejor pudiera decirse que se atropellan, Isidora deja de ser un momento la desdichada hija arrepentida que vuelve llorosa y avergonzada al hogar paterno a pedir perdón, y se convierte en pocos minutos en una mujer expeditiva, que se olvida de todas las amarguras y echa a un lado lágrimas y sonrojos; y se pone *incontinenti* a despachar los negocios de la casa, y dicta órdenes y da alientos y comunica esperanzas y alegrías. Claro e innegable es que la mujer que, como Isidora, está abrumada por los remordimientos y la vergüenza que han debido levantarse en su alma ante la presencia de su familia, que ha cubierto de oprobio con su pública prostitución, no tiene en los primeros momentos, ni aun en los primeros días, valor ni para mostrarse en público, mucho menos para manifestarse tan serena y tranquila, dar órdenes a diestro y siniestro a los pocos instantes de ser admitida en el seno de su desdichada familia.

Todo esto, claro es que el público no lo desentraña ni se lo explica, así minuciosamente; pero lo siente, lo percibe, y por eso dio a entender el poco grato efecto que le producía.

Lo mismo puede decirse de la conversión final de Alejandro, el seductor de Isidora; el enemigo acérrimo del matrimonio, el pródigo, el despilfarrador, que súbito al saber que se halla en la miseria y oír unos cuantos razonamientos de Isidora, iguales, como es de suponer, a los que ella le había dirigido mil veces durante los tres meses que vivieron

amancebados, se convence y regenera, se decide a casarse, y reniega de la conducta y de las teorías y prácticas de su vida anterior. Todos esos cambios y transformaciones pueden, en la novela, irse debida y lentamente explicando, preparando y justificando.

En una obra dramática es violento, si no imposible de realizar, semejante empeño. Por otra parte, el autor no deja un momento de revelar su propósito de mostrar en Isidora la encarnación de la voluntad firme e incontrastable. Y, sin embargo, ella es la mutuabilidad y la inconstancia personificadas. Según dicen sus padres, Isidora ha sido siempre la razón, la sensatez misma, y sin embargo huye con un hombre que hace gala a toda hora de odiar el matrimonio como la más deplorable de las tiranías inventadas por los hombres, y vive con él en descarado amancebamiento.

Esta fuga, y esta resolución parecen significar en Isidora un carácter, una voluntad firmísimo, aunque sea el servicio de una pasión. Pues al cabo de tres meses se separa de él y vuelve al hogar paterno por...la disparidad de caracteres que entre ellos existe.

Ofrece, promete y Aregua a sus padres que jamás se casará con Alejandro ni con nadie, y al final se insinúa claramente al proyecto matrimonial.

Cuando aquél se presenta en su casa, en el tercer acto, le dice ella, no, ya no me trastomarás con tus palabras. Y a los pocos minutos se siente completamente trastornada y casi cae en sus brazos de nuevo.

Sin exagerar y con toda buena fe, hay motivo al ver esas pruebas para preguntarse: ¿el autor se habrá propuesto demostrar la inexistencia o la ineficacia de la voluntad? Porque cuesta trabajo creer que se ha empeñado en probar lo contrario. Pero como quiera que a cada paso los

Voluntad

personajes todos, y aun la misma Isidora, invocan como la mayor fuerza del mundo la voluntad, y creen que la protagonista la posee y revela de un modo admirable, no cabe duda de que sólo se trata de un error o una alucinación que el autor ha padecido. El carácter de Alejandro ofrece la misma volubilidad que el de Isidora.

En el momento en que el autor conviene para terminar su obra, le hace regenerar de todas sus teorías, de todos sus pensamientos y de toda su conducta: hasta de la sangre de suicida que ha heredado y corre por sus venas. Tampoco puede pasarse en silencio el atrevimiento y la frescura con el que seductor se presenta y permanece en casa de la familia de Isidora, no arrepentido ciertamente, sino a alardear de nuevo de sus doctrinas contra el matrimonio y de arrastrar consigo otra vez a la que fue su amante. En cuanto al personaje de don Santos, que se presta a ser el mensajero y correveidile de los amantes, no puede tampoco alabarse gran cosa; como no a por los chistes que de vez en cuando salen de su boca.

Los demás personajes son de una insignificancia y vulgaridad extraordinaria. Este es el juicio, serenamente formado y con sinceridad expresado, de la obra: sin que ni por asomo pueda significar desconocimiento de las grandes dotes y de los relevantes méritos que a su ilustre autor acompañan.

Su espíritu superior de seguro saldrá más digno que él y acaso más provechosa, la crítica sincera y desapasionada que la que pueda estar oscurecida o alterada por cualquier razón más o menos plausible.

A los que, como Galdós, han llegado a conquistar un puesto tan elevado en la literatura patria, sería ofensa

Voluntad

manifiesta tratarles como se trata a los principiantes. A él se le debe la verdad y toda la verdad. *A tout seigneur, tout honneur*. La representación fue excelente por parte de la señorita Guerrero y los señores Mendoza y Oersí, únicos señores que tenían ocasiones de lucimiento. La señorita Valdivia desempeñó su ligero papel de jovencito empalagoso con mucha soltura. El público en general aceptó con agrado la obra; pero una parte de él manifestó su desaprobación al final de los actos segundo y tercero, y esto provocó aún mayor protesta y energía de parte de los que aplaudían, lo cual originó una especie de lucha, que, en justicia, no había razón ninguna para reñir ni sostener.

Arturo Perera.

Teatro Español *Voluntad*

Una obra bien construida en sus líneas generales, cuyo sencillo asunto se desarrolla serenamente, sin obstáculos ni incidentes ajenos a la idea primordial que le sirve de base: una comedia admirablemente escrita, esmaltada de nobles y levantados pensamientos, pero debilitada a veces en su esencia por ciertos detalles de ejecución, y en la que se pone en juego el poder avasallador de la voluntad, en pugna con las terribles acometidas de la pasión amorosa.

Tal es la nueva producción del Señor Pérez Galdós, estrenada anoche en el Español. La escena se desenvuelve en la trastienda de un comercio de objetos de la China y del Japón. El honrado don Isidro, dueño del establecimiento, está a punto de quebrar y de ser devorado por la codicia de dos usureros que le hacen onerosas proposiciones para salvarle de la ruina que le amenaza. Pero el bueno del comerciante, aconsejado por su esposa doña Trinidad, no cede en modo alguno, limitándose a lamentar su desdicha y a recordar la ignominia de su hija Isidora, que ocho meses

Voluntad

antes del comienzo de la acción se había fugado con un amante rico y descreído (don Alejandro), el cual no se había dignado otorgar a su adorada la mano de esposo, por la única razón de que es enemigo acérrimo del matrimonio.

Acerca de este punto tan esencial suscitáronse entre los espectadores no pocas dudas y dificultades.

Hubiera sido conveniente que el autor de *Voluntad* les hubiese enterado de si la causa originaria del rapto de Isidora consistió o no en una negativa de los padres de la niña o bien en alguna otra circunstancia desconocida para el auditorio, y digna de ser explicada para mejor inteligencia y comprensión de la obra, en su punto capital de partida.

Mas sigamos adelante.

Preséntase de pronto en la trastienda el bueno de don Santos, hermano de don Isidora, a implorar el perdón de Isidora, que arrepentida de su culpa abandona a su seductor, deseosa de ingresar de nuevo en el hogar paterno. Don Santos consigue su caritativo propósito y la oveja descarriada vuelve a su antiguo redil.

La escena de la presentación de Isidora es bellísima y está tratada de mano maestra.

La hija de don Isidro se entera de la mala situación financiera de su padre, amenazado de un embargo para el siguiente día, y apelando a la fuerza y a la energía de su férrea voluntad, levanta el decaído espíritu del autor de sus días y se compromete a restaurar con su trabajo y su actividad el perdido crédito de su casa.

Con tal motivo otórgasele a Isidora una especie de dictadura doméstica, merced a la cual ha de lograr la talentada joven poner en regla las cosas y hacer frente a los graves compromisos que amenazan dar al traste con la honra mercantil de don Isidro.

Voluntad

El milagro lo realizará la poderosa voluntad de Isidora que, todo lo sujeta a la ley del trabajo, único medio de llevar a feliz término la ardua empresa que se ha propuesto realizar. Esta idea, bellísima en sí y de gran alcance moral, pone fin al primer acto, que fue acogido de muy distinto modo por la numerosa concurrencia que llenaba el teatro. Aunque algunos mostraban su desagrado, la gente de palcos y butacas aplaudía con entusiasmo en son de protesta y hacía levantar infinidad de veces la cortina en honor de Pérez Galdós y de los intérpretes de la obra.

Durante el intermedio, estuvieron muy divididos los pareceres de los concurrentes. Para unos era la obra una maravilla, y para otros una producción de escasísimo valor literario. Aparte de esto, hubo quien creyó, quizás con verdadero fundamento, que las intempestivas manifestaciones de la cazuela, obedecían a torpes cábalas encaminadas a hacer fracasar la comedia, de manera que fuera sepultada anoche mismo en el panteón del olvido.

En el segundo acto asistimos a la entrevista de Isidora con su seductor, el cual se presenta anhelante en busca de su amada, a la que no le ha sido posible olvidar. Esta escena es una de las mejores concebidas y desarrolladas de la comedia, porque palpita en ella una idea profunda y trascendental, cuyo simbolismo no llegó tal vez a ser comprendido por la generalidad de los espectadores. Alejandro representa la seducción del amor, frente a frente de la voluntad de Isidora. Debilitada y vencida ésta por el momento, empieza a olvidarse de sus deberes y de la obra de restauración que está realizando en su propio hogar.

Pero la voluntad de la heroína triunfa al fin, y merced a ella operóse un cambio radical en el establecimiento de don Isidora, salvado ya de la espantosa ruina que le amenazaba. Terminado el acto fue llamado Pérez Galdós

Voluntad

tres veces a la escena, en la que se presentó, a pesar de las insidiosas protestas de la galería. En el acto tercero decae no poco la comedia, lo cual no sirvió de obstáculo para que el autor fuese aclamado con la misma insistencia que en el acto anterior. No obstante, los paradisiacos se aprovecharon de la escena en que Alejandro se presenta en casa de Isidora, con el beneplácito de doña Trinidad y de don Isidora, para hacer un nuevo y vigoroso esfuerzo contra *Voluntad*.

Pero al final venció el elemento favorable a la obra de Galdós, a quien aplaudió ruidosamente, si no por los méritos del último cuadro, por las bellezas de los precedentes. Entre los actores que desempeñaron la comedia, se distinguió María Guerrero, en primer término, trabajando con fortuna en los principales pasajes y obteniendo aplausos en repetidas ocasiones.

También merece especial mención la señorita Valdivia y los señores Díaz de Mendoza, Carsí, que se portó como un valiente; Cirera y Díaz. Respecto a los demás intérpretes de *Voluntad*... *non raggionar di lor*.

A pesar de lo ocurrido anoche en contra de la última producción de Pérez Galdós, es posible que la opinión adversa se reaccione, como otras veces, y la comedia figure por bastante tiempo en los carteles. No estamos tan abundantes de obras de verdadero mérito, para que en un dos por tres arrojemos la *Voluntad* por la ventana.

J.A

El Resumen, los estrenos Voluntad

La joven que huye de la casa paterna y vive con el amante en estrecho nudo; el hombre que saciado el apetito de la novedad, siente despego y hastío; la mujer que al despertar de su ensueño, se estremece ante la frialdad del desencanto y vuelve al seno de la familia vilipendiada. Es la

eterna historia que actores de alto y bajo vuelo llevan a diario al teatro clásico y a los teatrillos por horas.

Pero la mujer ofendida que Galdós imaginara, no es el tipo vulgar que se encenaga y queda sumida en el fango: no es el tipo cruel que busca venganza al agravio; es el corazón entero, la voluntad inquebrantable que se redime redimiendo. Por lo nuevo y desusado de un carácter tan original, la obra de Pérez Galdós será tan discutida como las últimas que el esclarecido novelista llevara al teatro.

Cuando Isidora regresa al hogar paterno, despojada de gafas, sin joyas ni riquezas, protestando de arrepentimiento y enmienda, cuando emprende su labor entusiasta de salvar a los suyos del vergonzoso embargo judicial que se les anuncia, de la miseria que se avecina, y encauza los negocios comerciales, y regula los actos y operaciones de la familia; Isidora parece, en efecto, la mujer regenerada. Si no se olvida su pasado, respétase y admírase su presente.

Pero cuando a la aparición del amante desdeñado, vacila una “voluntad” tan firme, y se oscurece tan peregrina inteligencia, y cuando más tarde, busca a Alejandro y le ruega, le solicita, le enreda en los sutiles hilos de su dialéctica ingeniosísima y dulce, aquella mujer que pudo convencer a su amado, no nos convenció a nosotros que buscamos y no tuvimos la fortuna de hallar la realidad del cuadro que si a los ojos del cuerpo dibujó una plasticidad mentida, a los ojos del alma sólo llegó a presentar una imagen fantasmagórica sin carne, sin hueso y sin vida tangible.

Aquella voluntad tan vigorosa para resistir las contrariedades, tan dúctil para ceder a los instintos de la carne. Aquella inteligencia excepcional que todo lo prevé, a todo acude, para las más difíciles y complicadas situaciones

halla remedio, y no presiente los efectos de su huida vergonzosa. ¿No es verdad que parece un contrasentido inexplicable, a no admitir en Isidora un corazón pervertido, un alma baja e irredimible?

Y si por el poder sugestivo de Isidora sobre Alejandro alcanza a redimir al hombre de granito en un momento de crisis, en un solo instante de fiebre, cuando la noticia de la ruina me sorprende al ascético parecí anunciar un desenlace que se armoniza con sus peregrinas creencias ¿por qué no le subyugó en los eternos días que durara el idilio de una caída que el autor no explica, ni los espectadores adivinan?

Porque de la exposición no se deduce si Isidora sedujo o fue seducida: si procedió como una disoluta empujada por un acceso de neurosis, o como una hembra débil que se alucina al oír los reclamos del otro sexo. Y Alejandro...¿qué hemos de decir de aquel amante que se presenta en la casa de Isidora con la misma frialdad que cualquier desconocido, al punto de tener más aspecto de mercader de biombos que de enamorado doncel?

Galdós nos ofrece otras dos inverosimilitudes de bulto en aquel loco y aquella mujer...débil que abren cátedra de moral y argumenta alternativamente esgrimiendo las más sanas teorías.

Si la imparcialidad sincera se sazona con gotas de benevolencia, resulta *Voluntad* una belleza del arte, ataviando con su ropaje la falsedad de una creación. Cada rasgo de la comedia es una impresión dulcísimo de soberano cincel. Cualquier grupo de perfiles, y sobre todo el conjunto de la concepción, es una ficción descarnada, una mentira social, lo imposible, lo repugnante al buen sentido.

Voluntad

Un cálculo matemático con muchas x, y, z, con infinitas raíces, con integrales y diferenciales, con ese cúmulo de signos que causan la desesperación de los malos estudiantes, y preocupan el ánimo de los que, aun siéndolo buenos, no han nacido para emular con Newton; eso es *Voluntad* para los que no podemos avenirnos a que la escena no sea la vida, a que el teatro desdiga de lo que son la familia y la sociedad.

Allí todo es falso: el escéptico irreducible que todo lo desprecia y lleva la desolación al hogar de los padres de Isidora; la joven de privilegiada inteligencia y voluntad de hierro que, seducida o seductora, une su suerte a un hombre que detesta el matrimonio; los padres que dejan huir a la hija con la misma parsimonia e indiferencia con que la ven volver y la reintegran al seno de la familia; aquella casa comercial en que nadie sabe, ni entiende, ni hace; los amigos, el usurero y corredor, que a cartas vistas cooperan a la bancarrota del padre de Isidora, el tío que vive en Móstoles y está perpetuamente en Madrid; los hermanitos que para la falta que hacen a la protagonista, pudieran haberse quedado en casa, en la escuela o en la cama. Son personajes falseados e inadmisibles.

La ejecución fue lo que podía ser, dada la estructura de la obra. Hubo muchos espectadores que aplaudieron, creemos que sería a Galdós, no a su comedia. Hubo algunos que protestaron.

Otros nos mantuvimos silenciosos, porque el autor de *Voluntad* merece respetos y atenciones, aunque *Voluntad* sea una equivocación y su desarrollo un fracaso.

Sergio Sol.

La obra

Voluntad, y a juzgar por las críticas de la época fue un texto que decepcionó considerablemente a los allí presentes, aunque como era habitual en los estrenos de Galdós había división de opiniones. Para este trabajo Galdós contó con el apoyo de Liern, quien colaboró para la puesta en escena de la obra.

Podemos imaginar que probablemente el perfil del personaje Isidora interpretado por María Guerrero con probabilidad no convenciera al ser interpretado de forma demasiado convencional. Por la trama se espera que los personajes den el carácter verdaderamente realista de la obra, que al incluir una temática algo novedosa, podía chocar en el público y crítica, acostumbrados a unos moldes muy concretos. Era hora de que sobre la escena se mostraran nuevos modelos de mujer y de cómo ésta se integraba en el difícil mundo laboral, en este caso con éxito por parte de la protagonista.

Galdós no hace más que reflejar una manera de ser, la suya, la de un hombre trabajador que no se amilanaba ante ningún desafío y que la “voluntad” hace parte fundamental del individuo para poder cambiar el mundo.

Esta era la lectura, el mensaje que Galdós quería dar a la sociedad que le rodeaba, mujeres que por su voluntad podían llegar realmente lejos, fuera ya de la presión religiosa o de la manipulación de los hombres.

Galdós, en su posición de hombre de teatro debía arriesgar constantemente con sus propuestas porque no hay que olvidar que el escritor canario era muy moderno y aunque en algo se veía paliado por el contexto de la época, nunca dejaba de sorprender. Por otra parte, era obvio, que los compañeros de profesión no aceptarían tan fácilmente que

un artista de su talla se incluyera entre los grandes hombres de teatro aunque lo fuera.

Con todo, estaba preparando su camino a la consagración en el teatro y no hay que olvidar que esta obra es de 1895 y todavía no había llevado al teatro los textos que le consagraron como *Electra*, *el Abuelo*, *Cassandra*, *Doña Perfecta*. El público había acudido en masa al estreno de *Realidad*, obra cumbre de Galdós, después había compartido el éxito de *La loca de la casa*, el episodio *Gerona* que fue llevado al teatro, *La de San Quintín* con una Maria Guerrero fantástica en el papel y *Los Condenados* que precedió a *Voluntad*. El estreno de *Los Condenados* había sido bastante controvertido y obligó a que Galdós escribiera un texto en su propia defensa que partió por el medio a críticos, colegas y gentes de la profesión. Era lógico por tanto, que no acogieran con positivismo un siguiente estreno del combatiente autor. En algunas de las críticas se puede atisbar una mala intención más que responder a deficiencias reales de la propuesta, sobre todo si se compara con lo que a la sazón se estaba estrenando en aquel momento.

No debemos olvidar por tanto que Galdós, inicia este período de su producción con tres obras cuyos argumentos había sido los de tres novelas: *Realidad* (1892) *La loca de la casa* (1893) y *Gerona* (1893). Una de estas tres, *La loca de la casa*, es la única obra que a mi juicio Galdós aun pensando en novela dialogada, por el texto en sí, era ya un texto teatral. Ha sido un error histórico considerar *La loca de la casa* como una de sus novelas dialogas, de hecho Galdós jamás lo consideró como tal.

Galdós se opuso desde siempre, desde que se iniciara en el ámbito teatral a participar en el crudo y elegante círculo de autores que, en su época, levantaban en escena un universo de ficción aderezado con galas –a veces tan

funestas- del verso y la palabra llena de pasión romántica en cierto modo domesticada. Don Benito sin duda seguía de cerca el panorama de la escena española pero asistía al aburrimiento que en general le ocasionaba. Él mostró una conciencia muy clara de la eficacia que en el terreno de la política y la influencia social, poseía el género dramático. En ese sentido Galdós traspone con objetividad su ideología para poder llevar a la escena un aparato que sirviera de crítica social y con ello adoctrinar a un público que muchas veces no tenía conciencia de la sociedad que le rodeaba.

Utilización de la escenografía para el movimiento escénico

Por movimiento escénico entendemos el conjunto de desplazamientos que los actores-personajes ejecutan en el espacio escénico durante la representación, las distancias y relaciones que entre unos y otros se establecen, sus agrupaciones y su distribución espacial. La gestuación, aunque puede considerarse y estudiarse de forma independiente, está estrechamente ligada al movimiento como tal.

El movimiento escénico debe tener siempre, como referente inmediato el movimiento natural que no es otro que el que se realiza en la vida cotidiana. Este es una pieza fundamental del cuerpo escénico. Lo que parece ser por lo que en realidad es, esa es la ilusión que debe manejar el juego actoral. El movimiento escénico está construido para lograr una significación y un equilibrio escénico y para establecer un ritmo y tipificación determinados. Está sujeto al mismo tiempo, a normas y convenciones emanadas de leyes y de la condición material del hecho teatral y, en consecuencia, no tiene nada de natural. El director de escena, debe buscar con la construcción del movimiento escénico la creación de

Voluntad

acciones y relaciones que junto al texto verbalizado y los elementos plásticos y sonoros, implanten el sentido al espectáculo.

Cuando plantea un desplazamiento o una distancia determinada entre dos personajes, el director debe ser consciente de que ello va a producir un significado para el espectador. Hoy, es responsabilidad directa del director de escena, pero en los años de Galdós, estas competencias no estaban implantadas con claridad. No disponemos de suficiente documentación para saber si en las producciones de Galdós, existía una figura como la del director de escena, cuya finalidad sea, entre otras, la de disponer el dibujo de los personajes en torno al cuadro en que viven, es decir, en torno a la escenografía. Solamente *Voluntad*, aparece con un nombre: Rafael M. Liern. Es de esperar que dicho nombre se refiera al del valenciano Rafael M^a Liern i Cerach, 1832-1897, muerto dos años después del estreno de *Voluntad*. Los trabajos de este escritor fueron bien conocidos, sobretodo sus obras dramáticas, género para el que tenía gran facilidad. En el resto de su producción dramática, nunca aparecerán más directores de escena. No he podido saber qué relación hubo entre el dramaturgo valenciano y Galdós, para esta colaboración en la comedia de *Voluntad*. Según he podido comprobar en los materiales dramáticos de Galdós, éste construía sus obras desde el punto de vista creador de un director de escena, y ello lo revela las innumerables veces en que aparece la siguiente frase: "Derecha e izquierda se entienden las del espectador". Con este precepto Galdós está expresándose como un hombre de teatro, como alguien que está "viendo" la escena desde el patio de butacas, más que desde su mesa de trabajo. Por esta razón, al dar en sus textos las indicaciones de movimiento, por medio de las acotaciones, el dibujo de desplazamientos está ya creado: Por la izquierda súbitamente, levantándose, aparece por la puerta derecha...

El movimiento modifica la naturaleza de los desplazamientos y relaciones, según sea la estructura arquitectónico-teatral en que la escenificación se produzca. Existen unas normas y códigos escénicos que enmarcan el trabajo actoral para que sea visible e inteligible por parte del espectador. Son importantes las posiciones escénicas cuando intervienen más de dos actores en la acción; utilizar la totalidad del espacio de la representación para lograr mayor profundidad y eludir el aplanamiento y la monotonía repetitiva; ejecutar ciertos desplazamientos como giros, manera de pisar y caminar, acto de sentarse y levantarse, agrupamientos, etc., según determinadas convenciones que buscan mayor claridad, fluidez y expresividad. El teatro realista buscaba estos efectos, aunque está claro que no existía una concepción de la obra teatral, tal y como la podemos tener hoy¹. La composición del movimiento y de las posiciones están reguladas por un principio lógico de equilibrio. A mayor realismo en el movimiento mayor credibilidad.

El movimiento escénico forma parte de la producción artística convencional y no natural del teatro. El director que lo propone y el actor que lo adopta y ejecuta, deben ser conscientes de que se construye para ser observado por el espectador. Pero a veces puede responder a un juego inventado por el autor para poder realizar su ilusión temática: *Realidad*. Así mismo, conviene no olvidar el funcionamiento focalizador del ojo humano respecto al objeto que contempla, de modo que puede escoger el plano general, el plano medio o el primer plano ante la

¹ Juan Antonio Hormigón, *Trabajo dramático y puesta en escena*, Madrid, Publicaciones de ADE, 1991. Es muy útil este estudio, porque su autor se aproxima muy directamente a la forma plástica de los acontecimientos que se plantean en los textos dramáticos, en especial con los de los guiones cinematográficos.

representación a la que asiste. Sólo la técnica del director es la que realizará con mayor acierto la intención del autor. Por ejemplo, *Realidad*, *La loca de la casa* o *Amor y ciencia*, deben estar muy bien dirigidas en cuanto al movimiento, a las entradas y salidas de personajes, para poder reflejar con acierto la exactitud que impone el texto. El director de escena es el que propone a los actores un diseño general de movimientos escénicos que explican las acciones que se intentan describir y narrar.

La mayor parte son de naturaleza esencial en su formulación y responden a motivaciones concretas de diverso origen. El actor las asumirá en la medida en que la motivación sea convincente y dinamizadora y contenga elementos expresivos potenciales. Por desgracia, en aquellos años de estrenos, las compañías no se regían, que se sepa, por ningún manual teórico que enfocara unas directrices como hoy. Hogaño, durante la fase de ensayos si el trabajo es armónico y se enriquece paulatinamente con hallazgos, se descubrirán nuevos desplazamientos esenciales, podrán modificarse otros e introducir múltiples movimientos secundarios. Por esta razón, los manuscritos de teatro de Galdós, varían tanto hasta la última versión, porque la práctica de los ensayos se imponen, casi siempre, a la primera intención del autor, aunque éstos no se realizaran con el mismo método que hoy. Sin embargo, todos los profesionales de la dirección y la interpretación saben bien que el tramo final de los ensayos es fundamental. En ellos se consolida el material final de la obra de arte, por eso se deben evitar al máximo aquellos cambios traumáticos que producen vacíos y estupores en los resultados finales, como fue el caso de *Voluntad* o *La loca de la casa*, comedias a mi juicio, deteriorada por los ensayos. Así escribe Galdós en las *Memorias de un desmemoriado*, con referencia a las transformaciones de las obras que se realizan en los ensayos:

Voluntad

La temporada del 92 y 93 fue brillantísima para la Comedia, porque en ella estrenaron *Mariana*, con éxito de los más resonantes. Al siguiente día de este estreno, que fue el 4 de diciembre, se leyó *La loca de la casa*. La experiencia de *Realidad* no me enseñó a calcular las dimensiones de la obra dramática. *La loca* resultó tan desafortadamente larga, que tardamos dos días en leerla. Desde los primeros días empezamos a dar tajos y mandobles para que quedara en razonables proporciones. Asistió a todos los ensayos desde el primer día, don José Echegaray².

Ms. de *Voluntad*

La acción en Madrid, calle Mayor. Época Contemporánea. Decoración del Ms para los tres actos:

Trastienda de un establecimiento comercial de importancia. En el fondo dos puertas, que comunican con la tienda, de la cual se ve el mostrador y los escaparates. Entre las dos puertas, en alto, un rótulo con el nombre de la tienda "La Primera de la China" y la fecha de fundación: 1780. Anaquelera en el fondo y costados, llena de piezas de tela y objetos de comercio de Oriente, vanos japoneses, cajitas chinas, alguna tela rica bordada, pendiente de la pared entre las dos puertas del techo cuelgan faroles japoneses y chinos, sombrillas...

Dos grandes libones en los ángulos. Pueden ponerse los retratos de Ayún y Senqua, artistas chinos bordadores de pañuelos llamados de Manila. Las puertas de la tienda tienen vidrieras.

En el costado derecho, una puerta, cerca del fondo, la cual conduce al portal de la casa. Tiene llave y cerrojo. En el mismo lado, un escritorio con carpeta,

² *Op. Cit*, pág. 1460.

Voluntad

dispuesto de manera que el que se siente en la banqueta de él para escribir esté de espalda a la pared de la derecha. Dicho escritorio puede tener enrejado de madera en la parte que mira a la escena, o bien columnitas que contienen la tabla en que se ponen los libros comerciales.

En el costal de la izquierda, una puerta que conduce a las habitaciones de los dueños del establecimiento. Entre esta puerta y el bastidor de ropa, frente a frente del escritorio, un estante especial para biombos japoneses, arrimado a la pared. Algunos biombos pueden estar fuera, abiertos, donde no estorben al movimiento escénico. Frente a dicho estante una mesita de bambú, estilo japonés, con muestrarios.

Sillas de Viena, elegantes. Alumbrado eléctrico para las escenas de noche.

Derecha e izquierda se entienden del espectador.

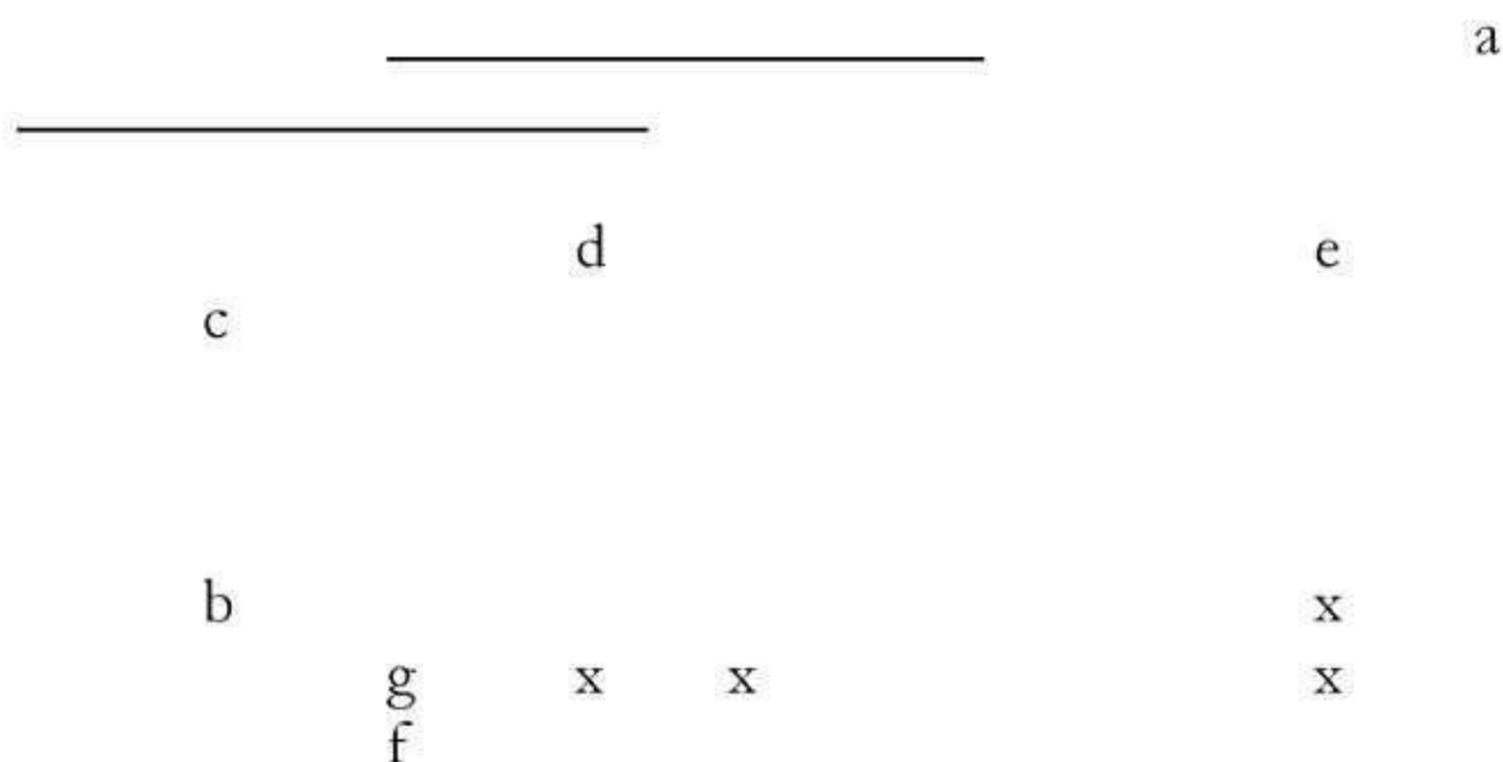
Esta minuciosa puesta en escena fue cambiada en su modalidad escénica, que es la que hoy conservamos como *princeps*. Los cambios que percibió esta obra con respecto a la puesta en escena son considerables, al aplicar en ella criterios de economía teatral y escénica a que se la somete. Probablemente sería el director de escena Rafael M. Liern, quien adaptó la comedia, simplificándola. Como sabemos, Galdós es muy minucioso creando su "pintura" del escenario, y además gusta de un detallismo muy particular, por esa razón, creo que la adaptación de la obra fue realizada por Liern, pues Galdós no minimiza sus montajes de esa manera. acto primero, *Voluntad, princeps*:

Director de escena: Rafael M. Liern

La escena, en Madrid, calle Mayor. Época Contemporánea.

Trastienda de un establecimiento comercial

Voluntad



a- Puerta que comunica con la tienda y el almacén. B. Puerta que conduce a las habitaciones de los dueños del establecimiento. C, Puerta por donde se sale al portal de la casa. D y e. Mesas grandes, sobre las cuales hay multitud de cajas, piezas de tela, vasos japoneses y otros objetos de comercio. F, Mesa con libros, papeles y utensilios de escribir de una casa de comercio. G, velador. X, sillas.

La misma decoración del acto primero. acto II

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entre el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio del fondo.

Voluntad, una obra de cambio

La decadencia femenina y el derecho de la mujer a progresar y emanciparse, son algunas de las lecturas que se deducen de los personajes femeninos de las comedias. Llegado el renacimiento y la decadencia del sentido cristiano, la Iglesia pierde el dominio sobre las conciencias y las instituciones; el legislador civil se introduce en el derecho matrimonial y pronto el deseo masculino de dominar a la

mujer³ toma forma en el derecho. Se ve entonces aparecer la noción de incapacidad de la mujer casada. En *La loca de la casa* se reivindica tanto el potencial femenino como la concienciación del género. En el siglo XVIII se desarrolla en Europa el movimiento individualista, el liberalismo en política, el amor libre en moral familiar. Este movimiento tiende a debilitar la familia, cuya estabilidad constituía la fuerza de la mujer; tiende a rebajar el papel de la virgen, de la esposa, de la madre, fundamentos del prestigio de la mujer en el derecho cristiano. El código civil traduce la tendencia del siglo al acentuar las incapacidades civiles de la mujer, al mismo tiempo que permite la disgregación de la familia. De ahí se sigue para la mujer una situación rebajada. Las ideas de igualdad extendidas con profusión -en España Concepción Arenal o Emilia Pardo Bazán entre otras- así como la moral del derecho al amor; llevan a un creciente número de mujeres a rebelarse contra las trabas de su desarrollo individual y de su independencia.

La evolución de las costumbres y las necesidades económicas obligan a muchas mujeres a trabajar de forma independiente, *Voluntad*, sin que la ley reconozca esta independencia; la degradación de la familia reduce cada vez más la ayuda que la mujer espera de su marido. Así se explica el movimiento de liberación de la mujer en relación con los demás movimientos ideológicos del siglo. Habían empezado

³ Durante la primera mitad del siglo XIX, en Francia, las ideas feministas son las ideas de vanguardia limitadas a los ambientes en que se desarrollan todas las ideas extremistas; se las halla daramente en los saint-simonianos y en los fourieristas. Finalmente, hacia 1850, se adhieren espíritus más moderados y el movimiento empieza a progresar. En Francia, Legouvé que en 1848 publicó *Histoire morale des femmes* en la que redama para la mujer la mayor igualdad posible con el hombre, intelectual, económica y social. Y en Inglaterra, Stuart Mill publica en 1869 *La sujeción de las mujeres*, que tuvo profunda resonancia. A partir de 1870 se fundan sucesivamente asociaciones feministas en todos los países.

a emerger como problema social, especialmente entre las clases medias, situaciones como las que vivían muchas mujeres solteras o viudas, que encontraban dificultades para poder ser atendidas por el régimen económico de un sistema familiar en proceso de evolución. Hemos de tener en cuenta la marcha social de países como Francia o Inglaterra, lugares que Galdós conocía muy bien y tenía una opinión. En algún aspecto le pudieron servir, socialmente, de contrapunto en su subconsciente creativo. La familia extensa estaba dejando paso a la nuclear y cuando estas mujeres no pertenecían a la clase obrera o campesina, con la remuneración que a ese grupo se le reconocía, o a familias con fuerte capacidad económica, sentían necesidades. La necesidad de que la sociedad les permitiera no sólo estudiar, sino también el ejercicio remunerado de las capacidades adquiridas o desarrolladas para poder abrir caminos que garantizaran la propia subsistencia. Pero, por encima de todas las justificaciones externas y sociológicas que ayudaron a desvelar un problema hasta entonces no reconocido, estaba el derecho que asistía a las mujeres a la educación que desearan o creyeran necesaria.

Una cuestión, aunque si bien no es la única, es que el hecho de haber nacido mujer suponía asumir una serie de limitaciones sociales y legales que los grupos más sensibles se propusieron denunciar, como así lo hicieron. Esta marcha en España se ralentiza considerablemente por una clara influencia del catolicismo. La idea básica que mueve el pensamiento Galdós en sus comedias, creo yo, es que hay que trazar puentes entre las dos riberas, hombres-mujeres, pues ambas pertenecen al mismo río. Hasta ese momento existía una generalización en cierto modo artificial, sobrepuesta e interesada. Difícilmente se podía esperar una transformación radical de las estructuras, porque la fuerza de las convicciones era demasiado pesada. Por ello es necesario rescatar de la memoria histórica aquellas contribuciones que

por medio del teatro galdosiano quedan reflejadas. Los elementos de sumisión, dependencia, pasividad, dulzura que aparecen como cualidades de la mujer en el teatro de la época, aquí van plagarse de modernización con una nueva carga de elementos nuevos, definitivamente más progresistas. La condición social que se le tiene asignada a la mujer decimonónica conforma un tipo de comportamiento femenino que sólo excepcionalmente llegaron a enfrentarse de forma visible con el modelo que de ellas se reclamaba.

Hacer una historia desde la perspectiva de género, que no sólo rescate parcelas de la memoria perdida respecto de las mujeres, sino que también las incorpore con el protagonismo que compartieron en todos los acontecimientos vividos a lo largo del tiempo. Romper el anonimato, conferirles visibilidad, afirmar su presencia constante, valorar las experiencias femeninas y reconocer su pertenencia a la sociedad de cualquier período histórico al que nos acerquemos, es todavía una tarea pendiente que está exigiendo volver a una lectura más crítica y más global de la historia que hemos recibido.

La razón de esta invisibilidad no siempre ha estado en que se hubieran olvidado por la propia sagacidad inconsciente con que el olvido nos enmascara o nos suprime el pasado interesadamente, en que se habían ocultado quizás los rastros de esa memoria para una programada ignorancia. Por estas razones y otras que iremos exponiendo, el teatro de Galdós con sus sonados estrenos supone una aportación enorme a la valoración de la mujer en la sociedad, así como a la fecunda visibilidad que nos propone a lo largo de sus comedias. Sin llegar a radicalismos, con una base real, sin llegar a extremos que nunca hubieron comprendido sus contemporáneos, tenemos en Galdós una deuda histórica muy suculenta por otorgarnos un lugar y una importancia suprema.

La idea y la imagen somática del mundo y de las realidades sociales, reflejo de una concepción de la vida, de la política, de los valores, de los hombres y de las mujeres, en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, parece revelar al tiempo que asegurar, que todo está en su sitio, que cada cuál ocupa el lugar que le corresponde en la organización social. Ese orden no se puede romper sin excesivas consecuencias para el sistema vigente. Una mujer que mata a su esposo por que es ultrajada, sucede en *Bárbara*, otra que mata la opresión, sucede en *Cassandra*, aquella que se emancipa, sucede en *Electra*, otras se harán empresarias, sucede en *Mariucha* y *Voluntad*, o que huyen de su casa para ser libres, sucede en *Sor Simona*. Otras veces la búsqueda de la libertad presenta el adulterio como autoafirmación, sucede en *Realidad*, otras veces la mujer redime al hombre, sucede en *Los Condenados* y *Alma y vida*, o sirve de inspiración ideológica, sucede en *Santa Juana de Castilla*. Son algunos ejemplos de un creador que sabe a quién quiere otorgar importancia. ¿Porqué la casi totalidad de los protagonistas de su obras de teatro son mujeres? ¿No es acaso la falsa creencia en el "sexo débil" la más olvidada y la que necesita de un reconocimiento social? ¿No necesitarán tener nuevas ideas y caminos para emprender? Galdós hará propuestas tremendamente fructuosas, aún hoy, para aquellas que no tienen salidas.

Pero no debemos recordar continuamente el contexto de la época, donde las libertades no estaban ni en una utópica proximidad. El clima de la época, era aquel en que se privaba a las mujeres de cualquier oportunidad que les permitiese el desarrollo de las cualidades necesarias para moverse en un mundo exterior al familiar y doméstico, en unos espacios públicos que se iban haciendo progresivamente más complejos. Un paternalismo del que no escapa ni el propio Galdós, por muy progresista que sea y

es en su obra teatral. Empujadas a renunciar a sus propios deseos y recursos, sólo les estaba permitido participar del poder y de la capacidad de acción a través de los hombres a los que les unían vínculos familiares, y de los que recibían además el estatus social. Esta circunstancia es consecuencia del catolicismo. El referente del que se parte, de lo que la mujeres eran y de lo que ellas valían, tenían que buscarlo en su padre, *La loca de la casa*, *Voluntad*, *Mariucha*, en su marido y en sus hermanos o en sus hijos varones, *Cassandra*, pero nunca en ellas mismas. El orden social y simbólico en el que vivían las obligaba a relacionarse con el hombre, aislándolas así a unas de otras. Su destino era desaparecer personalmente y como grupo. El papel desempeñado en la familia, la influencia que, se afirmaba, ejercían en su marido y en la sociedad a través de él, su destino principal como esposas y madres, alimentaba una mentalidad que debía llevarlas a cumplir los deberes que, por naturaleza, les correspondían. De ahí que los conocimientos que debían adquirir y las actitudes que debían desarrollar se seleccionaran de acuerdo con lo que sus hijos iban a necesitar de una madre, esta acepción afecta también a las monjas, y con lo que hiciera posible que sus maridos pudieran compartir con ellas algunos de los asuntos que eran de interés para los hombres, sin reciprocidad posible.

Los caracteres novedosos que Galdós incorpora al personaje femenino, aun con sus deficiencias, merecen un especial estudio. La lacra y la mediatización del autor por un público al acecho y sin búsquedas claras, lleno de contradicciones, hará que en algunos casos no "remate" o no termine de perfilar los caracteres, tal vez por miedo a ser excesivamente atemporal desde el punto del espectador. Por eso, el aspecto maternal, angelical y espiritual que siempre imprime en sus personajes de las comedias estará presente como condición intrínseca al concepto mujer. Galdós, con todo, rompe con los encasillamientos y propone nuevos

ideales: mujeres diferentes que no difieren de la realidad porque de allí son. Es curioso que ellas, las protagonistas de las comedias, son siempre mujeres que se encuentran en una situación privilegiada desde el punto de vista de la escala social. Victoria *La loca de la casa*, Rosario de Trastámara, *La de San Quintín*, Isidora *Voluntad*, María *Mariucha*, Paulina *Amor y ciencia* y Celia *Celia en los infiernos*, son todas ellas mujeres aristocráticas o burguesas, con una serie de oportunidades para su formación.

El problema de las mujeres de las clases medias, era como ya he dicho, su encaje en la sociedad andrógina. El convento o el matrimonio constituían las dos únicas salidas. La imaginación y el aburrimiento sus principales enemigos, que las llevaban la mayoría de las veces a su autólisis social, por la ociosidad. No era un asunto nuevo, sino que venía de siglos, por lo que había llegado el momento de que fuera la voluntad de las mujeres la que eligiera libremente el camino a recorrer, de ahí los nuevos planteamientos que Galdós pone en boca de sus protagonistas. La voluntad, esa es la primera cualidad a desarrollar por que también es la primera en caer en las redes del ocio. El desarrollo de la voluntad, era sin duda, una tarea difícil de ser realizada en un contexto, cuyas prácticas sociales y políticas vigentes eran, como digo, extremadamente particulares de la sociedad española. Es la sociedad, cuyo poder religioso y moral rodean todos los espacios físicos, acorralando el espacio vital de la mujer.

El matrimonio de clases sociales ha sido siempre una opción que Galdós propone a la sociedad. Esta opción que en su momento era una utopía como se reflejaba en la novela *Fortunata y Jacinta*, con los años, los cambios personales y estéticos que el autor irá desarrollando, esta utopía se convertirá en una realidad. Ya desde su primer estreno *Realidad*, en el personaje de Clotilde aristócrata y su amor Pepe, proletario y trabajador, pasando por las

Voluntad

comedias más representativas del teatro de Galdós como son *La loca de la casa* (1893), *La de San Quintín* (1894), *Voluntad* (1895), o *Mariucha* (1903) está presente esta propuesta de unión de clases por medio del amor entre sus componentes.

Las ideas que Galdós presenta en sus comedias como premisas para lograr el equilibrio social eran fruto también de su experiencia, sobre todo por su contacto y gran afinidad con mujeres de clase más inferior a la suya. Solamente que la propuesta "matrimonial" que Galdós presentaba unos años antes con gran positivismo se tornará ahora en imposible. De hecho la peripecia o mejor la acción, se desencadena desde el momento en que Germán rechaza a Celia por que es un imposible y se une con Ester que es una mujer de su misma condición. Ante la negativa de alcanzar un amor imposible por que es de otra clase social, ahora se produce de forma contraria, unido a su intención y toma de conciencia de cambiar la sociedad, se produce la salida de la heroína hacia un mundo duro y pobre, pero que es sin duda el mundo de realidad que sufre España.

Voluntad
Voluntad

Comedia en tres actos y en prosa

Representóse en el Teatro, de Madrid, la noche del 20 de diciembre de 1895.

Madrid

Casa editorial La Guimalda, San Mateo, 11 dup. Bajo.
1896

Reparto

Personajes Actores

Isidora **Señorita Guerrero**

Doña Trinidad **Señora Domínguez**

Trinita **Señorita Blanco**

Alejandro **Señor Díaz de Mendoza**

Don Isidro Berdejo **Señor Jiménez**

Don Santos Berdejo **Señor Carsí**

Serafinito **Señorita Valdivia**

Luengo, corredor, **Señor Cirera**

Don Nicomedes, prestamista **Señor Díaz**

Bonifacio, dependiente **Señor Mendiguchía**

Lucas, dependiente **Señor López Alonso**

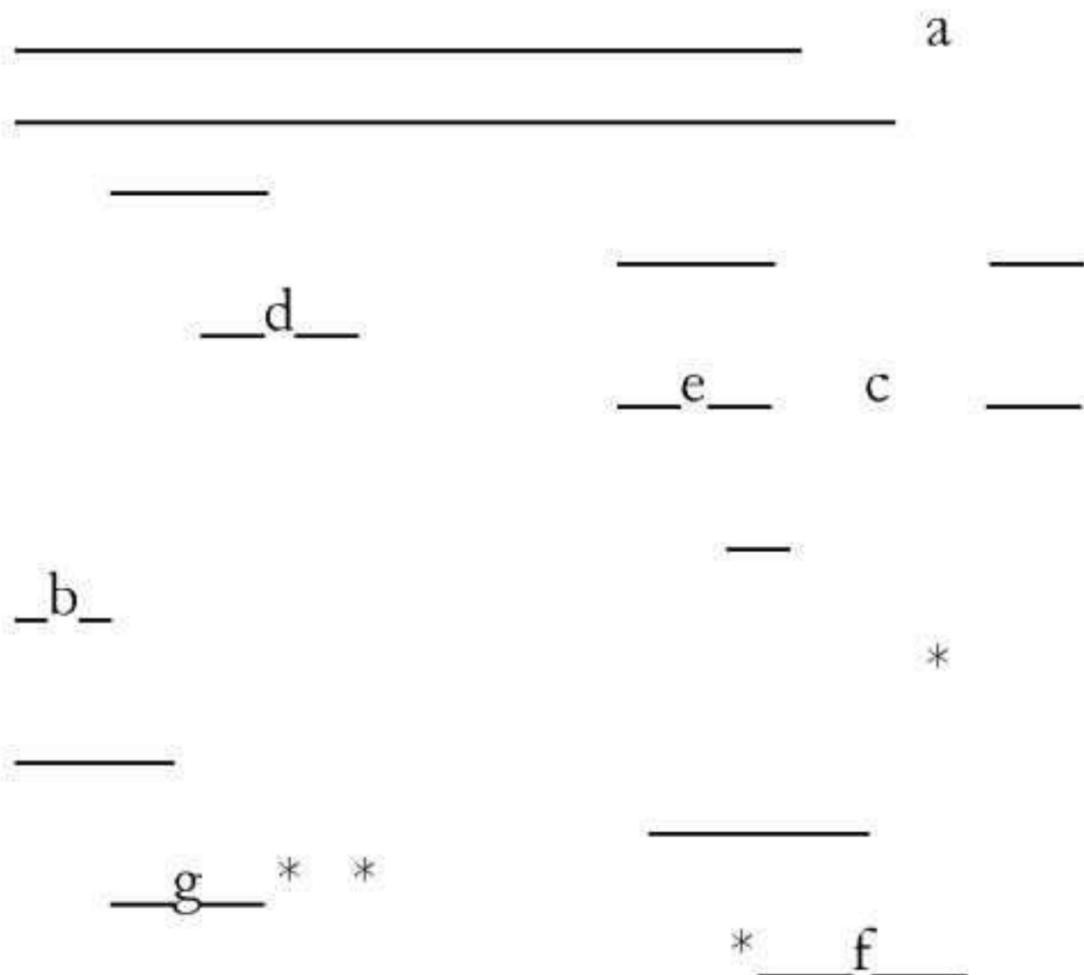
Un Cobrador **Señor Torner**

Director de escena: Rafael M. Liern

La escena en Madrid, calle Mayor. Época contemporánea.

ACTO PRIMERO

Trastienda de un establecimiento comercial.



a, Puerta que comunica con la tienda y el almacén. b, Puerta que conduce a las habitaciones de los dueños del establecimiento. c, Puerta por donde se sale al portal de la casa. d y e. Mesas grandes, sobre las cuales hay multitud de cajas, piezas de tela, vasos japoneses y otros objetos de comercio. f, Mesa con los libros, papeles y utensilios de escribir de una casa de comercio. g, Velador, *, Sillas.

Derecha e izquierda se entiende del espectador.

Escena primera

Don Isidro, en la mesa, examinando un libro de cuentas, Doña Trinidad, en el centro, sentada; junto a ella, Don Nicomedes, sentado, como en visita, Luengo, en pie.

Isidro.- (*Dando un gran suspiro, cierra el libro de cuentas.*) Si Dios no hace un milagro, no hay salvación para mi casa.

Trinidad.- (*Afligida.*) ¡Jesús nos valga!...

Voluntad

Luengo.- Querido don Isidro, ánimo. Una retirada honrosa, como dijo el otro, vale tanto como ganar la batalla.

Nicomedes.- Justo. El valor es plata, la prudencia es oro. ¿Que no puede usted vencer? Pues se retira en buen orden, y...

Luengo.- Y acepta el traspaso que le propuse.

Trinidad.- ¡Traspasar, rendirse cobardemente! ¡Ay, si viene la miseria no es decoroso que nos entreguemos a ella sin lucha!

Isidro.- (*Con gran abatimiento.*) ¡Luchar! ¡Qué bonito para dicho! Pero, en fin, luchemos, alma, luchemos. (*Reanimándose.*) Cierto que aún podríamos...Luengo querido, don Nicomedes, yo veo un medio de salir a flote, con paciencia y tiempo por delante... pero necesito del concurso de los buenos amigos...

Luengo.- Don Isidro de mi alma, doña Trinidad, bien saben que les quiero como un hijo...¡Ah, si yo tuviera capital, ya estaba usted salvado! Pero es público y notorio que mis corretajes no me dan más que lo comido por lo servido. El amigo don Nicomedes, a quien hablé esta mañana de parte de usted, ha tenido la bondad de venir conmigo para manifestarles...

Isidro.- ¿Qué?

Nicomedes.- Que lo siento mucho, amigo Berdejo, que lo siento en el alma...Pero me coge sin fondos, absolutamente sin fondos.

Isidro.- ¡Todo sea por Dios! (*Con amargura.*)

Nicomedes.- (*Con afectación de cariño.*) Bien sabe que le quiero como un hermano...

Trinidad.- Sí, sí; todos nos quieren como hermanos, como hijos, pero nos hundimos, y no hay quien nos alargue una mano, un dedo, para que nos agarremos y podamos salir...

Nicomedes.- ¡Qué más quisiera yo, mis amigos del alma!...(*Dudando.*) En último caso...

Luengo.- (*Aparte a don Nicomedes, pasando a la izquierda.*) Cuidado; no ablandarse...

Voluntad

Nicomedes.- Imposible, imposible...Busque por otro lado...¿Por qué no intenta usted algo con su vecino del entresuelo, el amigo Morales?

Trinidad.- ¡Oh! Morales no hace préstamos.

Isidro.- Es triste cosa que un establecimiento como éste, tan acreditado, tan antiguo, haya existido más de un siglo con vida próspera y robusta para venir a deshacerse en las manos del último de los Berdejos, tan honrado como el que más.

Nicomedes.- Como el primero, eso sí. Digno sucesor de los honradísimos, de los intachables Berdejos.

Isidro.- Siempre cumplí fielmente mis compromisos. He favorecido a cuantos amigos se acercaron a mí en demanda de apoyo...

Luengo.- (*Interrumpiéndole.*) Ahí, ahí duele...En el comercio, queridísimo don Isidro, no hay enfermedad más peligrosa que el reblandecimiento...del corazón.

Nicomedes.- Sí, sí. Yo digo que la bondad, la excesiva bondad y confianza pesan mucho. Son como el oro. Nada; que forrado de esas virtudes, se va uno al fondo.

Luengo.- (*Riendo.*) Está bien.

Isidro.- Como quiera que sea, queridísimo don Nicomedes, venga usted en mi ayuda.

Nicomedes.- ¡Oh!, Si pudiera...¡Qué mayor satisfacción para mí!...Pero crea usted que...

Luengo.- A decidirse pronto. Traspase el establecimiento en los términos que le indiqué...

Trinidad.- No, no. Lucharemos aún. ¿Verdad, Isidro?

Isidro.- (*Muy abatido.*) Sí... luchar...(*Irresoluto.*) No sé...Dejadme...Estoy loco.

Trinidad.- (*Viendo entrar por el foro izquierda a Trinita y Serafinito.*) ¡Oh! aquí están ya mis niños. (*Va a su encuentro.*)

Escena II

Dichos; Trinita, Serafinito, que vienen por el foro, vestidos con relativa elegancia.

Luengo.- (*Por Trinita.*) ¡Qué elegantita, la niña de la casa!

Trinita.- (*Saludando.*) Don Nicomedes...

Voluntad

Nicomedes.- ¡Qué monada de chiquilla!

Luengo.- (*Por Serafinito.*) ¿Y dónde me deja usted a este sabio en leche?

Serafinito.- ¡Quita allá, bruto! (*Con desprecio.*)

Nicomedes.- (*Saludándole.*) Serafín, casi, casi estás hecho un hombre. (*Serafinito le saluda con frialdad.*)

Trinita.- Papá, el tío Santos ha venido del pueblo esta mañana. ¿Cómo no está aquí?*

Isidro.- (*Distraído.*) No sé...

Luengo.- Sí; yo le ví entrar en su jaco por la calle de Toledo...

Trinidad.- Es raro que no esté ya en casa.

Isidro.- Ya parecerá.

Trinidad.- (*A Trinita cariñosamente.*) ¿Y qué tal? ¿Venís de casa de las de Cabrales? ¿Cómo va ese ensayo?

Trinita.- Divinamente.

Trinidad.- ¿Acordado ya el programa del conciertito?

Luengo.- ¡Dichoso programa! Mis sobrinas me traen loco. Purita rompe plaza con la *Marcha fúnebre*.

Trinita.- Rosario Cuadrado canta el *Non posso vivere* que le acompaño yo.

Luengo.- Y tú tocas el *Nocturno*, de Chapa.

Trinita.- De Chopin...Luego, la *Danza Macabra* a cuatro manos...Esta noche, no hay remedio... tengo que volver a ensayar. Pero el señorito este dice que no puede llevarme.

Isidro.- ¿Cómo no?

Serafinito.- (*Gravemente.*) Papá, no puedo...

Luengo.- ¡Ah! es verdad. El chiquitín habla esta noche en el *Círculo Histórico-Literario*.

Nicomedes.- Sí; ya lo decía anoche el periódico: "tiene pedida la palabra el joven orador don Serafín Berdejo".

Isidro.- Ah, sí...La discusión de la Memoria de tu amigo Porras.

Serafinito.- Sobre la Solidaridad de las funciones sociales. Anteanoche, Pepe Canseco, que se metió en la Antropología

* La edición lleva a un asterisco donde dice: Luengo, don Nicomedes, Serafinito, doña Trinidad, Trinita, don Isidro.

Criminal, me aludió de un modo tan transparente...Me llamó "el ilustre degenerado..." Porque yo soy un lombrosista furibundo.

Trinita.- ¡Qué rico! Eres *lombriasta*...¡Qué criatura, qué prodigio!

Isidro.- Me dan miedo estos chicos del día. Nacen sabiendo lo que antes ignoraban los viejos más estudiosos.

Trinidad.- Pues niña, esta noche, tu hermano no puede acompañarte...Ya ves...

Trinita.- (*Displicente.*) ¿Y me fastidio yo por estas simplezas de los discursos de sonsonete, y de las Memorias pegadas con saliva?

Serafinito.- Simplezas tus conciertos y tus *soirées* de niñas cursis. Unas aporrean teclas, otras imitan el canto de los grillos, y todas han declarado la guerra a la musa Euterpe y a los tímpanos de la pobrecita humanidad.

Trinita.- Cállate, sabiondo huero, mico de la Filosofía y de la Antropo...potro... no lo digo.

Serafinito.- Cállate, tú, lumbrera de la ignorancia, oráculo de la insubstancialidad...

Trinidad.- (*Apaciguándoles.*) Vaya, no reñir. Vete a estudiar el Nocturno, y tú a prepararte...

Trinita.- ¡Qué fastidio! Este lo que quiere...(*Siguen disputando.*)

Serafinito.- Es ella la que ...

Trinidad.- ¡Silencio! (*Llevándoles hacia la izquierda.*)

Trinita.- No se le puede aguantar.

Trinidad.- Juicio, niños. Mirad que no estamos hoy para bromas. (*Van los dos hermanos hacia la puerta de la izquierda, riñendo. Doña Trinidad trata de calmarlos amorosamente. Sale Bonifacio, que se dirige a don Isidro. Luengo y don Nicomedes bajan al prosenio.*)

Escena III

Dichos, menos los dos chicos; Bonifacio.

Isidro.- ¿Qué buscas?

Bonifacio.- Muselinas negras.

Isidro.- Me parece que aquí...*(Busca en la anaquelera del pasillo del fondo.)*

Luengo.- *(Con Don Nicomedes en el proscenio.)* Francamente, temía que usted se ablandara...

Nicomedes.- ¿Yo...? Me llamo Guijarro.

Luengo.- Porque esta pobre gente se hunde.

Nicomedes.- Y no hay más que dejarles bajar, dejarles caer, y cuando estén en tierra, ya entrarán en razón.

Luengo.- Y traspasarán, no lo dude usted, en condiciones ventajosísimas...

Nicomedes.- Para nosotros... y para ellos también... pues ¿a qué más podrían aspirar?...*(Contemplando el local.)* ¡Hermoso establecimiento! y abarrotado de artículos de Europa y Asia.

Isidro.- *(Cansado de buscar.)* Veamos aquí. *(Pasa con Bonifacio a la mesa de la derecha.)*

Nicomedes.- ¿Y no podría suceder que recibieran auxilio de la otra hija, Isidora?

Luengo.- Imposible. No se tratan con ella.

Nicomedes.- *(Dudando.)* Hum ¿Está seguro? Lo averiguaremos.

Isidro.- *(Con displicencia.)* Pues se acabaron. Di que no hay. *(Vase Bonifacio. Vuelve don Isidro al proscenio, y doña Trinidad, después de despedir a los chicos, por la izquierda.)*

Trinidad.- ¡Ay, qué criaturas!

Luengo.- Están ustedes babosos con los tales críos.*⁵

Isidro.- La niña es una monada, tan finita y tan...

Trinidad.- El niño sí que es mono, con tanto talento, y ese pico de oro...Otro más oradorcito no le hay a su edad.

Nicomedes.- Sí, monísimos los dos. Pero yo le diré a usted, amigo don Isidro, si no se enfada, que este par de mocosos, el uno con su ciencia de huevito pasado, la otra con sus tocatas y sus perifollos, no valen para descalzar el zapato a la hija mayor de usted...¡ah! Aquella Isidorita tan reguapa, tan simpática y hacendosa...

⁵ En la edición tras el asterisco dice: Luengo, don Nicomedes, doña Trinidad, don Santos.

Isidro.- (*Afligido.*) ¡Ay, amigo mío!

Trinidad.- ¡Hija de mi alma!

Nicomedes.- Sí; ya sé cuánto han sufrido ustedes...

Isidro.- Es como si la hubiéramos perdido, perdido para siempre.

Trinidad.- (*Deseando cortar la conversación.*) No nos hable usted... por Dios...

Isidro.- Renueva usted la tremenda herida.

Trinidad.- ¡La queríamos tanto!...

Isidro.- La adorábamos.

Nicomedes.- Y que lo merecía.

Isidro.- Porque usted no puede figurarse, señor don Nicomedes, mujer de cualidades más extraordinarias.

Luengo.- Un talento de primer orden.

Trinidad.- Y, a más del talento, una energía colosal.

Luengo.- ¡Y una gracia! ¡Ay, qué gracia, y qué ángel, y qué...!

Isidro.- ¡Y una disposición para todo!...Hace dos años, cuando caí malo, tomó a su cargo el establecimiento, y llevaba los negocios de un modo admirable. Mejor, mejor que yo.

Nicomedes.- Lo creo.

Trinidad.- Y para mí era un descanso... porque gobernaba la casa... vamos, mejor que yo misma.

Nicomedes.- También lo creo. Y de la noche a la mañana, el amor, el gran disolvente, vino a trastornar todas esas perfecciones y a reducirlas a cero.

Isidro.- Como por brujería o encantamiento, sí. Aquella hijita tan buena, aquella que parecía la razón misma hecha mujer, ve a un hombre en casa de nuestros amigos los Vallejos, le habla, le trata dos o tres semanas, se enamora de él perdidamente, se ciega, enloquece...

Trinidad.- Y llega hasta el extremo de huir de nosotros, de abandonar padres, familia, esta honrada casa...

Nicomedes.- ¡Qué desdicha! Y el tal es Alejandro Hermann, hijo de aquellos alemanes que tuvieron el negocio de maquinaria...

Voluntad

Luengo.- Un sonámbulo, con la cabeza llena de fantasmagorías, palabra engañadora, buena figura... simpático él, eso sí.

Nicomedes.- ¿Hombre rico?

Isidro.- Así parece.

Luengo.- Heredó un buen capital. Pero como no mira por sus intereses, y es una mano rota, ya se le ha filtrado más de la mitad. No piensa más que en cosas de esas... de esas que no se ven, que no se tocan... en toda esa música que anda por los espacios imaginarios.

Nicomedes.- Pues a ese paso...

Luengo.- Gasta, se divierte, viaja, sueña despierto, adora la música, los cuadros, los libros que hablan de... de... de todo aquello que no se ve, vamos.

Nicomedes.- ¿No es ése el que tiene su dinero en poder de Guevara?

Luengo.- Justamente.

Nicomedes.- (*A Don Isidro.*) Y jamás le pide cuentas ni se ocupa...¿Qué le parece?

Isidro.- No sé...A mí no me pregunte usted nada de ese hombre.

Trinidad.- No nos tratamos.

Nicomedes.- Pero ¿de veras no se tratan ustedes con su hija?

Trinidad.- No, señor...¡No faltaba más!

Isidro.- Para nosotros, como si no existiera. Nuestra dignidad no nos permite transigir en ninguna forma con el oprobio.

Nicomedes.- A menos que el alemán se case...

Isidro.- Cuando no lo ha hecho ya...(*Con pena.*) Yo les suplico que no me hablen más de...(*Oyese la voz de don Santos.*)

Santos.- (*Antes de salir grita en la tienda.*) ¡Mis alforjas, gandules!...¡Dónde están mis alforjas...!

Trinidad.- ¡Ah! ya está aquí tu hermano.

Nicomedes.- El buen don Santos.

Isidro.- Como siempre, alborotando la casa.

Escena IV

Dichos; Don Santos.

Santos.- Mis alforjas...¡Ah! aquí están... acabáramos. (*En la puerta del foro. Recibe las alforjas de manso de un dependiente.*)

Trinidad.- Hombre, no grites.

Isidro.- A ver. ¿Qué traes ahí?

Santos.- (*Saludando fríamente.*) Señores...(*Saca un par de perdices de las alforjas.*) Mirad.

Trinidad.- ¡Qué hermosura!

Santos.- Parecen pavas. Esta mañana las maté. (*Saca otros dos pares.*) Nos las pones estofadas.

Trinidad.- Venga. (*Recoge las perdices y se va por la izquierda.*)

Luengo.- ¡Bien por los grandes cazadores! ¿Y no convida?

Santos.- A ti no.

Nicomedes.- ¿Y a mi?

Santos.- Tampoco. ¿está bien que salga yo a despernarme por esos campos para que el fruto de mi trabajo y de mi habilidad vaya a parar a manos del rico avariento? (*Risas.*)

Ustedes, cazadores de negocios, cuando apuntan bien y ponen la res patas arriba, ¿me convidan a mí...a monedas de cinco duros?

Nicomedes.- ¡Ja, ja!...(*Ríen Don Nicomedes y Luengo.*)

Luengo.- ¡Qué don Santos!

Nicomedes.- Siempre tan bromista...

Santos.- ¿Y qué tal? (*A su hermano.*) ¿Se arregla eso? ¿Estos señores...?

Isidro.- (*Con tristeza.*) No hemos hecho nada.

Santos.- (*Con socarronería.*) Naturalmente. (*A don Nicomedes.*)

Tiene usted sus capitales colocados... justo... lo mismo que yo, que todo mi dinerito lo tengo dado a rédito, en condiciones ventajosísimas, estupendas, fabulosas...Figúrese usted, don Nicomedes: poseo en Móstoles las finquitas que heredé de mi esposa... nada... cuatro terruños... una decencia pobre.... o una pobreza decente, como usted quiera. Pues

todo lo que saco del trigo y de las patatas lo pongo en un saquito...

Luengo.- ¡Qué celebre!

Santos.- Y lo voy dando a los pobres del pueblo que lo necesitan... hasta que se acaba... y entonces ya no doy más. Dicen que esos dineros pasan a las arcas de Dios, y allí se constituyen en deuda consolidada, y que en bienaventuranza y gloria le dan luego a uno los intereses... a razón de tantos miles de millones por ciento. Con que ya ve...qué negocio se pierde usted.

Nicomedes.- (*Riendo.*) ¡Famoso! ¡Qué viejo más salado!

Santos.- Con que, hermano mío, no te apures. Si viene la catástrofe y se te cae la casa al suelo, ya sabes que en la mía de Móstoles, que es bien grande y desahogada, no faltará un hueco para vosotros, ni en la mesa las buenas calderadas de patatas, las riquísimas migas, el excelente cabrito...Luego salgo yo a dar un paseo con mi escopeta... y pum... la cena. Adoba todo esto con la paz del alma y la amenidad campestre, échale encima unos granitos de olvido y un buen espolvoreo de conformidad con la voluntad de Dios, y tendrás la vida más deliciosa y más santa que un hombre puede soñar.

Nicomedes.- ¡Bien, bravísimo!...Que se deje de imposibles luchas y se retire a descansar.

Luengo.- Que acepte el traspaso.

Isidro.- (*Meditabundo.*) ¡Imposible!

Santos.- Con lucha o sin lucha, querido hermano mío, tú nunca has de ser rico.

Isidro.- Ni lo pretendo.

Santos.- (*Bruscamente, queriendo despedirles.*) ¡Con que... queridísimos amigos...!

Nicomedes.- ¿Pero nos echa?

Santos.- Como echarles, no, pero estoy deseando que se larguen. Tengo que hablar con mi hermano de un asunto reservado.

Luengo.- En ese caso...

Voluntad

Santos.- De un asunto doméstico.

Trinidad.- *(Que vuelve por la izquierda y oye las últimas expresiones.)* ¿Qué será?

Nicomedes.- Don Isidro, no olvide que en caso de traspasar, yo...

Santos.- *(Impaciente.)* ¡Ea, despéjenme el terreno!

Luengo.- Ya, ya nos vamos.

Nicomedes.- ¡Qué don Santos! ¡Nos expulsa después del increíble desaire de no querer convidarnos!

Santos.- ¡Hombre, no! Si fue broma. Vengan a probar las perdices.

Nicomedes.- Si que vendremos... ¡ja, ja!

Santos.- Me gusta a mí ver comer a los tacaños, que en las mesas ajenas despliegan un apetito formidable.

Nicomedes.- ¡Ja, ja...! No lo dirá por mí, que en mi casa tengo un diente...

Santos.- Como que lo está usted afilando siempre en las casas de los amigos... Vaya, adiós.

Nicomedes.- Vamos ahora a ver a Rodríguez, que también traspasa.

Santos.- Sí; el abuelo se retira con más dinero que pesa.

Trinidad.- Pues si van a la tienda de Rodríguez, salgan por el portal. *(Les indica la puerta de la derecha.)*

Luengo.- Sí, por aquí. Abur. *(Dirígense a la puerta.)*

Isidro.- *(Llamando a Luengo.)* Luengo, hijo mío...

Luengo.- *(Bajando al proscenio.)* ¿Qué?

Isidro.- Hazme el favor de pasar por el Juzgado, a ver si el juez ha decretado el embargo.

Luengo.- Creo que sí. Iré por la Escribanía. Pronto le traeré a usted alguna noticia.

Isidro.- *(Apenado.)* ¡Dios no tenga de su mano!

Luengo.- Hasta luego. *(Vanse Luengo y Don Nicomedes por la puerta de la derecha.)*

Escena V

Don Isidro, Doña Trinidad y Don Santos.

Santos.- ¡Adiós canalla,... cuervos que acudís graznando a donde os atraen los olores de la muerte...!

Isidro.- (*Impaciente.*) Dí: ¿de qué querías hablarnos?*

Trinidad.- Has dicho: "de un asunto doméstico".

Santos.- Pero ¿no lo adivináis?

Isidro.- Buena está mi cabeza para adivinaciones. ¿Es algo que puede darme esperanza de solución?

Santos.- No es nada de negocios. (*Por doña Trinidad.*) ¿A que lo adivina ésta?

Trinidad.- ¿Será...? ¡Dios mío, lo que se me ocurre!

Santos.- ¡Que te quemas!

Isidro.- ¿Pero qué es, por los clavos de Cristo? (*Muy impaciente.*)

Trinidad.- Me da el corazón que es algo referente a nuestra hija.

Isidro.- ¡Oh! no quiero saber nada.

Santos.- Pues la pobre...

Isidro.- (*Incomodado.*) No quiero que me hables de ella, vamos, no quiero..

Santos.- ¿Y por qué no?

Trinidad.- Yo sí quiero que hable...(*Con ansiedad.*) A ver, dilo pronto.

Santos.- Pues...me escribió una carta. ¡Pobrecilla! ¡Es tan desgraciada! Hay que tener lástima.

Isidro.- No.

Trinidad.- Sí. Lástima por lo menos...

Santos.- Total: que ha caído de sus ojos la venda que la cegaba. ¡Ah! la amorosa fiebre, el ansia de lo ideal, enfermedad tan horrible como pasajera, y que se cura con otra dolencia, con un buen empacho de la realidad de las cosas.

Isidro.- Es tarde. En fin, ¿qué...?

Santos.- Que pues la tenemos sinceramente arrepentida, no debemos regatearle el perdón.

* En la edición tras el asterisco se lee: Doña Trinidad, don Santos, don Isidro.

Isidro.- Santos, Santos, ya vienes tú con tus componendas. No transijo con la deshonra.

Trinidad.- Soy madre, y no puedo tener ese rigor. ¡Pobre hija de mi alma! ¿Pero está de veras arrepentida?

Santos.- Dejadme seguir. Fui a verla esta mañana en cuanto llegué del pueblo. ¡Infeliz muchacha! Ya ve claro su inmenso desvarío, y aquella inteligencia superior se ha despejado de las nieblas que la obscurecían. Voy, y me la encuentro en su ser antiguo. Parece milagro. Creí verla despertar de un sueño, recobrase de su estúpida embriaguez. Es otra vez tu Isidora, nuestra Isidora, tan simpática, tan dulce, tan inteligente...

Isidro.- Bueno, bueno, la perdonamos. Pero aquí no tiene que volver.

Trinidad.- Hay que pensarlo.

Santos.- No, si ya está pensado y resuelto. Volverá.

Isidro.- ¡Santos!

Santos.- ¡Isidro!

Isidro.- En mi casa mando yo.

Santos.- Tú mandas, sí..., pero no te obedecemos.

Isidro.- (*Incomodado.*) ¡Digo que no!

Santos.- Pero ¿a qué te sofocas?

Isidro.- (*Respirando con dificultad.*) No me exasperes tú. Ya ves...Estoy que no puedo respirar.

Santos.- Calma, calma.

Trinidad.- Isidro, por Dios, que vuelva, que recobre nuestro afecto y un puesto en esta pobre casa...Pues si nosotros la rechazamos, ¿qué va a ser de esa infeliz?

Isidro.- Pero dime...Ese miserable...

Trinidad.- Ese bandido...

Santos.- Poco a poco...Ese hombre...

Isidro.- (*Irritado.*) Pero qué... ¿también eres capaz de defenderle?

Santos.- No le defiendo. Se ha portado mal, muy mal. Ya veis: contábamos con que al fin se casaría. Pero la niña se ha

cansado de esperar, y ahora es ella la que le abandona a él, y jura y perjura que no quiere casarse con él ni con nadie.

Isidro.- ¡Y ese infame se quedará riendo! ¡Oh!

Santos.- Infame no: Yo le llamo desdichado, y sostengo que es más digno de lástima que de rencor. Cuando él era un jovenzuelo, yo le trataba mucho. Como que era yo muy amigo de su padre, el buenísimo don Guillermo.

Isidro.- Un extravagante, un misántropo, que el día en que perdió su fortuna se pegó un tiro.

Santos.- Cabal. No se resignaba a ser pobre. Todo lo perdió, y dijo: hago dimisión de la vida. Cada uno tiene su manera de ver las cosas. Yo soy benévolo hasta con los suicidas.

Trinidad.- ¡Jesús!

Santos.- También conocí a su hermano don Federico, tío de Alejandro, el que le dejó su riqueza...

Trinidad.- Pues la madre del seductor de mi hija también debió de ser loca.

Santos.- Fue que le dio por aprender a volar. Se tiró por un balcón. ¡Pobre doña Margarita!

Isidro.- Familia de dementes, degenerados, idiotas o no sé qué...¡Oh, qué rabia siento!

Santos.- Fuera rabia, fuera resentimientos. Preparaos a recibir a la hija pródiga que vuelve al hogar.

Isidro.- Imposible, aquí no entra.

Trinidad.- ¡Isidro, por la Virgen Santísima!...Sí, sí, que venga. ¡Hija de mi alma! Tres meses que no la hemos visto. (*Le abraza.*) Es nuestra hija, es buena. Ha padecido un grave error. Al error todos estamos sujetos. Perdonemos para que nos perdone Dios. (*Llora.*)

Isidro.- (*Con viva emoción.*) ¡Qué débil soy! Siempre haréis de mí lo que queráis.

Trinidad.- Que venga, sí. Pronto...

Isidro.- Tráela.

Trinidad.- No tardes. ¿Está lejos?

Santos.- No, muy cerca de aquí.

Trinidad.- ¡Oh, el corazón me dice que está cerca!...Aquí tal vez. (*Mira hacia el foro. Aparece Isidora en la puerta izquierda de la tienda, y allí permanece inmóvil, apretándose el pañuelo contra los ojos.*)

Isidro.- Aquí está... ¡oh!

Trinidad.- ¡Hija de mi alma!...(Se echa a llorar, permaneciendo a distancia de ella.)

Escena VI

Don Isidro; Doña Trinidad, Don Santos, Isidora.

Santos.- Pasa... no temas.

Isidro.- ¡Qué emoción! (¡Hija querida!...Disimularé. La dignidad es lo primero.) (*Procurando dominar su emoción.*)

Santos.- Entra, chiquilla. (*Avanza Isidora lentamente, con el pañuelo pegado a los ojos.*)

Trinidad.- (*Sollozando y secándose las lágrimas.*) Tu falta es grave...Nos habíamos propuesto ser inflexibles...Pero no podemos olvidar que...Si tu arrepentimiento es verdadero...

Santos.- ¿Verdad, niña mía, que estás arrepentida, atrozmente arrepentida? (*Isidora contesta afirmativamente con la cabeza.*) ¿Y que reconoces que padeciste extravío, locura?...

Isidora.- (*Sollozando.*) Sí, señor.

Isidro.- (*Esforzándose en aparecer sereno.*) No volverás a ser lo que fuiste para nosotros.

Trinidad.- Siéntate. (*Presentándole una silla.*)

Santos.- Descansa. No la atormentéis ahora. Ya veis cuánto padece.

Trinidad.- ¡Pobrecilla! (*La hace sentar, y se sienta a su lado.*)

Isidro.- Por ti, hemos pasado grandes amarguras.

Santos.- Dejaos ahora de amarguras. No podéis negar que os alegráis de verla.

Trinidad.- Sí, sí...Vaya; no se llora más.

Santos.- Basta ya; no más lágrimas, no más pucheros.

Isidro.- Y sepamos ahora a qué se debe la sana resolución que has tomado.

Santos.- Pues...nada... que...en fin, quédese la historia para otra ocasión.

Isidro.- No, no: yo quiero saber.

Trinidad.- Es que al fin, algo tarde, abriste los ojos, y viste que ese malvado te llevaba al abismo. ¿No es eso?

Santos.- ¡Malvado! No exagerar. Exaltación en las ideas, una fantasía desenfrenada, falta de disciplina en la conducta, como persona criada con demasiada libertad...

Isidora.- Eso es. Carácter imposible, malvado no. Pero yo no podía seguir a su lado. Resistí, luché algún tiempo, creyendo, o queriendo creer que mi error podía en sí mismo encontrar remedio. ¡Qué desengaño! Tomada la resolución de abandonarle, por dos o tres veces no encontré vigor en mi espíritu para realizarla. Al fin, Dios quiso devolverme la voluntad en toda su fuerza, y cerré los ojos, y adelante, y esto se hace, y esto debe hacerse, y lo hice, y aquí estoy.

Trinidad.- Bien, hija, bien.

Isidro.- Pero ¿la causa determinante?...Celos quizás...

Isidora.- (*Sollozando.*) Pues...sucedió que...(*Se levanta y va hacia su padre, a quien besa la mano. Siéntase en una silla próxima a la mesa.*)

Santos.- Repito que no hacen falta historias ni lloriqueos.

Isidro.- ¡Qué locura, qué locura has hecho, hija mía!*⁷

Santos.- ¡Dale!

Isidro.- Por lo mismo que eras tan adorable, tan juiciosa, que no parecía sino que el método, el don de gobierno, la gracia y la simpatía se habían encarnado en ti por privilegio de Dios, por eso, por eso mismo fue más extraña la locura que te entró tan de improviso, como una infección contagiosa.

Trinidad.- Sí, porque trastornarse la razón misma, y torcerse las voluntades muy derechas, son cosas que difícilmente tienen explicación.

Santos.- Pues son cosas muy naturales, y que caen bajo el fuero de lo común. Un momento de debilidad, ¿quién no lo tiene? Los santos pecaron, y los más rectos se torcieron alguna vez. San Pedro negó a Cristo, y el Santo Rey David...En fin, ya lo saben ustedes.

⁷ En la edición tras el asterisco escribe: Doña trinidad, don Santos (detrás de la mesa), Isidora, don Isidro.

Voluntad

Isidora.- Yo reconozco mi error. No me disculpo. Vi en aquella persona un conjunto de cualidades que me parecieron admirables, realizadas por una imaginación... ¿cómo diré?, brillantísima, y una palabra tan, tan...

Santos.- Seductora, vamos.

Isidora.- Me arrastraba, me atraía con una fuerza poderosa, contra la cual nada pudo entonces mi razón, nada el respeto de mis padres, a quienes adoraba y adoro, nada tampoco la opinión del mundo. Todo se me empequeñecía ante la grandeza... ¿cómo diré?...

Santos.- Soñada.

Isidora.- Soñada; ante la grandeza soñada, ilusoria, de la persona que me llamaba, que me...

Santos.- Sugestión es eso.

Isidora.- Luego, en la realidad, vi todas las cosas de otro modo. ¡Ay! De las cualidades que yo soñaba no encontré más que algunas. Las reconocí y las reconozco. Otras no existían sino por obra y gracia de mi pensamiento; y en su lugar vi defectos gravísimos.

Isidro.- ¡Pobre víctima! Tan buena eres, que aún defiendes a tu verdugo...

Trinidad.- Y ves en él cualidades.

Isidora.- Porque las tiene: no puedo negarlo. Al separarme de él para siempre, porque gracias a Dios, he llegado a horrorizarme del deshonor, y a sublevarme contra la humillación, veo muy clarito lo bueno y lo malo que hay en él, y lo juzgo con frialdad. No es un monstruo, no; no es un perverso; es un...

Santos.- Temperamento borrascoso.

Isidora.- Justamente. Y un soñador incorregible. (*Siguen hablando madre e hija. Don Santos pasa a la derecha, junto a don Isidro.*)

Isidro.- (*Aparte a don Santos.*) Mira tú si es desgracia la nuestra. Ahora, con esta resolución de la niña, que hay que aplaudir... sí, hay que aplaudirla... se dificulta más el matrimonio. Ese pillo dirá: "Pues si ella me abandona..."

Voluntad

Santos.- Deja, deja correr los acontecimientos.

Isidora.- (*A doña Trinidad.*) No, mamá, yo no quiero casarme ya, ni con él, ni con nadie. Hoy no tengo más aspiración que vivir obscura y olvidada en un rincón de mi casa, procurando ayudar a mis padres, y hacerles olvidar la terrible pena que les he causado.

Trinidad.- ¡Pobre alma mía!

Isidro.- (*Muy triste.*) Vuelves a nosotros en circunstancias muy tristes.

Isidora.- (*Levantándose resuelta.*) Sí, he oído que la casa no anda bien. No hay que desanimarse. Yo os ayudaré.

Escena VII

Dichos; Trinita, Serafinito por la izquierda.

Trinita.- (*Que se sorprende y se corta al ver a su hermana.*) ¡Isidora!...ah!

Serafinita.- ¡Mi hermana!...(*Cohibido.*)

Isidora.- (*Va hacia ellos, y don Isidro y doña Trinidad quedan al otro lado, proscenio derecha.*) Yo soy, yo.

Santos.- Abrazad a vuestra hermana, tontos. (*Se abrazan los tres. Queda este grupo con don Santos en el proscenio izquierda.*)

Teníais ganitas de verla, ¿verdad?

Trinita.- Si que las teníamos.

Serafinito.- Vuelves a casa... ¡qué alegría!

Isidora.- (*A Trinita.*) ¿Y qué tal, estudias mucho?

Santos.- Ya se sabe todita la *Danza Macabra* a no sé cuántas manos.

Trinita.- Estoy estudiando un *Nocturno* precioso para el concierto que dan el domingo las de Cabrales.

Isidora.- ¿Y tú? (*A Serafinito.*) Ya sé que estás hecho un sabio.

Santos.- Y un orador capaz de volver tarumba al Verbo divino.

Serafinito.- Hablo regular. Me voy soltando.

Isidora.- Ya he leído, sí...

Santos.- Ya le llaman *el joven pensador*.

Trinita.- (*Burlándose.*) Y el *precocísimo filósofo*...

Serafinito.- Calla, simple.

Santos.- Pero ¡si para él la Filosofía es una antigualla!
¿Verdad, monín?

Serafinito.- Me gusta más la Sociología, la ciencia social. Mis ídolos son Durkheim, Novicow, Aquiles Loria, Greef...

Trinita.- ¡Uy, qué nombres!

Santos.- Pero ¡estos muñecos del día lo que saben!

Serafinito.- (*A Isidora.*) Oye: vas a decirle a mamá, yo no me atrevo, que me compre las obras completas de Lombroso, Garófalo y Mandsley.

Santos.- ¡Atiza! ¡Bueno está ahora tu padre para esas bromas!

Isidora.- Los negocios de la casa van mal. Es necesario que ayudemos todos.

Trinita.- ¡Pobre papaíto, cuánto cavila!

Serafinito.- Pues yo haré oposición a una cátedra, la ganaré, tendré mi sueldo, y...

Santos.- Sí, hijo, sí; gánala, aunque sea por intrigas, que los tiempos están mal. Si esto no se arregla, tendréis que veniros todos conmigo a Móstoles, a comer sopas de ajo. A ti (*A Serafinito.*) te dedicaremos a la carrera eclesiástica. Tú (*Por Isidora.*) serás maestra de escuela; y a ti, (*Trinita.*) la perla de la familia, te casaremos con el hijo del Alcalde, un chicarrón muy bruto y que no cabe por esa puerta, pero que tiene mucho trigo...(*Siguen hablando.*)

Isidro.- (*A doña Trinidad, en el proscenio derecha.*) Pues sí, me atormenta esa idea. Hace poco, cuando le hablamos de nuestra situación, dijo ella: "No desanimarse; yo os ayudaré".

Trinidad.- Sí que lo dijo. A ver si has pensado lo mismo que yo.

Isidro.- Yo he pensado... no me atrevo a decirlo, porque si el pensarlo sólo me abochorna, el decirlo, figúrate...

Trinidad.- "Yo os ayudaré" quiere decir, "yo tengo dinero, y con él podréis salir de vuestros apuros".

Isidro.- Eso quiso decir sin duda. Pero yo, primero pido limosna por los caminos, que admitir dinero que nuestra hija recibió del hombre que nos la ha deshonrado.

Trinidad.- Sí que es vergonzoso.

Voluntad

Isidro.- Si lo tiene, que se lo guarde.

Trinidad.- es verdad. Interrógala tú. Dile que si pretende salvarnos de la ruina con el precio de su deshonra, no podremos tenerla en casa.

Isidro.- Díselo tú. Mi conciencia se subleva.

Trinidad.- Es más propio que se lo digas tú...*(Llamándola.)*
¡Isidora!...

Isidora.- *(Corriendo hacia ella.)* ¿Qué, mamá?

Trinidad.- *(Cohibida.)* Tu padre quiere hablarte.

Isidro.- *(Asustado.)* No, yo no... tu madre...

Trinidad.- ¿Yo? Pues yo tampoco me atrevo. No, no era nada...Que...*(Don Santos continúa disputando con los chicos en el proscenio izquierda.)*

Escena VIII

Dichos; Bonifacio, por el foro.

Bonifacio.- Don Isidro, me piden sedas chinas en colores.

Isidro.- Creo que no hay.

Isidora.- ¿Qué no hay? ¡Cuánto habéis vendido! Hace tres meses, había como unas doscientas piezas en el almacén.

Isidro.- Busca en el almacén. ¿Hay mucha gente en la tienda?

Bonifacio.- Alguna hay.

Isidro.- Voy yo. *(Vase don Isidro a la tienda, y Bonifacio sale por la puerta de la derecha.)*

Isidora.- *(Con doña Trinidad, en el proscenio, centro.)* Y de las sedas crudas de medio ancho, bien me acuerdo, había en el almacén una existencia enorme.

Trinidad.- Se ha vendido mucho, según creo. En fin, no sé. Hija, hablemos de otra cosa.

Santos.- *(Que ha sostenido una viva discusión con los chicos.)* Vaya, me dejo conquistar por estos pillos, y les llevo a dar un paseo.

Trinita.- ¡Qué gusto!

Serafinito.- ¡Bravísimo! *(Aplaudiendo.)*

Trinidad.- Me parece bien. Váyanse a dar una vuelta.

Trinita.- Y de paso me compro el fichú que necesito. Voy por mi sombrero. *(Vase.)*

Serafinito.- Y entraremos un momento en la librería.

Trinidad.- No hace falta. Veo los títulos, hojeo un poco, leo los índices...

Santos.- Y esta noche largas un par de citas, y les deja con la boca abierta. ¡Buena está la ciencia en manos de estos angelitos...!

Trinita.- (*Que sale de sombrero, poniéndose los guantes.*) Ya estoy.

Santos.- Con que...me llevo a esta tropa.

Trinidad.- Y vuelvan pronto...Hasta luego.

Santos.- Adiós...Soy feliz con las criaturas. (*Vase por el foro.*)

Escena IX

Doña Trinidad; Isidora, Don Isidro, que se asoma por la puerta de la tienda, y escucha y observa.

Isidora.- ¿Qué tienes que decirme?

Trinidad.- Nada, hija...(*Aparte.*) (¡Qué trabajo me cuesta!) (*Alto.*) Hay algo que ha nublado la alegría de verte.

Isidora.- (*Sorprendida.*) ¿Qué, mamá?

Trinidad.- Cuatro palabras tuyas. Dijiste: "no hay que desanimarse; yo os ayudaré."

Isidora.- (*Sin comprender.*) Con alma y vida.

Trinidad.- Pues si esa ayuda que nos ofreces, significa...¡No, qué vergüenza! Isidora, hija de mi alma, no podemos, no podemos admitir tu apoyo.

Isidora.- Pero ¿qué has creído? ¡Mamá, por Dios...!

Trinidad.- Como has vivido a lo grande, en atmósfera tan distinta de la modestia y rectitud que de nosotros aprendiste, has llegado a creer que el dinero lo resuelve todo. ¡Ay! El tuyo, por la malicia de su procedencia, no nos sirve a nosotros más que para agravar nuestras desdichas.

Isidora.- ¡Dinero!...Pero, mamá, si no tengo nada; ni un céntimo. Todo cuanto allí disfruté, allí disfruté, allí lo he dejado.

Trinidad.- Bien, bien. No queremos ver señal ninguna, ni rastro siquiera de nuestro deshonor.

Isidora.- Dinero, alhajas, vestidos, objetos preciosos regalados por él comprados por mí... todo se quedó allá...No

he traído más que lo puesto, lo mismo que llevaba cuando fui...

Isidro.- (*Que ha oído el diálogo, sale.*) ¡Ah! ¡Ya respiro! (*Alto.*) Hija mía, eres grande en tu arrepentimiento. Así te quiero. (*La abraza y la besa.*)

Isidora.- Pero, papá querido, ¿es cierto que estás tan mal? Pues si de algún alivio puede servirte que yo trabaje hasta que no pueda más, cuenta conmigo. Ya sabes que cuando estuviste enfermo no lo hice tan mal.

Isidro.- Pero aquello era coser y cantar. Entonces todo iba como una seda. Ahora la casa se agrieta, se hunde...

Isidora.- Un espíritu diligente y valeroso puede mucho. El mío, que flaqueó en un solo caso, en uno solo, desconcertado por una pasión, ahora no flaqueará, yo te lo juro.

Trinidad.- (*Que se ha sentado, abatida y cavilosa.*) Con que me ayudes a mí, basta.

Isidora.- (*A su padre.*) Pero dime, ¿qué has resuelto ante el peligro?

Isidro.- (*Confuso.*) Nada... no sé...veremos...

Isidora.- Papá, ese "no sé", ese "veremos", han sido y son tu perdición. Yo no digo eso nunca.

Trinidad.- (*Con desaliento.*) Porque no estás, como nosotros, cansados de luchar inútilmente en dos meses acá.

Isidora.- ¿Tú también te acobardas?

Trinidad.- (*Con muestras de fatigas.*) Sí, no puedo más. El gobierno de la casa me abrumba. Somos ahora cinco de familia y cinco dependientes...No tengo ya cuerpo ni espíritu para tanto trajín.

Isidora.- (*Con decisión.*) Dame las llaves.

Trinidad.- (*Dándole un manojito de llaves.*) Tómalas.

Isidora.- Desde hoy gobierno yo. (*Doña Trinidad se ha levantado. A su vez siéntase don Isidro muy abatido.*) Vamos, papá, no te amilanes.

Isidro.- ¡Qué pronto se dice!

Isidora.- ¿Y qué conflicto es ese que nos amenaza?

Voluntad

Isidro.- Pues no es cosa...Un embargo.

Isidora.- ¡Embargo!

Isidro.- Sí. Salí fiador por Romualdo Samaniego. El pobrecillo no puede pagar, y yo...

Isidora.- Tienes que pagar por él.

Isidro.- Justo. El acreedor no quiere dar prórroga, y en eso estamos.

Isidora.- Pero en fin, ¿ese embargo...?

Isidro.- Lo tengo por inevitable.

Isidora.- ¿Cuándo?

Isidro.- No sé... Mañana quizás.

Isidora.- Pues hay que evitarlo, papá; evitarlo a todo trance.

Trinidad.- ¡Hija!, con qué frescura lo dices!

Isidro.- ¿Y cómo, desventurada?

Isidora.- Ahora digo yo como tú: "no sé, veremos...". Dime: ¿el establecimiento está bien surtido?

Isidro.- Eso sí.

Isidora.- Tengo yo que ver...¡Oh! No me parece imposible enderezarte, pobre casa mía, amparo y gloria nuestra, primerita de la China...y del mundo entero.

Isidro.- ¡Enderezarla! (*Con gran desaliento.*) ¡Ay! Es demasiado peso para esta osamenta cansada y caduca.

Isidora.- (*Con entusiasmo.*) La mía es vigorosa, y además, sangre joven, músculos de acero, nervios muy despabilados, y una inteligencia...que no es paja, aunque me está mal el decirlo.

Escena X

Dichos; Bonifacio, que vuelve por la derecha con una piezas de tela.

Bonifacio.- Pues sí, había sedas chinas en colores. Lo que no hay es sedas crudas de medio ancho.

Isidora.- Tonto, si había tres fardos de ellas que no llegaron a abrirse, porque dijisteis que se le cedían a los Sobrios de Gandiola.

Isidro.- No se cedieron... me parece...(*Recordando.*)

Isidora.- ¿Los habéis vendido?

Bonifacio.- No.

Isidro.- Creo que no.

Isidora.- (*Con extrañeza.*) Pero aquí nadie sabe nada. ¿Qué casa es ésta? ¿Qué comercio es éste?

Isidro.- Los fardos, sí, allí están.

Bonifacio.- Pero son de percalinas ordinarias.

Isidro.- (*Dudando.*) Habrá que verlo...

Trinidad.- Pues sería gracioso que acercara ésta.

Isidro.- Vamos allá. (*Levantándose.*)

Bonifacio.- No, yo iré. (*Vase Bonifacio por la derecha.*)

Isidro.- Sí... no puedo moverme. (*Se vuelve a sentar fatigado.*)

Luego, esta maldita asma...En cuanto me agito un poco, no puedo respirar.*⁸

Isidora.- Pero, papá, con este abandono, ¿cómo quieres prosperar? ¡Si tus dependientes y tú mismo desconocéis lo que hay en casa!

Isidro.- (*Con displicencia.*) Hija, ¿tú que sabes?

Trinidad.- Déjala, hombre, déjala. ¡Vaya si sabe!

Isidora.- Y juraría que tienen multitud de cuentas por cobrar. El mal antiguo de esta casa. La pereza de los cobros. Toda la diligencia la guardas para los pagos.

Isidro.- Hija, bien comprendes que...

Bonifacio.- (*Volviendo por la puerta de la derecha.*) Tenía razón la señorita...He abierto los fardos y son de sedas chinas.

Trinidad.- ¡Oh!

Isidora.- ¿Lo veis, lo veis?

Bonifacio.- Señora, yo...

Isidora.- (*Muy nerviosa, paseándose.*) Y habrá más, mucho más, género riquísimo, mientras hacéis pedidos de maulas. Si digo que aquí no hay cabeza...Que no la hay, vamos, que no la hay.

Isidro.- (*Aturdido, levantándose.*) Déjame; no acabes de volverme loco.

Trinidad.- Pues sí, tiene razón la niña...

⁸ En la edición tras el asterisco: Don Isidro, doña Trinidad, Isidora.

Voluntad

Isidro.- (*Incomodado.*) Vete a la tienda... y otra vez...que no vuelva a pasar. (*Vase Bonifacio.*)

Isidora.- Papá, por Dios, déjame que mangonee, que me meta en todo...Quiero enterarme, disponer, gobernar...

Isidro.- Bueno, entérate, dispón, gobierna cuanto quieras. Ojalá que tú...

Trinidad.- (*A su marido.*) No le pongas trabas. Verás qué bien se desenvuelve. Tiene un talento y una energía...

Isidora.- (*Que ha ido al escritorio, y abriendo la carpeta saca de ella un fajo de papeles.*) ¿Pero qué es esto? ¿Cuentas por cobrar...?

Isidro.- Échales un galgo.

Isidora.- Lo que debe echarse es los tiempos al que no pague. (*Examinando rápidamente las cuentas.*) Pero si veo aquí casas, familias que pagan siempre muy bien. Es que os dormís, papá; es que lo dejáis todo para mañana, es que no servís para nada. (*Al dejar las cuentas da un fuerte golpe sobre la carpeta.*)

Isidro.- No... si se cobrarán...algunas, otras no...Habrá que esperar.

Isidora.- El comercio no espera. (*Coge un libro que examina rápidamente.*) A ver el libro de facturas. (*Viene al proscenio con el libro y lo hojea.*) En el tiempo en que yo lo llevé, mira, mira qué clarito todo...

Isidro.- Después...notarás algún desorden.

Isidora.- (*Hojeando.*) ¡Jesús!...¡Qué barbaridad!...(*Lee.*) Pañuelos alfombrados... doscientos, trescientos...

Isidro.- Es que...

Isidora.- (*Con sorpresa y enojo.*) Y aquí se ven algunos claros... partidas en que falta la cifra de precios...¡Qué atrocidad!...¡Qué desorden! (*Llamando.*) ¡Bonifacio!

Isidro.- (*Con timidez.*) Hemos tenido tantos quebraderos de cabeza, que el libro de facturas no está como debiera. El género de la China lo anotamos en otro libro. (*Coge otro libro del escritorio y se lo da. Isidora lo hojea rápidamente.*)

Bonifacio.- (*Por la tienda.*) ¿Qué manda?

Voluntad

Isidora.- (*Con autoridad bondadosa.*) Mi padre debiera reñiros por tener los asientos tan descuidados. Esto es escarnecer el buen nombre de la casa, destruirla, deshonorarla, ¡la casa, Bonifacio, que es vuestra madre y os da la vida, el pan!

Bonifacio.- (*Asustado.*) Nosotros, la verdad... somos pocos. ¡Hay tanto trabajo!

Isidora.- ¡Tanto trabajo! Lo que hay es pocas ganitas de trabajar.

Trinidad.- ¡Holgazanes!

Isidora.- Ya, ya saldrá quien os haga sacudir la pereza.

Bonifacio.- (*¡Vaya un geniecillo!...*) Señorita, descuide, que ahora...

Isidro.- Sí... todo se hará en regla... (*A Bonifacio.*) Ya ves, ya ves...Aprended...

Isidora.- (*Examinando el libro.*) ¡Bueno está todo! (*Asombrada de lo que lee.*) ¡Dios nos asista! Tenemos género de la China para un siglo.

Bonifacio.- ¿Me retiro?

Isidora.- (*Deja el libro, va al escritorio y saca las cuentas por cobrar, todo esto con mucha rapidez.*) Aguarda...Os ha caído que hacer...Puesto que mi padre me permite mandar, ya veremos si jugáis conmigo...¡ingratos, que no miráis con interés la prosperidad y el crédito de la casa!...(Los demás Dependientes se asoman asustados a las puertas del foro.)

Isidro.- (*Reprendiéndoles.*) ¿Oís...?¿eh?...lo mismo que os digo yo todos los días.

Isidora.- (*Revolviendo entre las cuentas y escogiendo alguna.*) A ver... pronto...Manda a Pepe que vaya a cobrar estas facturas...Esta, ésta, esta otra...¡Pronto... volando!... (*Vase Bonifacio a escape con las cuentas. Se retiran los otros por las puertas.*) ¿Y el libro de Caja?

Isidro.- Aquí lo tienes. (*Con indolencia.*) ¡Por Dios, no marees!

Trinidad.- Si no es marear, es enterarse...

Isidora.- (*Hojeando un libro pequeño.*) Salidas, salidas...Aquí todo se vuelven salidas...No entra nada.

Isidro.- Te diré...Las entradas las tengo yo bien fijadas en mi memoria...

Isidora.- (*Lee.*) Vencimientos...El día 15...Hoy...¿Con que es hoy cuando vence...? (*Continúa en el escritorio con don Isidro. Doña Trinidad, en el proscenio.*)

Escena XI

Dichos; Luengo por el foro.

Luengo.- Isidora, bienvenida. (*Con adulación.*) Mi enhorabuena, queridísimos don Isidro y doña Trinidad. Ya sabía yo que habían recobrado ustedes a su adorada hija.

Isidora.- (*Sin hacerle caso.*) Gracias, amigo Luengo.

Isidro.- (*Con ansiedad.*) ¿Qué hay...? ¿Malas noticias?

Luengo.- No serían malas, ciertamente, si usted aceptara el traspaso honroso que le propuse.

Isidora.- (*Saliendo del escritorio.*) ¡Traspasar, rendirnos! ¡Nunca!

Luengo.- ¿Tú que sabes, ni qué dispones tú?

Isidora.- (*Con firmeza.*) Dispongo. Mi padre me permite aconsejarle en sus negocios; más que aconsejarle, dirigirle.

Luengo.- ¡Ay, qué gracioso!...¿Pero tú entiendes...?

Isidora.- Me parece que sí.

Luengo.- ¡Vaya unas ínfulas que se trae la niña!

Isidora.- (*Con autoridad, llamando.*) ¡Bonifacio! ¡Lucas! (*Se asoman a la puerta los dependientes.*) Hoy mismo tenemos que hacer el inventario del género de la China. Velaremos todos si es preciso.

Isidro.- ¿Inventario? No es mala idea.

Trinidad.- Sí, sí.

Luengo.- A buenas horas, mangas verdes. Isidora, hija mía, no te tomes ese trabajo...Yo, que les quiero de veras...

Isidora.- Si usted nos quisiera de veras, nos ayudaría, en vez de echarnos el dogal al cuello.

Luengo.- No soy yo quien lo echa; es el señor Juez, que ha decretado el embargo.

Isidro.- ¡Ay de mí!

Trinidad.- ¡Jesús me valga!

Voluntad

Isidora.- (*A sus padres.*) ¡Valor, tesón, alma para afrontar las dificultades!...

Isidro.- Pero, ¡hija, si es imposible...!

Isidora.- Déjame a mí...¿Me dejas, sí o no?

Isidro.- (*Aturdido.*) No sé... estoy loco.

Trinidad.- Que la dejes...Verás tú.

Escena XII

Dichos; Don Nicomedes, por el foro. Luego, Don Santos, Trinita y Serafinito, que entran con él, se quedan en el fondo, como asustados de lo que pasa, y hablan con los dependientes, que se asoman a las puertas. Después un Cobrador de casa de Banca, con gorra galonada y cartera.

Nicomedes.- Amigo mío, ya sabe usted por Luengo...

Isidro.- ¿Y cuándo?

Nicomedes.- Mañana, a la una se procederá al embargo. Por no querer seguir el consejo de un amigo desinteresado...

Santos.- (*Que pasa al proscenio izquierda.*) ¡Bien por los amigos desinteresados, que vienen a recoger el último aliento de la víctima!...

Nicomedes.- ¡Oh, no...!

Santos.- (¡Canalla, víboras...!)

Isidora.- Pues digo que el embargo...no se verificará.

Luengo.- ¿No lo crees?

Nicomedes.- ¿Lo duda? Pues aquí tenemos al cobrador de Ruiz Ochoa, que está bien informado. ¡Eh, Felipe! (*El Cobrador, que estaba en la puerta de la tienda con los Dependientes, entra descubriéndose.*) ¿Es o no cierto que mañana...?

Cobrador.- Desgraciadamente es cierto, señor don Isidro. Vengo de casa del escribano. Mañana a la una.

Isidora.- No hay embargo.

Isidro.- ¿Qué dices?

Isidora.- (*Con energía.*) ¡He dicho que no!

Santos.- (¡Anda, valiente!...Pillos, atreveos con ésta.)

Isidro.- Pero, hija, ¿de dónde sacaremos...?

Isidora.- De aquí, de la casa. Con energía, con ingenio, con firmeza de carácter, aquí mismo encontraremos la salvación.

(*Asombro de todos.*) Usted... ¡eh! ¿no es usted el cobrador de Ruiz Ochoa, a quien debemos...?

Cobrador.- Sí, señora.

Isidora.- Pues mañana a las doce... ¡a cobrar!

Isidro.- (*Asustado.*) ¡Hija!

Isidora.- Se pagará... He dicho que se pagará.

Isidro.- ¿Pero de dónde?

Trinidad.- ¿Cómo?

Isidora.- Aún no lo sé... Pero se pagará. (*Estupor en todos.*)

Nicomedes.- (*Pasando al lado de Don Isidro.*) ¿Pero está loca?

Isidro.- No sé... porque dinero no ha traído a casa.

Nicomedes.- ¿No? (*Asombrado.*)

Isidora.- Pero he traído lo que hacia más falta aquí. ¿No sabéis lo que es? Ya lo iréis viendo.*⁹

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

Escena primera

Bonifacio, arreglando cajas de pañuelos; después, Lucas y Alejandro

Bonifacio.- (*Mirando por la izquierda.*) Se ha ido a comer... ¡Ah! (*Dejando de trabajar.*) ¡Gracias a Dios que puedo respirar un poco!... ¡Qué mujer, qué actividad, qué ardor para el trabajo! Desde que se puso al frente de la casa andamos de coronilla los pobres dependientes. Verdad que vemos y tocamos el fruto de su inteligencia y de su energía, y da gusto, sí, señor, da gusto ver prosperar la casa en que uno aprende para comerciante... Vale la niña, sí, señor, vale...

Lucas.- (*Por el foro.*) ¡Bonifacio!...

Bonifacio.- ¿Qué quieres, hombre?... ¿Qué hay?

Lucas.- Un señor en la tienda, que ya me tiene loco. Le he mostrado cien biombos, y aún quiere ver más, los mejores.

Bonifacio.- Aquí están.

⁹ En la edición tras el asterisco escribe: Don Santos y los chicos y dependientes. Don Isidro, don Nicomedes, Luengo, Cobrador, doña Trinidad, Isidora.

Voluntad

Lucas.- ¡Si quiere entrar a verlos aquí! ¿Sabes que sospecho...?

Bonifacio.- (*Inquieto.*) ¿Qué señas tiene? (*Mirando hacia la tienda.*) ¿A ver?...(*Aparece Alejandro en la puerta del foro y examina el local, sin traspasar la puerta.*)

Lucas.- Caballero, no se puede entrar aquí.

Alejandro.- (*Con alegría.*) ¡Si está aquí Bonifacio! (*Entra.*)

Bonifacio.- Allá le llevaremos los biombos.

Alejandro.- Déjame a mí de biombos. No ha sido más que un pretexto...

Bonifacio.- ¡Don Alejandro, por Dios!

Alejandro.- Al fin entro...¿Y qué?

Bonifacio.- (*A Lucas.*) Vete a la tienda.

Lucas.- (*Aparte.*) El es, sin duda. (*Vase.*)

Escena II

Alejandro y Bonifacio

Alejandro.- Te explicaré...

Bonifacio.- No me explique usted nada, y considere que aquí no puede estar. No es prudente...

Alejandro.- No será prudente, pero es preciso. Suceda lo que quiera, he de verla hoy mismo. Dos semanas hace que me abandonó. Esperaba yo que volviese a mí... pero, ¡ay!, tanto tarda, que no resisto más el deseo, la ansiedad de verla. ¿Está sola?

Bonifacio.- ¡Si está con toda la familia! Hace un rato se han sentado a la mesa.

Alejandro.- ¿Y don Santos? Ese me conoce; fue muy amigo de mi padre.

Bonifacio.- Don Santos y don Isidro han ido a almorzar a casa de Rodríguez, el de la tienda próxima. Pueden venir de un momento a otro.

Alejandro.- ¿Qué me importa? Todo lo arrostro:* el escándalo, la violencia...(*Con arrobamiento.*) ¡Oh, aquí vive, aquí respira, aquí trabaja...y éstos son sus libros de cuentas! (*Revolviendo en el escritorio, coge un libro, que abre.*) ¡Oh, deliciosos números, materia vil: la mano de esa divina mujer os anima,

os da existencia espiritual, hermosa, inteligencia reposada, su serenidad encantadora. (*Besa con efusión el libro, y muy abierto lo aplica a su rostro.*) ¡Oh, qué números! Me los bebería... (*Dejando el libro.*) Ríete de mí si quieres, Bonifacio, al verme hacer estas locuras.

Bonifacio.- No me río yo de usted, señor don Alejandro. Además, que ya estoy hecho a sus rarezas. Cuando yo era escribiente de su señor padre... ¿se acuerda?

Alejandro.- Sí, hombre.

Bonifacio.- Usted me quería mucho, me contaba cosas de novelas y dramas, y me enseñaba versos, y qué sé yo... Y cuando don Guillermo me reñía por cualquier falta, usted me defendía, y hasta se declaraba autor de mis travesurillas para evitarme el castigo.

Alejandro.- Ya me acuerdo, sí. Pues ahora, si por permitirme estar aquí te despiden los Berdejos, yo te colocaré con más sueldo en otra casa.

Bonifacio.- Bueno... convenido.

Alejandro.- Con que... ¿podré verla...?

Bonifacio.- ¿Aquí?

Alejandro.- ¿Y a solas?

Bonifacio.- Lo dudo.

Alejandro.- Entonces... tendré que volver...

Bonifacio.- Calma. Si después de comer, doña Trinidad echara una siestecilla, y los chicos se pusieran a estudiar...

Alejandro.- (*Impaciente.*) En fin, ¿qué debo hacer? ¿Vuelvo o me quedo?

Bonifacio.- Aguarde usted a que concluyan de comer. (*Mira por la puerta de la izquierda.*)

Alejandro.- ¿Tardarán mucho?

Bonifacio.- Un ratito.

Alejandro.- (*Con afán.*) ¡Ay, mis ojos anhelan su rostro, como el ciego la luz! Sin oír su voz, paréceme muda toda la Naturaleza. Quiero que hablemos, que riñamos, que nos arrojemos de boca a boca ternezas o injurias.

Bonifacio.- Según oí, parece que usted y ella no congeniaban... no casaban, como quien dice.

Alejandro.- Pues por lo mismo, tonto, parecíamos destinados o condenados, como quieras, a eterna concordia.

Bonifacio.- ¿Sí? ¡Cosa más rara!

Alejandro.- Ella es el reposo, la exactitud, la apreciación clara y justa de las cosas visibles, la paz, la dulzura; yo, la fantasía, el ensueño, el más allá, la hipérbole, la querencia del ideal...; en fin, que somos el sí y el no, el alfa y la omega, el fin y el principio, y por lo mismo, del choque, de la fusión de nuestra almas, debiera resultar la perfectísima y hermosa síntesis...Pero tú no me entiendes...No sabes lo que es síntesis...

Bonifacio.- Quiere decir, que... vamos, como esos tejidos en que la urdimbre es seda, y la trama lana... de lo que resulta una tela hermosa, verbigracia, como el popelín de cuatro pesetas la vara.

Alejandro.- "Grosso modo" lo has expresado bien. Pero ¿cuál de los dos es la seda? Creo que la seda soy yo.

Bonifacio.- No; la seda es ella... que es lo que brilla... o no, la lana, que es lo que abriga y da cuerpo...En fin... vale mucho esa mujer. ¡Cristo me valga! Creo que no ha nacido hembra de más disposición.

Alejandro.- Ya oí...Ha salvado la casa.

Bonifacio.- Por lo menos, camino de eso va.

Alejandro.- Todo ello desplegando su actividad ardiente, su energía, su inteligencia.

Bonifacio.- Verá usted. Lo mismo fue llegar a esta casa, quince días ha; que empezó a brujulear y a querer gobernarlo todo. Nos reíamos... pero pronto conocimos que la cosa iba de veras. Anunciaron el embargo para el día siguiente. Pues la niña se cuadró, y dijo: "Se pagará." ¡Cristo, y se pagó!

Alejandro.- Esa si que es buena. ¿Y cómo...?

Bonifacio.- Valiéndose de mil arbitrios, todos de la mejor ley. Descubrió porción de género que teníamos olvidado y realizó una excelente operación con el saldistá. Luego, se dio

sus mañas para negociar dos pagarés, uno a fecha próxima, otro a fecha lejana. ¡El demonio de la niña! A fuerza de constancia, prontitud y astucia, ha conseguido cobrar multitud de cuentas atrasadas, saldando de este modo muchos débitos de la casa. ¿Pues y las ventas? Conoce y halaga el gusto de las señoras, sabe explotar la moda y el capricho del día...Baja los precios de las maúlas, refuerza los artículos de gran salida, y con su gracia y su mónica atrae la parroquia de un modo increíble. Entra el dinero en casa que da gusto.

Alejandro.- ¡Incomparable, divina mujer! Pero en su divinidad no es menos soñadora que yo. Porque toda esa energía, esa inteligencia, ¿a qué conducen, amigo Bonifacio?

Bonifacio.- ¡Toma, a salvar la casa!

Alejandro.- ¿Y qué importa que la casa se salve o perezca? ¿A qué tanto afán por ese montón de trapos? ¿Qué vale esto, ni qué significa lo que vemos aquí?

Bonifacio.- ¡Cristo, es la vida, el crédito, el honor de esta familia!

Alejandro.- ¡Qué inocente! Fíjate bien, medita en ello un poco, y comprenderás que cuanto en el mundo impresiona tu sentidos es pura ilusión. Vivimos en medio de fantasmas, de representaciones quiméricas, unas bonitas y otras no...

Bonifacio.- (*Alelado.*) ¿Qué?

Alejandro.- Lo que te parece real, lo que ves y tocas, es tan ilusorio como lo que sólo habla a nuestro espíritu.

Bonifacio.- Vamos, desvaríos de hombre rico y desocupado. Si tuviera usted que trabajar para ganarse el pan, no pensaría esas cosas.

Alejandro.- ¡Trabajar...yo! No sirvo para emplear la vida en afanes que, al fin, siempre resultan inútiles. Por mi suerte o mi desgracia, que esto no lo sé, no he trabajado nunca. Todo me lo encontré hecho. Mis padres me criaron en la holganza. Al quedarme solo no pensé más que en el único trabajo productivo y consolador: vivir.

Bonifacio.- Vivir...para vivir. Ya lo creo... con mucho "párné"...

Alejandro.- ¡El dinero! ¡Ficción, convencionalismo! Lo aprecio como un medio de satisfacer mis necesidades físicas y espirituales. Pero no sé crearlo, ni quiero. No sé ganarlo, vamos... y mientras lo tenga, vivamos...viviendo.

Bonifacio.- Pues por ese caminito, fácil es que vaya usted...

Alejandro.- ¿Adónde?

Bonifacio.- A San Bernardino.

Alejandro.- ¡La miseria! ¡Bah!...Otra ficción, como la riqueza. Y en último caso, a mí no me espanta. El día en que yo no pueda vivir, no viviré.

Bonifacio.- Se matará...ya...Le viene de familia.

Alejandro.- ¡La muerte!...¡Ah! (*Meditabundo.*)

Bonifacio.- (*Vivamente.*) ¿Otra ficción?

Alejandro.- No; ésa no es ficción, Bonifacio. Hay dos verdades, aparte de la fundamental, Dios...Dos verdades: el amor y la muerte...En ésta, si te fijas bien, no verás más que cambios de vida. ¿Se nos hace imposible la presente? Pues nos dirigimos a otra por un procedimiento que aterra a los cobardes, pero que a mí no me hace pestañear. Cuestión de carácter, de raza...

Bonifacio.- ¡Cristo me valga, qué loco!

Alejandro.- ¿Quieres oír un par de consejos de grande eficacia para la vida? Pues allá van: vive de lo que tengas, y despójate de toda ambición. Continúa en este oficio vulgar mientras la necesidad te obligue a ello, privándote de la vida fácil, libre y sin humillación. Pero si te cae herencia o lotería, o te encuentras algún tesoro, no trabajes, Bonifacio; sacude esa esclavitud tan dura como tonta. Cultiva la dignidad, la estimación de tus actos, no admitas favores, ni protección, ni auxilio de nadie, con lo cual evitas la gratitud, que es otra cadena de una pesadez intolerable. Haz todo el bien que puedas a tus inferiores. Busca tu recreo en la Naturaleza y en las Artes, las cuales nos proporcionan goces que no tenemos que agradecer. Y sobre todo, y ésta es al regla más práctica,

Voluntad

Bonifacio: no te cases nunca, nunca, porque si el amor es lo más bello que el Cielo nos ha concedido, el matrimonio es la más execrable invención de la tiranía social.

Bonifacio.- No es mala doctrina; pero... (*Bruscamente sintiendo ruido por la izquierda.*) ¡Ya salen!...

Alejandro.- ¿Ella?...¿Sola?...

Bonifacio.- No, no... con toda la familia. Ahora es imposible...

Alejandro.- ¿Y a qué hora crees que la encontraré sola?

Bonifacio.- (*Inquieto.*) No sé. Lo mejor es que suba usted al entresuelo.

Alejandro.- ¿A casa de mi amigo Morales? Sí.

Bonifacio.- Y si luego, a media tarde, han salido todos, como creo...

Alejandro.- Me avisas.

Bonifacio.- Pero váyase pronto, que vienen. Salga por el portal. (*Le lleva a la puerta de la derecha.*)

Alejandro.- ¿Y por aquí volveré?

Bonifacio.- Sí.

Alejandro.- De modo que me avisas...

Bonifacio.- Mandaré un recado con el chiquillo.

Alejandro.- ¿Tendré que llamar?

Bonifacio.- Dejaré abierto...Pronto...

Alejandro.- Bueno, en ti confío. (*Vase por la derecha.*)

Bonifacio.- Ya está aquí...Y la maestra con las disciplinas en la mano.

Escena III

Isidora, Doña Trinidad, Trinita y Serafinito; éste comiendo el postre y leyendo en un libro

Isidora.- (*A su hermana, con severidad.*) ¡Que no consiento esto, vamos; que no lo consiento!

Trinidad.- Bonifacio, a comer. (*Vase Bonifacio por la izquierda.*) Déjala que estudie.

Trinita.- Pero lo que digo: antes quisiera acabar mi vestido. (*A Isidora.*) Y no me has dado el rasete color malva, ni el pedazo de surá para la combinación.

Voluntad

Isidora.- ¡Yo no tengo rasete, ni surá, ni paciencia!

Serafinito.- (*Aparte.*) Duro en ella.

Trinidad.- Pero, hija, la niña...

Trinita.- (*Con mimo.*) ¡Y ahora que estamos sin doncella!

También es tema haber despedido a la Calixta, que me ayudaba.

Isidora.- La he despedido porque no servía para nada.

Trinidad.- Amalia, que no sabe cocinar, la pobre, será doncella desde hoy, y esta tarde misma tomaremos muchacha para la cocina.

Isidora.- No, no. No esta tarde, ni mañana ni nunca.

Trinidad.- ¿Y cómo nos vamos a arreglar?

Isidora.- ¡A ver! ¿Soy yo la que manda aquí?

Trinidad.- Hija de mi alma, desde que con tu energía, determinación y talento extraordinario salvaste la casa, tu padre y yo hemos delegado en ti nuestra autoridad.

Isidora.- Pues, mamá, no te molestes en buscar cocinera, que ya la tenemos.

Trinidad.- ¿Quién?

Isidora.- Esta. (*Coge a su hermana del brazo.*)

Trinita.- ¿Yo? ¡Qué barbaridad!

Serafinito.- ¿Yo? ¡Qué barbaridad!

Serafinito.- (*Cerrando el libro. Aparte.*) Prepárate... Cuando las barbas de tu vecino veas arder...

Trinidad.- Pero, hija, ¿lo dice de veras?

Isidora.- ¡Y tan de veras! Estamos amenazados de ruina. Aquí no hay ya señoritos.

Serafinito.- (*Aparte.*) ¡Ay Dios mío!

Isidora.- Todos somos criados de todos. Se acabaron los perifollos elegantes, incompatibles con nuestra pobreza; se acabó el piano, y...

Trinita.- Pero ¡si yo no sé guisar! (*Lloriqueando.*)

Isidora.- Aprendes... ¡Más fácil es hacer un pisto sabroso en la cocina que hacerlo malamente en el piano... con la "Rapsodia húngara".

Serafinito.- (*Aparte, riendo.*) ¡Divino, delicioso!

Isidora.- Mamá sabe cocina. Yo también. Verás qué pronto te enseñamos.

Trinidad.- Bueno, bueno; pero me parece que...

Trinita.- (*Llorando.*) Yo no quiero.

Isidora.- Pues si no se conforman todos... dimito.

Trinita.- No, no.

Trinidad.- Dimitir, no. (*Asustada.*) ¡Jesús! Estás demostrando una disposición colosal para el gobierno. Debemos obedecerte sin reparar en lo que mandas.

Isidora.- ¡Nada, nada! Real decreto nombrando a la niña cocinera. Anda, ponte el delantal grueso. Se acabaron los rasetes, crespones y muselinas. Dispongo el descanso de las pobrecitas teclas, condeno al destierro a los "Nocturnos y Fantasías", y a muerte a las "Marchas Fúnebres" y "Danzas Macabras".

Serafinito.- (*Riendo. Aparte.*) ¡Ja, ja! ¡Estupendo, colosal! (*Haciendo burla de su hermana.*) ¡Cocinera! Pues lo que es yo cenó aquí esta noche.

Isidora.- ¿Que no?

Trinidad.- Vale más que cenas con tus amigos. Ya sabes que esta noche tiene que hablar...

Isidora.- Pero antes he pedido yo la palabra...En fin, ¿mando o no mando?

Trinidad.- Tú mandas, sí... pero el niño...

Serafinito.- (*Con terror cómico. Aparte.*) ¡Ay, pobre niño!...Ya estás en capilla.

Isidora.- Pues si mando...

Serafinito.- (*Aparte.*) Yo me escabullo.

Isidora.- (*Agarrándole por un brazo.*) Ven acá, mequetrefe.

Trinita.- (*Burlándose de él.*) ¡Ja, ja! Ahora le toca al sabio.

Trinidad.- Pero ya sabes cuánto le alaban...

Isidora.- ¡Vaya una ciencia la de estos micos! Pedantería, ideas y frases sueltas, tomadas de aquí y de allá, oídas en los corrillos o pescadas en lecturas rápidas...

Trinita.- (*Burlándose.*) El precocísimo filósofo, el joven pensador...¡Ja, ja!...

Voluntad

Serafinito.- (*A Trinita.*) Verás tú...

Isidora.- Mamá, no te forjes ilusiones. No es más que uno de tantos niños habladores, hueros y cargantes, que hacen aborrecible el Arte y la Ciencia. Tiempo tiene de aprender con fundamento. Condeno a reclusión temporal los librotos que tú no entiendes. Que los estudiosos sociológicos y antropológicos se vayan a hacer compañía a la "Marcha Fúnebre" y a la "Danza Macabra". Esta noche me copiará el niño sabio unas 50 facturas, y me escribirá 20 o más cartas.

Trinita.- ¡Ja, ja!...

Serafinito.- Bueno. (*Cortado.*) Lo haré cuando vuelva.

Isidora.- No; si de aquí no sales ya. Voy a ponerte el grillete. Mamá, sácale unos manguitos.

Trinidad.- ¡Jesús, el niño al mostrador!...

Isidora.- ¿Que no?...Pues dimito.

Todos.- (*Asustados.*) No, no.

Isidora.- ¿Y por qué no ha de salir al mostrador? ¿No salgo yo?

Trinita.- Y yo también si hiciera falta.

Isidora.- No, tú a la cocina.

Trinidad.- (*Consolando a Serafinito.*) Hijo, resígnate hasta que pasen estas circunstancias.

Isidora.- (*A Serafinito, afectuosamente.*) Mira: para que la transición no sea brusca, hoy te dedico a tareas fáciles. Ven acá. (*Va al escritorio.*) Empieza por ir al correo. Certificas estos dos paquetitos de muestras sin valor. Y a la vuelta te pasas por casa del comisionista alemán...

Trinidad.- Hartmann.

Serafinito.- ¿El autor de la "Filosofía de lo inconsciente"?

Isidora.- No sé de qué es autor. Tú vas, y le pides el muestrario de percalinas asargadas, y me lo traes.

Serafinito.- Bien. Haré todo lo que mandes.

Isidora.- (*Acariciándole.*) Cabecita llena de viento, no se estudia sólo en los libros. Hay que aprender antes un poco de ciencia de la vida, en la vida misma.

Voluntad

Serafinito.- Bueno, hermana. Tú nos subyugas, nos fascinas; tienes sobre todos tal poder sugestivo, que no hay manera de resistirte.

Trinidad.- Pero ¡qué dirán sus amigos del Círculo de Historia y Literatura!

Isidora.- ¡Valiente caso hago yo de la opinión de los señores discursistas! ¡Que vengan, que vengan aquí con sus retóricas a salvarnos de la miseria y a enseñarnos cómo se restaura el crédito de una casa y se da de comer a una familia!

Serafinito.- No hay más que hablar.

Trinita.- Y yo a mi cocina.

Isidora.- Ya estás andando.

Trinidad.- Empezarás por dar de comer a los chicos.

Trinita.- (*A Serafín.*) Adiós, hortera precocísimo.

Serafinito.- Fregatriz "diletante", hasta luego.

Escena IV

Isidora, Doña Trinidad, Don Isidro y Don Santos, por la derecha

Trinidad.- ¿Y qué tal os ha tratado el viejo Rodríguez, nuestro vecino?

Isidro.- Un almuerzo de príncipes.

Santos.- (*A Isidora.*) ¡Ah, si supieras qué sorpresa te traemos!...¿Se lo digo?

Isidro.- No; es una locura, un delirio. Somos muy prácticos.

Trinidad.- Pero dilo, hombre.

Isidro.- Luego. Esta me ha enseñado el método, y...

Isidora.- Sí, lo primero a nuestro negocio. A ver...

Isidro.- Pues fui a casa de Requejo a proponerle que nos tome las existencias de sedas bordadas, que no necesitamos.

Isidora.- Con el 25 por 100 de rebaja sobre el precio de factura...

Isidro.- (*Con timidez.*) No, hija; no me atreví a tanto, y le propuse el 35.

Isidora.- ¡Ay papá, siempre eres lo mismo! Por esas timideces estás como estás...Considera que las sederías han subido de

precio. Míralo; convéncete. (*Las dos pasan al escritorio, donde examinan papeles.*)

Trinidad.- (*Con dos Santos, en el centro.*) ¿Y qué?

Santos.- Toda la mañanita, desde que llegué de Móstoles, he andado como un azacán, buscando a ese caballero. No sé dónde demonios se mete.

Trinidad.- Dicen que al entresuelo viene a menudo.

Santos.- ¿A casa de Morales? Subiré. Pero antes veré a los Guevaras, que son sus íntimos. Como que en poder de ellos tiene todo su capital. ¡Demonio de chico!

Trinidad.- Dicen que sale a su padre. Buen hombre, pero que si apostaba a extravagante no había cristiano que le ganara.

Santos.- Pues éste da quince y raya al padre, a la madre y a toda la familia.

Trinidad.- ¡Ay, Santos, Dios te dé buena mano!

Santos.- Pulso y ojo de cazador machucho.

Trinidad.- Eso es, sí... Me voy a dar a la pequeña la primera lección de cocina. (*Vase por la izquierda.*)

Escena V

Don Isidro, Isidora y Don Santos

Isidro.- Tienes razón. Se hará como dices. (*Bajan los dos al proscenio.*) Si Requejo acepta, ya estamos de la otra parte. No nos metamos en más honduras. Contentémonos con conservar lo presente...

Santos.- Alientos tiene la niña para mucho más.

Isidora.- ¡Ya lo creo!

Isidro.- Yo, no; mis aspiraciones son más modestas.

Isidora.- Las mías pican alto.

Isidro.- No tengo ambición.

Isidora.- Yo, sí. Y además, constancia, tenacidad en mis propósitos.

Santos.- ¡Viva el águila del comercio matritense! No le cortéis las alas, y veréis hasta dónde se remonta. Yo que tú, aceptaría sin vacilar la proposición de Rodríguez.

Isidora.- (*Curiosísima.*) ¿Qué, qué es?

Santos.- ¿No se lo has dicho?

Voluntad

Isidro.- No, porque temo que pierda la chaveta, y quiera meterse en aventuras peligrosas.

Isidora.- (*Muy impaciente.*) Pero ¿qué es? Díganmelo.

Isidro.- Nada, que el viejo Rodríguez, nuestro vecino, está loco contigo.

Isidora.- ¿Prendado de mí?

Santos.- De tu talento, de tu disposición para los negocios.

Isidro.- Ya sabes que se retira. Desea que nosotros nos quedemos con su establecimiento.

Isidora.- ¿Es de veras? (*Batiendo palmas.*) ¡Jesús, qué dicha! ¡La camisería! ¡El colmo de mis anhelos!...Pero las condiciones serán duras.

Santos.- ¡Quia! Excelentes.

Isidora.- Pues aceptado. Pero, papá, ¿tú lo dudas?

Isidro.- Hija de mi alma: temo que sea carga demasiado gravosa para nuestros hombros, que aún están muy débiles.

Isidora.- (*Vivamente.*) ¿Te dio el abuelo las condiciones escritas?

Santos.- Sí; ahí las tiene.

Isidora.- Dámelas.

Isidro.- Luego... ten juicio...No olvidemos el asunto más urgente...Requejo...; ése nos espera.

Isidora.- Es verdad. Vete pronto allá. No podemos descuidarnos.

Isidro.- Allá me voy, y mientras discuto con él las condiciones del descuento, tú lo dispones todo, y nos mandas...

Isidora.- La nota de las piezas de seda bordada, con los precios de factura, y otra nota de los 50 pañuelos de crespón que le cedemos.

Isidro.- Pero pronto, hija mía.

Isidora.- A prontitud nadie me gana.

Isidro.- Ahí tienes el "Vendi" firmado por mí. Añades las...

Isidora.- Sí, sí...Allá va todo, y si el saldistá acepta, que aceptará, no te vengas sin traer todo ultimado; y recoges el pagaré.

Isidro.- Corriente...

Isidora.- Te mandaré también la nota del pedido de género alemán, para que a la vuelta...

Isidro.- Perfectamente. Abur...

Escena VI

Isidora, Don Santos y Luengo, que entra receloso y malhumorado

Luengo.- ¡Felices!

Isidora.- ¿Qué hay?

Santos.- ¿Qué trae por aquí nuestro diligentísimo corredor y zurupeto?

Luengo.- Pues...supe que haces más pedidos.

Isidora.- Sí... ¿y qué?

Luengo.- Que ni tú ni tu padre os dais por vencidos.

Santos.- ¡Rendirse ésta!...¡Ja, ja!

Isidora.- Para mí no hay más que dos términos: la victoria o la muerte.

Santos.- ¿Qué tal?

Isidora.- Soy como los defensores de Zaragoza. No me rindo. Los sitiadores, si entran, pisarán mi cadáver.

Santos.- (*Aplaudiendo.*) ¡Bravísimo por la heroína!

Luengo.- Bravísimo...Y ha corrido el rumor... por eso vengo... pero ¡quia!, debe de ser broma...¡Lo que me reí cuando me lo dijeron!

Isidora.- ¿Qué?

Luengo.- Que, no contentos mis queridísimos amigos los Berdejos con las dificultades que les agobian, aspiran a quedarse con la camisería del vecino...¡Ja, ja!

Isidora.- No reírse, amiguito.

Luengo.- Pero ¿no es broma?

Santos.- ¿Qué ha de ser? El abuelo Rodríguez es quien pretende...

Luengo.- (*Con estupor.*) Pero ¡si el chico de don Nicomedes y mis sobrinos contaban con ese traspaso!...El abuelo les prometió...

Isidora.- Pero será en el caso de que nosotros rehusemos...

Voluntad

Luengo.- (*Sulfurándose.*) Esto es increíble! ¡Qué gente más aprovechada! ¿Y don Isidro será capaz...?

Isidora.- Como siempre, mi padre teme; yo, no.

Luengo.- (*Con desprecio.*) ¿Y te crees con bríos para...?

Isidora.- Para, eso y para mucho más. Conseguiré todo lo que me proponga. ¿Cómo? Poniendo en todas mis acciones la energía perseverante que me ha dado Dios. ¡Ay, que no me la quite! ¡No me la quites, Señor!

Luengo.- (*Con ira, marcando mucho la palabra.*) ¡Voluntariosa!

Isidora.- No es eso... Pero sí; admito la palabra a falta de otra.

Santos.- ¿Eh?...¿Qué tal?

Luengo.- (*Desconcertado. Su hipocresía no es bastante a encubrir su cólera.*) ¡Pues no lo consentiremos!... digo... si me opongo es por el bien de esta familia que tanto quiero... ¡Vaya un egoísmo! Pues no será; digo que no será... Queridísimo don Santos, no me niegue usted que...

Santos.- Pero ven acá... (*Siguen disputando en voz baja.*)

Escena VII

Dichos y Serafinito, por el foro

Serafinito.- (*Entra rápidamente con varios muestrarios.*) Aquí estoy. Me pediste un muestrario y te traigo tres.

Isidora.- Bien; así me gusta.

Santos.- (*Con Luengo, a la derecha.*) No hay quien pueda con esta chica.

Luengo.- Es un demonio.

Santos.- Un demonio que anda demasiado suelto, y yo pienso atarle.

Luengo.- ¿Cómo?

Santos.- Con una cuerda, sogá o cabezal, según los casos, que se llama marido.

Luengo.- ¡Un marido!

Santos.- En eso ando...

Luengo.- Ya... tratos y contubernios. Boda en perspectiva. Ahora comprendo... Por eso echan tantos humos, y quieren apandar todos los negocios... Claro: trincan al sonámbulo,

Voluntad

que aún tiene dinero. (*Con misterio.*) Pues oiga, don Santos...No hay que fiarse.

Santos.- ¿Qué dices?

Luengo.- Que si se confirma cierto runrún, esa boda podría ser para ustedes un negocio detestable.

Santos.- ¿Ya empiezas?...¡Envidioso!

Luengo.- Pues no digo nada...Al tiempo.

Santos.- ¡Bah!...La envidia te come. (*Retirándose.*) ¿Vienes tú?

Luengo.- (*Pensativo, buscando un pretexto para quedarse.*) Todavía no. Quiero ver esos muestrarios...

Santos.- Pues abur...Que te alivies. (*Vase por el fondo.*)

Isidora.- Ahora te vas a la tienda...No te muevas de allí hasta que yo te llame.

Serafinito.- Allí estaré. (*Vase a la tienda.*)

Escena VIII

Isidora y Luengo; al final de la escena, Bonifacio

Isidora.- (*Con indiferencia, dirigiéndose a la mesa escritorio.*) ¿Aún está usted ahí?

Luengo.- Tengo que hablarte.

Isidora.- (*Sorprendida.*) ¿A mí?

Luengo.- (*Con misterio.*) Sí; de un asunto muy reservado, pero muy reservado.

Isidora.- A ver, hombre.

Luengo.- He sabido que Guevara anda mal...La noticia es de buena tinta. Corre la voz de que suspende pagos.

Isidora.- (*Con frialdad.*) ¿Y a mí, qué?

Luengo.- (*Con malicia.*) Una persona que a ti te interesa...

Isidora.- ¿A mí?

Luengo.- Vamos, una persona que no puede ser indiferente... tiene todo su dinero en poder de Guevara. Ya ves... ¡qué peligro!

Isidora.- (*Comprendiendo.*) ¡Ah!... ¡ya! (*Con serenidad.*) En efecto, yo lo sentiría... pero...

Luengo.- ¡Ay, hija, con qué calma lo tomas! Pero ¿de veras no te da frío ni calor que esa persona, esa...estimadísima persona, se quede en la miseria?

Isidora.- No puedo mirarlo con indiferencia. Al menos, por humanidad...

Luengo.- ¿Por humanidad nada más? (*Asombrado de la calma de Isidora.*) Pero ¿tú...? Vamos, ten franqueza con el mejor amigo de la casa. Dime: ¿no tiene tú planes, nobilísimos planes... algún proyectillo tocante a ese sujeto?

Isidora.- ¿Planes yo? No, por cierto.

Luengo.- (*Aparte.*) Hipócrita, ¡qué bien finge! (*Alto.*) Pues te dije lo de Guevara... porque tú previnieras a...

Isidora.- (*Vivamente.*) Pero ¡si yo no tengo trato ni relación alguna con él!...No he vuelto a verle.

Luengo.- ¡Que no! (*Aparte.*) ¡Ay, qué embusterera! (*Alto.*) Pues tengo entendido que el gran cazador don Santos anda detrás de esa fierecilla para echarle el lazo y traértela.

Isidora.- ¡Qué enredo! (*Con desprecio.*) ¡Déjeme usted en paz!

Luengo.- Y entiendo que Alejandro estuvo aquí.

Isidora.- (*Asustada.*) ¡Aquí!

Luengo.- Aquí, en tu casa.

Isidora.- ¿Cuándo?

Luengo.- Hoy.

Isidora.- (*Con vehemencia.*) ¡Eso no es verdad! ¡Déjeme usted! ¡No quiero oírle!

Luengo.- (*Con hipocresía, humillándose.*) Perdona, hija, no te enfades. Ya me voy. Yo soy tu amigo, amigo leal de la familia, y, en prueba de ello, volveré a traer noticias, a saber de ti, de tus planes...Adiós.

Isidora.- Adiós, sí...Y no vuelva por acá...(*Aparte.*) Me da miedo este hombre. (*Vase Luengo. Sale Bonifacio por la puerta de la derecha, con piezas de tela.*)

Bonifacio.- (*Aparte.*) Ya está sola. (*Al cerrar la puerta no echa el pasador; la deja entornada. Márquese este movimiento.*)

Isidora.- Que no pase nadie. Tengo que hablar.

Bonifacio.- Está bien. (*Vase a la tienda; cierra las vidrieras.*)

Escena IX

Isidora; poco después, Alejandro

Isidora.- (*Afanada, sentándose en el escritorio.*) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!...Aquí está el "Vendi"...Pongamos la nota del género cedido. (*Escribe.*) Primero: 12 piezas de...(*Se detiene preocupada.*) Este pillo de Luengo...No, imposible que Alejandro se atreviera a venir aquí. (*Escribe.*) Seis piezas de a metro sesenta de ancho...No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (*Entra Alejandro cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.*) Hacen un total de metros 90, que arrojan pesetas 1.350. Bien...(*Pensando.*) Sí, le tengo aquí, aquí...Imposible olvidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí? (*Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.*)

Alejandro.- (*Contemplándola desde el fondo, junto a una de las mesas grandes.*) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan a la desdichada Humanidad.

Isidora.- (*Escribiendo.*) Pesetas 1.037 (*Pensando.*) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de...No sé qué es esto. ¡Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo! Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas...(*Dominando su pensamiento.*) Anda, hija, no te duermas. (*Escribe.*) Añado los 50 pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (*Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.*)

Alejandro.- (*Avanzando un poco hacia la izquierda.*) ¡Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegación artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, o sea la plétora de leyes y principios...¡Dichosos los salvajes, los pastores, los vagabundos, emancipados por la divina pobreza, por la bendita ignorancia!

Isidora.- (*Contemplando gozosa su escritura.*) ¡Qué bonitos números! Aquí tengo tres cinco, tan gallardo, con sus plumachos en la cabeza, y debajo un seis muy panzudo, agarrado de un tres, que parece desternillarse de risa...¡Oh!, no sé qué tengo hoy...Ya me equivoqué tres veces. Es la pícara imaginación, que se me quiere insurreccionar...(*Oprimiéndose la frente.*) Imaginación, ten juicio... no enredes, hija, no enredes...(*Pensando.*) ¡Vaya con lo que me dijo Luengo! ¿Será cierto que estuvo aquí? ¡Pobrecillo! Sin duda, está loco por verme...Pues que se fastidie. (*Recordando.*) ¡Ay, lo que falta todavía!...¡El pedido de género alemán! (*Levantándose y rápidamente va al otro lado.*) Aquí dejé los muestrarios. (*Los examina. Alejandro se ha ocultado en el fondo tras cualquier objeto.*) Este no es. Aquí está le que pedí. (*Hojeándolo.*), con las señas de lápiz que puse la semana pasada. Bonitas telas... ¡qué novedad de colores!...De este color era el último vestido que me compró Alejandro...¡Es raro esto, que no pueda hoy apartarle de mi memoria! (*Quédase absorta y se sienta en una silla baja, junto a la mesilla. Alejandro se desliza paso a paso por el fondo, va al escritorio y se sienta en la banqueta.*) Paréceme que le estoy viendo. (*Dominándose.*) ¡No, si no quiero verle! (*Con energía.*) ¡No, no! (*Transición.*) ¡Bah!...¡Cómo miente una, cómo miente, aun hablando consigo misma! Tenemos la mentira tan metida en el alma, que ni discuriendo a solas dejamos de decimos algo que no es verdad...(*Recobrándose.*) Ea, que el tiempo vuela, Isidorita. A trabajar. (*Dirígese al escritorio. Al ver a Alejandro en el sitio que ella ocupaba antes, da un grito; quédase después suspensa, aterrada, inmóvil y muda, como no creyendo a sus ojos, o si se hallara en presencia de una visión.*)

Alejandro.- (*Sonriendo.*) Sí, yo soy...¿Me tomas por un fantasma?

Isidora.- (*Da algunos pasos; retrocede.*) No, no eres... no eres...¡Alejandro!...(*Acercándose más.*) ¿Eres tú, de veras?

Alejandro.- Yo, sí, que me recreo, que me extasío mirándote.

Voluntad

Isidora.- ¡Oh, qué absurdo!...¡Tú...en mi casa!...¡Por Dios, vete, vete pronto de aquí! Pueden venir mis padres, mi tío...

Alejandro.- Sosiégate...Me iré si tú lo mandas...Pero no sin decirte que me abandonaste caprichosamente y sin motivo. Sabes muy bien que no amo a la que fue causa de tu arrebató de celos; sabes que, de cuantas mujeres existen en el mundo, no puedo amar más que a una sola, a ti.

Isidora.- Déjame, déjame. Te tengo miedo. Guárdate tu amor, que para mí es tan incomprendible como tus ideas. Tus palabras bonitas no me trastornarán otra vez. Estoy curada de esa enfermedad que llaman ensueño.

Alejandro.- Es que, en medio de estas realidades en que tú vives, piensas en mí...No lo niegues.

Isidora.- ¡Fatuó!

Alejandro.- Que no lo niegues, Isidora.

Isidora.- Bueno; pues que piense alguna vez, ¿eso qué significa?

Alejandro.- Significa, sí...; significa que tengo motivos para envanecerme...Mi fatuidad, como tú dices, mi orgullo, como digo yo, se funda en eso...

Isidora.- ¿En qué?

Alejandro.- En que este soñador, este delirante, que aborrece los negocios, las carreras, la política y el matrimonio, que sólo ama las ideas puras, que es religioso a su modo, poeta a su modo, sin hacer versos, artista por entusiasmo, tiene y tendrá siempre un lugarcito en el pensamiento de la mujer práctica. No podrás, no podrás desterrarme de ti, Isidora; no podrás, no podrás...Y cuando más engolfada estés en tus números y más amarrada a la realidad por tus obligaciones...dejarás volar tus miradas por el vago espacio, buscándome a mí, al ensueño...No puedes, no, no puedes...

Isidora.- (*Haciendo un supremo esfuerzo para vencer la sugestión.*) ¡Sí podré! (*Apelando al último recurso.*) Me impides trabajar...Trabajo urgentísimo, del que depende quizás la salvación de mi casa.

Alejandro.- Eso, no. Tú trabajas... y yo te admiro.

Isidora.- No puedo; tu presencia me trastorna.

Alejandro.- Yo te ayudaré. (*Ademán de sentarse en el escritorio.*)
Díctame.

Isidora.- No, no; déjame el sitio. (*Le echa del escritorio y se sienta ella.*) Acabaré la nota para el saldistista.

Alejandro.- ¿Quieres que dicte yo? (*Da la vuelta y se pone al otro lado del escritorio, vuelto hacia Isidora.*)

Isidora.- (*Escribiendo rápidamente.*) No, no es preciso. ¡Qué malo eres!

Alejandro.- No soy malo. Soy un hombre que se ha formado solo, que nunca conoció el trabajo, ni las dificultades de la vida.

Isidora.- (*Muy nerviosa, escribiendo aprisa y procurando abstraerse, pero sin conseguirlo.*) Doce mil setecientos y...¡Ah!, me olvidaba. (*Buscando un papel.*) Estoy en Babia. Y tú robándome la tranquilidad, el tiempo. (*Escribe.*) Además, 50 pañuelos de crespón...

Alejandro.- ¿Qué yo te robo los pañuelos?

Isidora.- No... digo...50, desde 130 a 800 pesetas...Sigue. ¿Qué decías?

Alejandro.- Quedé huérfano y rico. No mis padres ni mi tutor supieron hacer de mi lo que llamáis un hombre útil. No es que yo me queje de este abandono.

Isidora.- Vives en un mundo imaginario.

Alejandro.- Y tú en otro, porque eso que haces es tan imaginario y tan vago como las nubes que corren por el cielo, obscuras unas, otras iluminadas por el sol.

Isidora.- ¿Ves? Ya me equivoqué por culpa tuya. Escribirélo otra vez: 30 varas a...¿Con que las nubes?...¿El rayo de sol?... a 12'50...Anda: ya equivoqué los números.

Alejandro.- ¿Qué más da? Todos los números y cifras son iguales. Podrán parecernos distintos; pero en la cuenta final y total, no son más que una sucesión infinita de ceros.

Isidora.- (*Escribiendo con agitación.*) Con la rebaja del 30 por 100...Estás loco, y quieres que yo también lo esté. Déjame a mí en la realidad, y vete tú a tus nubes.

Alejandro.- Todo es nubes: eso y lo mío.

Isidora.- Ahora, el pedido. Coge el muestrario, y me vas dictando las cifras de las telas que verás marcadas al margen con lápiz.

Alejandro.- (*Coge el libro.*) Todo es cielo, espacio sin fin, la materia tan infinita como el espíritu, la diligencia tan ociosa como la ociosidad. (*Dictando.*) Setecientos cuarenta y siete.

Isidora.- (*Muy excitada, escribiendo con grandísima rapidez.*) ¡Pobre visionario!...De ésta pido 30 piezas...Sueñas con el arte que no posees.

Alejandro.- Setecientos cuarenta y nueve...Lo poseo admirando a los que lo cultivan. Setecientos ochenta y uno.

Isidora.- Arte... ¡qué bonito! (*Calculando.*) Cuarenta y cinco piezas...Más aprisa.

Alejandro.- Ochocientos uno bis. Sueño con el amor, cuyo ideal encontré en ti.

Isidora.- Anda, morena. (*Burlándose.*) ¡El amor, valiente tontería!...(Calculando.) De ésta, 80 piezas.

Alejandro.- Ochocientos diez.

Isidora: Si al menos te ajustaras a la realidad de las cosas:::Treinta y cinco.

Alejandro.- Eso es mucho pedir.

Isidora.- ¿Qué? (*Creyendo que se refiere al pedido de género.*) ¿Mucho?

Alejandro.- No, digo...Ochocientos cuarenta y dos. La realidad y yo no hacemos buenas migas. Ochocientos cuarenta y siete bis. Mis ideas; ya sabes...

Isidora.- (*Impaciente.*) Dame acá: yo acabo más pronto.

Alejandro.- No, vida mía. Ochocientos cuarenta y nueve.

Isidora.- Dame el libro. (*Se lo quita.*)

Alejandro.- (*Señalando donde él quedó.*) Aquí estábamos.

Isidora.- Me sé de memoria tus ideas. (*Escribe.*) Ochocientos cincuenta. (*Repitiendo burlescamente conceptos de él.*) "Abajo la vulgaridad! ¡Muera todo lo convencional y rutinario!...Las jerarquías sociales, el matrimonio, la...! ¡Ja, ja!...Ochocientos cincuenta y cinco. Cuarenta y cinco. Cuarenta piezas.

Alejandro.- Eso mismo.

Isidora.- ¿Sabes lo que significa toda esa monserga?... Pues no es más que una forma de orgullo... Sí, señor, 857.

Alejandro.- De dignidad, digo yo.

Isidora.- De soberbia satánica...Cuarenta piezas. Vaya, he concluido. ¡Gracias a Dios! *(Metiendo los papeles dentro de un sobre.)* Tengo que mandar esto a mi padre. *(Sale del escritorio. Dirígese a la puerta de la tienda y llama.)* ¡Bonifacio! *(Sale Bonifacio.)* ¿Está ahí Serafín?

Bonifacio.- Aquí está.

Isidora.- Que lleve esto... pero volando... a papá... en casa de Requejo. *(Da el pliego a Bonifacio, y vuelve al proscenio, Bonifacio se va y cierra.)* Y ahora, Alejandro, por Dios y por la Virgen...*(Señalando la puerta de la derecha.)*

Alejandro.- ¡Vida mía, cuánto me duele verte en este ardiente afán! Para librarte de él y salvar tu casa, dispón de lo mío.

Isidora.- Gracias. No puedo aceptarlo. Eres mi perdición...Lo has sido, lo serías otra vez...No, no quiero. *(Asustada, se aparta de él.)* Tu apoyo es mi muerte. *(Cae en una silla, como fatigada y abatida.)* Vete, y no pienses más en mí.

Alejandro.- ¡Ah, no!...No pensar en ti... ¡Imposible! Es poco ya decirte que te adoro; déjame decirte que te admiro, noble y grande heroína. Quieres luchar sola, fiando en tu voluntad poderosa.

Isidora.- Luchar sola y honradamente es mi orgullo. No me prives de esta satisfacción, la más noble que puede tener un alma. *(Se levanta.)* Concédeme esto, y...*(Mirándole con afecto.)*

Alejandro.- *(Que se había mantenido a respetuosa distancia, da algunos pasos hacia ella.)* ¿Qué?

Isidora.- Te querré.

Alejandro.- *(Con júbilo.)* ¡Que me querrás, que volverás a quererme!...No soy ya tan desdichado. El pobre soñador se consuela con esa esperanza, y hace de ella la verdad de su vida.

Isidora.- *(Retrocede, asustada.)* ¡Cómo me seduce el pícaro!

Voluntad

Alejandro.- (*Con entusiasmo.*) En mi corazón pongo un altar y en el altar un símbolo, uno solo: tú, tú, en alma y cuerpo...

Isidora.- ¡Me arrastra, me fascina!

Alejandro.- Y allí te adoraré...No te desdigas...¡Volverás a quererme!...Es que subsiste en ti el cariño...(*Isidora le mira amorosamente sin decir nada.*) Más que cariño, amor...

Isidora.- (*Dando algunos pasos hacia él con deseos de abrazarle, que reprime.*) Sí.

Alejandro.- Si es ley que nos amemos, ven a mí.

Isidora.- Sí. (*Se abrazan.*) Es ley.

Alejandro.- Si no existiera la disparidad de caracteres, no existiría el amor, el sentimiento universal que mueve los mundos.

Isidora.- Te quiero, sí. (*Con abandono, apoyando su frente en el pecho de él.*) Eres mi muerte moral, la muerte de mi voluntad. Desde que estás aquí las ideas de orden se me han ido de la cabeza. (*Entorna los ojos como sufriendo un desvanecimiento. Alejandro la sostiene en sus brazos. Ambos están en pie.*)

Alejandro.- Mejor. Las ideas de orden, los números, la regularidad, son el desierto de la vida, que hay que atravesar con sed y fastidio. Al fin, ¿qué se encuentra? Nada, fastidio, sed...La sed no acaba, ni el desierto tampoco.

Isidora.- (*Como dormida sobre el pecho de Alejandro, los ojos cerrados.*) Sí... el desierto... sed.

Alejandro.- Reconoce que estas luchas de la realidad a nada conducen, y que vale más dormir, soñar, entregarse al dulce acaso...

Isidora.- (*Como en sueño.*) Soñar... vivir...

Alejandro.- Y que fuera del arte, del amor, de la poesía, nada existe que merezca nuestra atención.

Isidora.- ¡Oh, qué delirio! (*Despréndese de los brazos de Alejandro.*) ¿Estoy soñando?...Alejandro, me matas.

Alejandro.- Te resucito.

Isidora.- Déjame, te lo suplico.

Alejandro.- ¡Oh, alma mía! ¿Qué he de hacer yo más que obedecerte? Pero a cambio de mi sumisión...

Isidora.- ¿Qué?

Alejandro.- Una palabra, una sola...Dime que deseas unirte nuevamente a mí.

Isidora.- (*Aturdida y desconcertada.*) ¡No!...(Con vacilación angustiada.) Sí...No sé...(Con pena hondísima.) ¡Dios mío, ya no tengo voluntad! Déjame, déjame ahora...Te lo suplico...Quisiera mandártelo; pero ya no puedo, no puedo mandar. (*Con infantil desconsuelo.*) No sé qué pasa en mí...Alejandro, te lo ruego...(Luchando por recobrar su voluntad.) Te pido que salgas de aquí...¿Quieres que me arrodille para suplicártelo? (*Hace ademán de arrodillarse.*)

Alejandro.- No, no...Adiós...Soy feliz. (*Se retira y retrocede.*) Un momento más.

Isidora.- No, no...¡Vete, por Dios!

Alejandro.- Obedezco...Adiós. (*Vacila: al fin se decide a partir.*)

Hasta luego...Te espero...Adiós.

Isidora.- Adiós. (*Cae anonadada en una silla, sollozando.*)

Escena X

Isidora y Don Santos, que entra presuroso por el foro izquierda en el momento de salir Alejandro, y le ve

Santos.- ¡Él aquí... y yo loco buscándole! Voy tras él.

Isidora.- (*Sin moverse de su asiento, muy abatida.*) No, no...

Santos.- (*Advirtiendo su turbación.*) Pero ¿qué... hija mía, qué te pasa?

Isidora.- Nada, nada.

Santos.- ¡Si supieras lo que ocurre! Una gran desdicha.

Isidora.- (*Asustada.*) ¿Qué?

Santos.- Es cosa de él...Y yo acechándole en casa de Guevara... y la casa de Guevara...¡Oh, cuánto pillo en este mundo!

Escena XI

Isidora, Don Santos y Don Isidro; luego, Doña Trinidad

Isidro.- (*Por la tienda, presuroso, muy sofocado.*) Hija mía, pero ¿qué te pasa?...¿Estás loca?

Isidora.- Pero ¿qué?

Voluntad

Isidro.- (*Con dificultad en el aliento.*) Que me has puesto en ridículo. Requejo ha creído que nos burlábamos de él. Se pasó la hora, y tus notas no llegaron.

Isidora.- (*Aturdida.*) Ahí están.

Isidro.- (*Mirando los papeles que toma de la mesa.*) Todo equivocado... confundidas las cifras, trocadas las marcas. ¿Qué suma es ésta?

Isidora.- ¡Qué desatino! ¡Jesús!

Isidro.- Pero tú, ¿cómo tienes la cabeza?

Isidora.- (*Afligida.*) Trastornada, ¡ay!, enteramente trastornada...

Trinidad.- (*Que entra por el foro izquierda y se aproxima al grupo.*) ¿Qué es eso? ¡Isidora! (*Isidora, paralizada por la estupefacción, no contesta.*)

Isidro.- Y nada hemos podido hacer. Requejo, furioso. Yo, aturdido.

Isidora.- No sigas. ¡Qué vergüenza!

Isidro.- Estamos perdidos. Requejo no espera... No podemos cumplir... La casa se hunde.

Isidora.- (*La mirada perdida en el espacio.*) La casa se hunde. (*Con terror.*) ¡Perecemos todos!

Trinidad.- Pero, hija, ¿tú sueñas?

Isidora.- Sueño, sí. (*Cae en una silla, fatigada y sin aliento. Todos la rodean afligidos.*)

Isidro.- ¡Dios de mi vida!

Santos.- Y Guevara, ¿sabes?, lo que yo temía, Guevara...

Isidro.- Se ha fugado... ya lo sabía... dejando descubiertos horribles.

Santos.- Alejandro... todo lo ha perdido...

Isidro.- Hija mía, ¿oyes? Todos caen, y en algunas la caída es castigo del Cielo.

Isidora.- (*Como despertando. Transición del aturdimiento a un vivo terror.*) ¡Ah!... ¡Caemos todos... nosotros... él!

Isidro.- Niña querida, recobra tu ser.

Trinidad.- Vuelve en ti.

Voluntad

Isidora.- ¡Oh, no puedo, no puedo!...Le quiero...Y ahora más, más...(*Llorando.*) Padre, madre, hermanitos míos, arrojadme de vuestro lado...Ya no soy vuestra Isidora...; soy la otra, la otra... la suya.

Isidro.- Pero, hija de mi alma, ¿dónde está tu santa energía?

Santos.- ¿Tú bendita voluntad?

Isidora.- (*Con desvarío, mirando a todos.*) ¿Mi voluntad...?

Trinidad.- ¿Con él?

Isidro.- ¿Con nosotros?

Isidora.- (*Que pretende dominar la turbación de su mente. Pausa. Ansiosa, se interroga.*) ¿Con él... con vosotros? (*Entregándose a la desesperación por no poder conciliar sentimientos contradictorios.*) ¡Ay de mí!...¡No lo sé...! (*Telón rápido.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entre el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio y en el fondo.

Escena primera

Bonifacio, Trinita y Serafinito; el primero arregla las piezas de tela en las mesas grandes; los dos segundo colocan en sus cajas algunos pañuelos de Manila que estaban sobre la mesa y se los van dando a Bonifacio; doña Trinidad, que sale por la izquierda con matilla; al fin de la escena, Isidora

Trinidad.- ¿Qué enredáis ahí vosotros?

Trinita.- Mamá, ayudamos a Bonifacio.

Trinidad.- No perdáis el tiempo en tonterías. Tomad ejemplo de vuestra hermana, siempre esclava de su obligación...

Serafinito.- Pues esta tarde... *(Bonifacio se retira al fondo.)*

Trinita.- Di, mamá: ¿qué le pasó a Isidora esta tarde?

Trinidad.- *(Sin saber qué decir.)* Pues...

Serafinito.- Que su admirable máquina volitiva se descompuso un momento, y...

Trinidad.- Nada... un ligero accidente... algo a la cabeza... El excesivo trabajo, sin duda. Pero ya habéis visto. La pobre, luchando fieramente consigo misma, y dominando su turbación, ha vuelto a ser la mujercita inteligente y hacendosa de siempre. Y, al despejarse sus facultades, rehizo de prisa y corriendo las notas, con lo cual se pudo ultimar la operación con Requejo.

Trinita.- Pero después del arrechucho se ha quedado tan triste... ¿Qué le pasa?

Serafinito.- Es que mi hermana padece esa perturbación encefálica y nerviosa que el vulgo llama amor, y los fisiólogos...

Trinidad.- Calla tú, mocoso.

Trinita.- Mamá, Isidora no puedo trastomarse sin algún motivo...

Trinidad.- Yo también sospecho...Dime, Serafín. (*Con secreto.*) Tú, que estabas en la tienda esta tarde, ¿no viste si alguien entró?...

Serafínito.- ¿Aquí?...No lo sé. Las vidrieras estaban cerradas...Pero parecióme oír voces...Bonifacio sabrá.

Trinidad.- (*Aparte.*) Ese lo sabe, sí... pero no dirá nada; es muy zorro. (*Alto.*) ¡Bonifacio!

Bonifacio.- Señora.

Trinidad.- Sospecho que Isidora tuvo esta tarde alguna visita desagradable.

Bonifacio.- ¿Desagradable? No recuerdo...

Trinidad.- Mala memoria tienes. ¿No se apareció por aquí algún fantasma?...

Bonifacio.- ¡Fantasmas en la trastienda! ¿Y cree usted que Isidora se asusta de fantasmas? ¡Quia! Tiene tal valor y presencia de ánimo, que las apariciones no le causan miedo.

Trinidad.- Cuéntame...

Bonifacio.- Aquí viene. (*Sale Isidora por la izquierda.*)

Isidora.- ¡Ea!, la gente menuda no tiene nada que hacer aquí. (*A Serafín.*) Tú, a la tienda.

Trinidad.- Ya he cocido las perdices, como me mandaste, con yerbas de estragón, achicorias, perejil, timillo, acederas, hinojo...

Trinidad.- Pues ahora las sacas de la cazuela...

Isidora.- Las machacas, las picas muy menudito, muy menudito...

Trinidad.- ¿Y qué más?

Isidora.- Ya te lo diré después. Vete a la cocina.

Trinidad.- Y yo, a la novena. (*Aparece don Santos por la derecha.*)

Isidora.- Hasta luego, mamá. (*Vase doña Trinidad por el fondo y también Bonifacio y Serafín. Trinita, por la izquierda.*)

Escena II

Isidora y Don Santos

Isidora.- (*Con ansiedad.*) Tío, ¿qué hay? ¿Le ha encontrado usted?

Santos.- Sí.

Isidora.- ¿Dónde?

Santos.- Arriba, en casa de Morales. Ahí está desde que salió de aquí.

Isidora.- ¿Y qué le pasa?

Santos.- Nada; está muy triste, como si presintiera una desgracia...

Isidora.- (*Sorprendida.*) Pero ¿no lo sabe?

Santos.- Nadie se atreve a decírselo. Morales y su mujer temen, como yo, que cuando sepa la verdad de su ruina lastimosa, inevitable seguirá el caminito de su padre.

Isidora.- (*Dolorida.*) ¡Ay, yo también lo temo, casi lo tengo por seguro! Conozco como nadie aquel carácter inflamable, aquel orgullo que rinde culto idolátrico a la dignidad, a una dignidad falsa y mentirosa... Pero ¿qué dice?

Santos.- Nada; jugar con los chicos... Les está armando un teatro... ¡Créelo, me daba pena verle tan ignorante de su desdicha! Morales cree que sólo tú puedes evitar en él los terribles efectos de la desesperación...

Isidora.- Sí, yo sólo puedo consolarle en este infortunio, fortalecer su espíritu... Voy allá.

Santos.- (*Deteniéndola.*) Aguarda, hija. No es conveniente...

Isidora.- ¿Por qué?

Santos.- Sin contar con tus padres, no debes...

Isidora.- Yo les diré a mis padres que esto es un deber...

Santos.- Con todo, reflexiona...

Isidora.- Iré a su casa.

Santos.- Menos.

Isidora.- Pues vuelva usted arriba... Prevéngale...

Santos.- Ya sabes a lo que voy. Francamente, hija, no está el hombre en situación de que yo le diga: "O te casas con mi sobrina, o te pego un tiro." Y él me contestaría: "¡Soberbio! Así me ahora usted el trabajo de pegármelo yo."

Isidora.- (*Displicente.*) Déjese usted de tiros, pro Dios. Otra cosa: si al bajar entrara aquí un momento...

Santos.- No me parece bien.

Isidora.- Mamá en la novena...

Voluntad

Santos.- Tu padre vendrá de un momento a otro...

Isidora.- Si pasara por aquí, yo le daría la noticia y... (*Gozosa, con una idea feliz.*) ¡Ah!... ¡Ya... ya la tengo! ¡Tío, tío de mi alma, qué idea se me ha ocurrido!... ¡Oh, qué idea!...

Santos.- A ver, a ver.

Isidora.- Dice usted que no sabe su ruina...

Santos.- No la sabe.

Isidora.- ¿Está usted seguro?

Santos.- Segurísimo.

Isidora.- ¡Pues verá usted qué idea tan atrevida, tío; qué idea tan soberana! Le pongo dos letras diciéndole... (*Va al escritorio y se pone a escribir.*) que necesito dinero, que... El me hizo esta tarde ofrecimientos, como siempre... Le conozco; su generosidad es ilimitada, rasgo capital de su carácter, como el odio al matrimonio...

Santos.- ¿Y crees seguro...?

Isidora.- Como tenerlo en la mano. Ya está. (*Cierra la carta.*) Ahora, tío, usted, que es tan bueno, hará que llegue a sus manos... Pero en seguida, sin perder un minuto... antes de que se nos escape.

Santos.- Venga... se la daré al criado de Morales. (*Coge la carta.*)

Isidora.- Usted me ayuda o no me ayuda... Soy tremenda, ¿verdad?, fastidiosísima; pero éste es un caso en que...

Santos.- (*Viendo venir a don Isidro por el foro.*) Tu padre... Me voy por aquí. (*Vase por la derecha.*)

Escena III

Isidora y don Isidro

Isidro.- Hijita mía... ¿Sigues bien? (*Se sienta fatigado.*)

Isidora.- Ya ves tú.

Isidro.- Y contenta, ¿verdad?... Me parece mentira que tan pronto recobraras tu energía, tu facultad sublime...

Isidora.- ¿Al fin lo arreglaste todo?

Isidro.- Atropelladamente; pero se arregló... y la casa está salvada... por el momento.

Voluntad

Isidora.- Y por siempre papá. Ten fe, valor, confianza en ti mismo, en mí, en Dios, que no nos abandona.

Isidro.- (*Besándole la mano.*) ¡Qué hija, qué perla!

Isidora.- Pero no perdamos el tiempo. ¿Traes la proposición de Rodríguez?

Isidro.- (*Sacando un papel del bolsillo.*) Sí, aquí la tienes.

Isidora.- La examinaré...

Isidro.- Sospecho que en este negocio nos crearemos enemistades...

Escena IV

Dichos y Luengo; poco después, don Nicomedes

Luengo.- (*Que entra presuroso, con mal ceño, por el foro, y oye la última frase de don Isidro.*) Diga usted que sí...

Isidro.- ¡Oh, Luengo, destemplado vienes!

Luengo.- ¡Furioso!... (*Isidora se va tranquilamente al escritorio y se pone a leer y escribir.*)

Isidro.- ¿Qué mosca te ha picado?

Luengo.- ¡Contento tienen ustedes a don Nicomedes Guijarro, en gracia de Dios!...

Isidora.- (*Sin dejar de escribir, con tranquilidad.*) ¿Nosotros? ¿Por qué?

Luengo.- Porque don Nicomedes, hombre muy cabal y con su aquel de negra honrilla, no soporta que Rodríguez, faltando a su palabra, traspase a usted su establecimiento, ni menos tolera que usted...

Isidro.- Si es cosa de ésta, que gusta de acumular dificultades para vencerlas...

Luengo.- ¡Otra más cabezuda!

Isidro.- Es que ella sabe, discurre, ambiciona... Nuestro vecino, admirador, como todo el barrio, de las dotes de mi hija, quiere protegerla, dar elementos a su extraordinaria capacidad.

Luengo.- (*Cargado de tantos elogios.*) ¿Oh, sí, la octava maravilla, la undécima musa y la prima hermana de los siete sabios de Grecia!

Voluntad

Nicomedes.- (*Por el foro, con desenfado y grosería, sin ver a Isidora.*) Ya tenemos todos el talento de la niña, las dotes de la niña y las facultades de la niña montados en la nariz. (*Viendo a Isidora.*) ¡Ah!... estaba aquí.

Isidora.- (*Con calma.*) Sí, señor, aquí estoy, oyendo a usted con el gusto de siempre.

Nicomedes.- ¡Gracias!

Isidro.- (*Medroso, queriendo apaciguarlo.*) Amigo don Nicomedes, y alo arreglaremos...

Nicomedes.- Amigo don Isidro, Rodríguez prometió cederme su establecimiento para mi chico y los sobrinos de éste...

Luengo.- Y ahora se vuelve atrás.

Nicomedes.- Aquí no hay más arreglo que decirle ustedes: "No aceptamos."

Isidro.- Bueno... y veremos...

Isidora.- No, papá, no hay veremos... y alo hemos visto.

Nicomedes.- ¿De modo que...?

Isidora.- Mucho siento que usted se sofoque, señor don Nicomedes, pero no desistimos.

Luengo.- Ángel de Dios, reflexiona...

Isidora.- Lo siento; pero...

Nicomedes.- Le anuncio a usted, señor don Isidro, que tendremos un disgusto. (*Aparece Don Santos por la derecha.*)

Luengo.- Como mi amigo... de corazón, te anuncio un desastre.

Isidora.- (*Levántase y sale del escritorio.*) ¡Si a la Providencia le da por protegerme! Vean, vean cómo está mi tienda. ¡Si sólo con entrar yo aquí ha crecido la parroquia hasta un punto increíble! Y es pro el ángel que tengo, porque vienen los compradores a mi casa como las moscas a la miel... ¡Ea!, señores, hemos concluido.

Escena V

Dichos y don Santos.

Nicomedes.- (*A Luengo, aturdido y rabioso.*) ¡Es un demonio!

Luengo.- Nos trae locos la dichosa niña.

Voluntad

Santos.- (*Avanzando junto a Isidora.*) Sobrinita, ya tienes a la envidia junto a ti, con las uñas muy afiladas. Era el único florón que faltaba que a tu corona.

Isidora.- ¡Valiente caso hago yo de los envidiosos!

Isidro.- Señores, calma...No desconfío de encontrar una fórmula de concordia...

Nicomedes.- Déjenos usted de fórmulas. Se empeñan en tenernos por enemigos, y enemigos seremos.

Luengo.- Yo bien quisiera...

Nicomedes.- (*Desenmascarando su cólera.*) Soy muy claro, y cuando me ofenden, ofendo a cara descubierta. Señor de Berdejo, no cuente usted ya con género de la China por la casa de comisión inglesa... a menos que lo pague al contado.

Isidro.- (*Aparte.*) ¡Esta es otra!

Luengo.- Crea usted, don Isidro de mi alma, que esto me aflige...

Santos.- (*Con arrogancia, a Don Nicomedes.*) Pues yo le digo a usted que se meta en el bolsillo todo el género chinesco, porque mi sobrina es muy capaz de traerlo directamente, y de entenderse...

Nicomedes.- ¡Ja!, ¡ja!...¿Con quién?

Santos.- ¡Con el emperador de la China, rayos!

Nicomedes.- ¡Patraña!

Isidro.- (*Caviloso.*) No sé que pensar...(*Luengo y don Nicomedes se retiran un poco hacia el foro, como para deliberar.*)

Isidro.- (*Al Isidora y Don Santos.*) Mi parecer es que no debemos indisponernos...

Isidora.- ¡Siempre la vacilación, siempre el miedo! ¡Ay, no sé a quien salgo yo! (*Entregando a su padre el papel que antes le dio éste.*) Aquí tienes la proposición de Rodríguez. Aceptamos las condiciones. Trato hecho.

Isidro.- ¿Y yo...?

Isidora.- Vas allá. Él te espera. Si está conforme con lo que le indico en mi nota, cierras trato, y la camisería es nuestra.

Isidro.- (*Como resignándose.*) Bueno.

Voluntad

Nicomedes.- En vista de esta obstinación temeraria y provocativa, señor de Berdejo... (*Amenazador.*), lo dicho, dicho.

Isidro.- (*Aparte.*) ¡En la que nos hemos metido!

Luengo.- Don Isidro, yo me lavo las manos...

Nicomedes.- Yo, no... digo, también yo...

Santos.- (*Aparte.*) Por mucho que te laves, nunca las tendrás limpias.

Nicomedes.- Pues quieren guerra... ¡guerra!

Isidora.- (*Con solemnidad.*) Dios amparará mi derecho y fortificará mi voluntad. (*Salen por la tienda.*)

Isidro.- (*Viéndoles salir.*) ¡Ah, gracias a Dios!

Isidora.- (*Impaciente.*) Y tú, papáito querido, ya sabes... Vas a casa del abuelo y cierras trato con él.

Isidro.- (*Fatigado.*) Sí, hija mía... Voy... (*Sale por el portal.*)

Escena VI

Isidora y Don Santos

Isidora.- (*Vivamente.*) ¿Y la carta?

Santos.- En su poder está. Se la di al chiquillo mayor de Morales...

Isidora.- ¿Vendrá?

Santos.- No sé... (*En actitud de cazador.*) Aquí me estoy... en el puesto. Tú eres el reclamo... Veremos si entra.

Isidora.- Pero no hay que tirar.

Santos.- Pues cóbrale... mátales tú, es decir, hazme tu marido.

Isidora.- (*Desalentada.*) ¡Mi marido!... Ahora más difícil que nunca... ¡Él arruinado, yo en vías de prosperidad! Basta decirlo para ver ensanchado hasta lo infinito el abismo que nos separa. (*Creyendo sentir pasos, se acerca a la puerta del portal.*)

Paréceme sentir...

Santos.- No, hija. Oyes los latidos de tu corazón, y crees que son sus pasos.

Isidora.- (*Con la mano en el corazón.*) Es verdad. Esta noche estoy inspirada, tío. Siento que mi inteligencia, después de aquel desmayo, se despierta y afirma más. Y sobre todo, campea mi voluntad más briosa que nunca.

Voluntad

Santos.- (*Con entusiasmo.*) ¡Firme, hija, firme!

Isidora.- Sí. Dios protege a los tercios. (*Creyendo sentir ruido en el portal.*) ¡Ah!... ahora sí...

Escena VII

Isidora, don Santos y Alejandro

Alejandro.- (*Entreabre la puerta de la derecha y se asoma.*)

Isidorilla, ¿puedo entrar?...

Santos.- Pase, pase.

Alejandro.- (*Entrando.*) ¡Ah!...Está aquí don Santos.

Isidora.- ¿Has recibido...? (*Afectando vergüenza.*)

Alejandro.- Pero, vida mía, ¿por qué no me lo dijiste esta tarde?

Alejandro.- Pero, ¿vida mía, ¿por qué no me lo dijiste esta tarde?

Isidora.- No me atreví...Me daba vergüenza...

Santos.- Es muy vergonzosa...

Alejandro.- ¡Tontuela!

Isidora.- ¿De modo que accedes...?

Alejandro.- Ahora mismo.

Isidora.- ¿Tienes ahí tu libro de cheques...?

Alejandro.- (*Sacándolo.*) Sí.

Isidora.- ¡Ay, qué vergüenza!...¡No sé cómo tengo cara!...

Alejandro.- ¡Bah!...Entre nosotros...(*Prepárase a extender el cheque.*)

Santos.- Alto...No puedo consentir...Esto no ha sido más que una estratagema de la niña para traerle a usted aquí, a fin de evitar...

Alejandro.- (*Suspense.*) ¿Qué?

Santos.- Conviene que sea ella quien le dé a usted la terrible noticia...

Alejandro.- ¿De qué?

Santos.- Señor mío, es muy triste, muy doloroso tener que decirle...

Alejandro.- (*Impaciente.*) ¿Se burlan de mí?...Pero ¿qué hay?, ¡vive Dios!

Santos.- Hay...que está usted arruinado.

Alejandro.- ¡Arruinado!

Santos.- Guevara, su amigote de usted, ha tomado las de Villadiego, dejando en la miseria a los que le habían confiado sus intereses.

Alejandro.- ¿Qué dice? Pero ¿es verdad?

Isidora.- Sí.

Alejandro.- (*Aturdido y lleno de zozobra.*) Quiero cerciorarme... quiero saber... (*Intenta salir. Isidora le corta el paso.*)

Isidora.- (*Imperiosamente.*) No saldrás.

Alejandro.- La noticia puede ser falsa... Voy.

Isidora.- No lo es.

Alejandro.- Quiero asegurarme...

Isidora.- Basta que yo te lo diga. Te prohíbo salir.

Alejandro.- ¡A mí!...

Isidora.- Sí... Que no sales te digo. Quiero que estés aquí, en mi casa... al lado mío... (*Cariñosamente.*)

Santos.- (*Cogiéndole del otro brazo.*) Al lado nuestro.

Alejandro.- (*Como volviendo en sí.*) Dejadme salir.

Isidora.- ¿Para qué? Ya sabes la triste verdad. Eres pobre. Bruscamente has pasado del bienestar a la miseria.

Alejandro.- (*Con exaltación gradual hasta el fin del parlamento.*) ¡Oh, miseria, miseria! ¡No me tendrás, no, no! Te rechazo como castigo; te detesto como enseñanza. Pavorosa realidad, me rebelo contra ti. No tratéis de convencerme, no tratéis de conquistarme. Dios me ha hecho incompatible con la miseria; Dios ha puesto en mí la absoluta incapacidad para luchar con ella. No puedo, no puedo, Isidora. Te admiro, pero jamás seré como tú... Honrada familia, y tú, mujer amada, perdonadme todos el mal que os he hecho y que hoy no puedo remediar, hoy menos que nunca. Dejadme, dejadme en poder de mi destino; dejadme en las realidades de mi carácter; no toquéis a mi orgullo, que no admite mano de nadie; que antes quiere la muerte que la humillación. ¡Miseria, infierno de la vida, no me tendrás! Sólo caen en ti los cobardes. Yo sé cómo se libra un hombre de tus terribles

Voluntad

tormentos...Yo me salvo, sí; soy libre, libre como el aire, como la idea. (*Cae en una silla fatigado y sin aliento.*)

Isidora.- ¡Por Dios, qué delirio!

Santos.- Calma, hijo mío. Eso no es propio de un cristiano.

Alejandro.- (*Restregándose los ojos, como quien despierta de un sueño.*) ¡Pobre miserable!...¿Estoy soñando, Isidora?

Isidora.- No. Quizás es la primera vez en tu vida que estás despierto. Soñabas cuando eras rico. Has abierto los ojos a la realidad. (*Alejandro apoya su cabeza en la mesa, mostrando gran abatimiento.*)

Santos.- (*Va de puntillas al lado de Isidora, que contempla con tristeza la actitud lúgubre de Alejandro.*) Esta es la ocasión, chiquilla...¡Fuego en él!

Isidora.- (*Desalentada.*) ¡Ay, tío, qué poquita confianza tengo!

Santos.- Aquí de tus facultades. Yo voy en busca de tus padres. Conviene que se enteren de esto. (*Vase presuroso.*)

Escena VIII

Isidora y Alejandro

Isidora.- ¡Qué bien hice en traerte a mi lado! La fierecilla de tu desesperación me da más miedo lejos que cerca de mí. Dios ha querido que en este trance puedas oír la voz de tu Isidora, que te dice: "Alejandro, morir es ley; matarse es un crimen."

Alejandro.- La vida es el mal, y sólo por excepción y negándose a sí misma, nos ofrece algún bien...Ya para mí se acabaron esas breves excepciones, y no veo más que el mal inmenso, el dolor continuo, las privaciones, la miseria, la humillación, la vergüenza.

Isidora.- Mira bien, que algo más habrá.

Alejandro.- Tú, sí...; tú, que eres como estrella distante que brilla en medio de esta inmensidad tenebrosa...Pero estás muy lejos, Isidora, muy lejos.

Isidora.- Pues si soy tu estrella, mírame bien; mírame mucho, y verás cómo me acerco.

Alejandro.- Ya miro... y cuanto más te miro, más te alejas. Tus rayos se pierden en la obscuridad, tiemblan, se debilitan,

Voluntad

se apagan...*(Pausa.)* Déjame partir... Sólo me resta decirte que me perdones el mal que te causé. No supe hacer tu felicidad, no supe... y ahora...tampoco podría. Ahora menos que nunca.

Isidora.- *(Con tristeza.)* Sí, menos que nunca. Porque ahora quieres morir, y yo... aquí permanezco sola, triste, atravesando, como tú dices, el desierto de la vida, donde todo es sed, fastidio...Voy sola. La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

Alejandro.- *(Vivamente.)* En el mío, en mi desierto, yo veo un fin: el descanso.

Isidora.- No, no lo creas. Si las almas son siempre lo que son, la tuya no hallará la paz ni el reposo que busca tras de la muerte, Alejandro. Por librarte de lo que crees humillación, atentas a tu vida, sin considerar que ésta no te pertenece.

Alejandro.- ¿Qué no?

Isidora.- No. Porque es de Dios...y mía también. Dios, con lo que me ha hecho padecer por ti, me ha dado parte de tu vida, y esa parte mía no la suelto, no. Me ha costado tantas lágrimas, que ha venido a ser como mi propia vida.

Alejandro.- Hablas a mi corazón, y lo conmueves y lo desgarras. Pero tu voluntad, con ser tan poderosa, no puede subyugar la mía. *(Confuso y luchando.)*

Isidora.- Porque no me quieres, porque no me has querido nunca.

Alejandro.- No digas tal...Eso no.

Isidora.- Y bien claro se ve ahora en esta crisis de tu egoísmo. Tú me perteneces, yo te pertenezco. Debimos vivir unidos, morir juntos. Tú no quisiste, no quieres...Ni en la vida ni en la muerte deseas estar a mi lado, y te obstinas en morirte solo, sin comprender que...

Alejandro.- *(Empezando a sentir la fascinación.)* ¡Oh!...¡Isidora!...

Isidora.- *(Ejerciendo la influencia sugestiva.)* Sin comprender que esos ensueños tuyos, ese buscar el reposo en la muerte, es el mayor de tus errores.

Alejandro.- ¡Oh... me domina, me vence!

Voluntad

Isidora.- Reconoce que es mucho más bello que tu idealismo el luchar sano de la vida, la vida ¡ay!, con sus alegrías y sus desmayos, con el temor, la esperanza, la duda, la fe; con el sacrificio, que ennoblece nuestra alma, y el amor, que la inunda de gozo; con la amistad, con la familia, con Dios, que nos ama, nos guía, y mandándonos esperar, nos espera...

Alejandro.- ¡Oh!, ¡Qué delirio!...

Isidora.- No es delirio...Es verdad, la verdad. Esto que ves en mí es la razón soberana con la cual, valiéndome de la fuerza que me ha dado Dios, hago un lazo y te sujeto y te amarro a la vida.

Alejandro.- ¡Oh!, Me subyugas, me fascinas con esa misteriosa energía que arrojas de ti, por tus ojos, por tu voz, por todo tu ser. No muero, no; no quiero morir, porque no veo un medio de adorarte fuera de esta vida...Por tu amor vivo. Es el único fin que veo en mi desdichada existencia.

Isidora.- ¡Quererme a mí! ¡Pagar mi amor con el tuyo!...¿Qué fin más grande y noble?

Alejandro.- Amarte...Es toda la vida: la de acá, la de allá y todas las vidas posibles.

Isidora.- Eres mío. Vives. Te he ganado.

Escena IX

Dichos; doña Trinidad, Don Isidro, Don Santos, Trinita y Serafinito.

Trinidad.- (*Presurosa por el foro.*) Tu padre viene...Ese hombre... ¡ah!... que salga.

Isidora.- No me importa que le vea.

Alejandro.- Ya no me voy, quiero hablarle.

Isidro.- (*Por el portal.*) Señor mío, ya sé lo que aquí pasa. Cumplido por parte de mi hija el deber de informa a usted de su infortunio, no puedo consentir que permanezca un momento más en mi casa el hombre que se obstina en negarnos la reparación que nos debe.

Isidora.- No se trata de reparación.

Isidro.- ¿Qué no?

Trinidad.- ¿Cómo?

Isidora.- He conseguido el triunfo inmenso de reconciliarle con la vida, y esto me basta.

Santos.- No basta, no. ¿Verdad?

Isidro.- No me doy por satisfecho con ese triunfo.

Alejandro.- Ni yo. Quiero más. La vida mía no es lo que más aprecio. Bien sé que no debo aspirar a vida más completa y dichosa. Soy pobre, nada valgo. No merezco ese bien.

Isidora.- Sí lo mereces...*(Pausa.)* Chiquillo, abraza s tus padres.

Isidro.- ¡Oh!, sí.

Trinita.- *(Por la izquierda.)* ¿Ves? Se casan.

Serafinito.- Me alegro...Uno más al trabajo.

Isidora.- Serán mi sostén, mi defensa, mi apoyo en esta lucha formidable, y mi victoria, si la consigo, será también la tuya.

Alejandro.- *(Con entusiasmo.)* Gracias a Dios. Ya pareció un fin para mi pobre existencia.

Trinidad.- ¡Bendígaos Dios!

Isidro.- ¡Hijos mío, mi alegría, mi consuelo!

Santos.- Y creedlo, porque os lo digo yo: los hijos de estos hijos serán la perfección humana.

Isidro.- Nuevo milagro es este de tu constancia, de tu espíritu valiente.

Isidora.- ¡Oh!, ¡Preciosa fuerza del alma! Aquí te tengo, aquí. Contigo salvé a los míos de la miseria. Contigo he de hacer aún grandes cosas.

Fin de la comedia.

